

ANDRE  
GIDE

**CORYDON**

PROLOGO DE  
GREGORIO  
MARAÑON

Alianza Editorial





André Gide:  
Corydon

Con un diálogo antisocrático  
por el Dr. Gregorio Marañón

El Libro de Bolsillo  
Alianza Editorial  
Madrid



Título original: *Corydon*  
Traductor: Julio Gómez de la Serna

- © Éditions Gallimard, Paris, 1924.
- © Herederos de Gregorio Marañón
- © De la trad.: Julio Gómez de la Serna
- © Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1971  
Calle Milán, 38; ☎ 200 0045

Depósito legal: M. 2.498 - 1971

Cubierta: Daniel Gil

Impreso en Ediciones Castilla. Maestro Alonso, 21. Madrid  
Printed in Spain

Diálogo antisocrático sobre *Corydon*  
por el Dr. Gregorio Marañón

Mi amigo el editor —los editores ya no son, como antes, enemigos— me pide un prólogo para la traducción española del *Corydon* de André Gide, que popularizará entre nuestros lectores la obra famosa y vitanda del escritor francés. Había hecho el propósito de no escribir, nunca más, prólogos. Pero las decisiones humanas flaquean frente al espectáculo de las cosas eternas, como el mar que nos escucha. Cuando se mide uno con los demás hombres, todos hechos del mismo frágil barro, nos acomete el pudor de no rebasar el cauce discreto marcado por nuestra natural limitación. Pero ya solos ante el fluir inmenso de la naturaleza, se piensa que por mucho que nos propasemos, seremos siempre lo que somos, minúsculos fragmentos de la humanidad pere-

cedera; y nadie nos tomará en cuenta, apenas pasen unos meses, todo lo que ahora nos parece excesivo y fuera de lugar. Sin embargo, mis reservas tardan en desvanecerse, y entre el editor y yo se entabla un diálogo, nada socrático, que es como sigue:

—En primer lugar, amigo editor, un libro de Gide no necesita prólogo. Y si no lo necesita no hay para qué escribirlo. Todo el sentido de la vida moderna debe ser, antes que nada, el ahorro de lo inútil. Hay libros que necesitan un guía que nos lo explique; y autores que lo necesitan también. Pero este volumen se explica suficientemente por sí solo. Y en cuanto a Gide, le conocerán en cuanto le lean, aun los que le lean por primera vez. A lo sumo, el lector echaría de menos un poco de biografía y un retrato del autor. Yo, por mi parte, no gusto de leer nada sin saber cómo es, en su figura y en su actividad vital, el que lo ha escrito. La curiosidad de conocer al autor no obedece, como pudiera creerse, a un frívolo deseo, sino a que el sentido de las cosas, de las mismas cosas, varía mucho según que sea joven o viejo, robusto o enclenque el que las ha escrito, y según también mil detalles de su vida, aparte de su actividad de escritor.

—Pero esta vez no se trata de un prólogo de presentación ni de elogio al uso habitual. Se trata de que *Corydon* ha sido mal interpretado por casi todos sus lectores y por muchos de sus críticos. Lo será quizá todavía peor en España, donde la cultura es menor, y más poderosa, por lo tanto,

la mojigatería. Necesita, pues, una explicación de tipo científico que tranquilice y oriente a quienes no sean capaces de hacerlo por sí solos.

—Pues bien, yo creo que *Corydon* no necesita ninguna aclaración científica. Lo peor que hay en él es, por el contrario, ese «exceso de historia natural» que, según el mismo Gide confiesa, le habían censurado varios de sus amigos. Yo estoy resueltamente con éstos. Nada más funesto en un literato que buscar una documentación científica. Todo lo que hay en el arte de auténticamente humano tiene, originariamente, un valor científico que disminuirá a medida que se proponga dárselo el autor. De la misma manera que el valor literario de una obra científica estriba principalmente en que aquel que la escribe no se proponga hacer literatura. Es curioso que los psiquiatras tengan que buscar con frecuencia argumentos científicos en obras literarias que jamás se propusieron otra cosa que la pura literatura, como las de Sófocles o las de Shakespeare; y en cambio, cuando el literato se documenta deliberadamente en la ciencia —como la legión de freudistas de la novela y de la dramaturgia actuales— no consiguen más que creaciones más o menos divertidas, pero sin un soplo de verdadera humanidad. Por otra parte, nadie ha dicho, que yo sepa, que uno de los elementos que harán perdurable la obra de Freud es, precisamente, su admirable y no buscada literatura.

—La cuestión es discutible como tema general. Pero no es exactamente el caso nuestro. Porque

la obra de Gide tiene, ante todo, un valor literario que oscurece sus pretensiones científicas.

—En el caso de *Corydon*, no. Gide estoy cierto de que jamás la hubiera publicado si no hubiera creído que con ella aportaba datos nuevos al conocimiento científico de la sexualidad. Lo revela, entre otros ejemplos, aquella nota de la página 106 de esta edición en la que, al comprobar en una observación de Fabre uno de sus puntos de vista teóricos, exclama casi con la misma exaltación de Pitágoras: «La alegría que experimenté cuando, al seguir hasta el final una teoría tan nueva y tan arriesgada, lo confieso, vi el ejemplo que la confirmaba venir, por decirlo así, a mi encuentro, esta alegría sólo es comparable a la del buscador de tesoros de Edgar Poe cuando al cavar en el suelo descubre la arqueta llena de joyas exactamente en aquel sitio donde sus deducciones le habían persuadido que debía estar.» Para mí es seguro que en Gide hay una «raté» de la ciencia y que esto explica muchas particularidades de su vida y de su obra.

—Permítame que le diga que una teoría científica, aun cuando no sea exacta ni basada en rigurosos principios científicos, puede ser comentada de un modo útil. En último término, el valor científico de una hipótesis no depende tanto de su exactitud cuanto de su capacidad de sugerir otras verdades. El mismo *Corydon* lo afirma con gran perspicacia al comienzo de su tercer diálogo.

—Sea. Pero el error de *Corydon* no consiste en

que su teoría sea falsa, sino en la imposibilidad de que sea verdadera. Corydon es un homosexual y habla de los instintos no equivocadamente, sino con un error de perspectiva del que no se da cuenta, porque, al igual de ciertos enfermos de los ojos, lo anormal es normal para él. Y así, aun cuando está humillado a fuerza de oírse llamar anormal y monstruoso, cada vez que discurre sobre su instinto se yergue, sin darse cuenta, sobre un plano de fisiología, de una fisiología suya, que a los demás nos parece patología o cuando menos cinismo. No hay modo de entenderse. Le pasa lo que a Oscar Wilde cuando antes de comparecer ante el Tribunal, sus amigos —los normales, no los homosexuales— le explicaban la facilidad con que podría ser absuelto si se limitaba a responder éstas y las otras cosas. El asentía ansiosamente, temeroso de la desdicha que le amenazaba. Pero cada vez que se levantaba a responder a los jueces, hablaba sin darse cuenta, desde su normalidad y no desde la de sus amigos; y esta imperiosa lealtad para con su instinto le perdió.

—Me sorprende este argumento en boca de usted; porque la tesis de Corydon —a base de la normalidad de su anormalidad— coincide con puntos de vista sostenidos por varios naturalistas actuales y por usted mismo, acerca de la existencia de una gradación de estados de intersexualidad en la morfología y en el instinto que desde el terreno monstruoso se atenúan poco a poco, confundándose al fin con la normalidad misma.

La expresión de «pederastia normal» que Corydon emplea y que es el resumen de su teoría y también el punto más escandaloso de ella, equivale, poco más o menos, a la de «intersexualidades normales», tan repetida en los modernos libros de ciencia.

—La diferencia entre la «normalidad» de Gide y la nuestra —o si quiere usted la mía— es, sin embargo, patente. Gide habla de normalidad como una justificación de la pederastia, como el fin de una evolución. Su *Corydon* se propone demostrar, incluso, que se trata de un estado supernormal, especialmente propicio para el alumbramiento de la verdad y de la belleza, de la virtud ciudadana y del genio artístico. Para los naturalistas, una «normalidad» puede ser una imperfección, un estado inferior en el proceso evolutivo, destinado a su aniquilación por las fuerzas superativas del progreso humano. Esto le ocurre a nuestra «intersexualidad normal». No sólo el instinto sexual, sino todos los instintos han pasado y pasan por fases de su evolución totalmente normales biológicamente, pero que si persistiesen y no se superasen por la ética, nos mantendrían atados con cadenas de infinita pesadumbre a las cavernas de la animalidad.

—Estoy, naturalmente, conforme con la biología y no con *Corydon*. Pero en un plano puramente polémico convengamos en que es peligroso, para ver claras las cosas, el objetar a la historia natural con argumentos de tipo moralista.

—Puesto que sólo se trata de discutir, le contestaré rotundamente que no. Las influencias éticas —algunas de ellas, por lo menos— no sólo no perturban, sino que ayudan a la evolución natural de las cosas vivas. Esta evolución se hace, de una parte, por el influjo de energías internas; de otra parte, por la presión creadora de unas manos inmensas que llamamos el medio ambiente; y de ese medio ambiente forman parte legítima las influencias éticas. Muchas de ellas son, es cierto, meros artificios que el hombre crea con poca fortuna o con mala intención y que cambian y perecen como toda obra humana engendrada con fragilidad. Pero otras son eternas y responden a una necesidad de purificación de los instintos que está por encima de la voluntad humana; aun cuando ésta las pueda ayudar o entorpecer. El organismo vivo está lanzado, desde su primitivo esquema unicelular hasta la futura complejidad superhumana, como sobre carriles inmutables. Uno de ellos es la evolución de su morfología y de su instinto, desde el hermafroditismo primitivo hacia una diferenciación sexual cada vez más clara y profunda. En todo ser vivo, incluso en el hombre, hay todavía acentos de indiferenciación sexual, apariencias confusas, tendencias ambiguas; y en ciertos individuos este «otro sexo» se subleva y llega a dominar el instinto y el alma entera. Y a esto le llaman normalidad, no sólo Corydon, sino también los naturalistas. Mas, para Corydon es una normalidad final. Para nosotros es una normalidad interina, de ahora. Pasará; del mismo

modo que se han acortado los brazos, que en una cierta fase de su evolución llegaban normalmente casi hasta el suelo; como se ha erguido el espinazo; como se ha ampliado la capacidad de nuestra calavera, etc., etc. El papel de la moral en esta evolución progresiva del instinto es el mismo que el que han ejercido, por ejemplo, las influencias del ambiente en la evolución de la piel. El rigor del clima engendró el traje; y el traje ha contribuido a convertir la piel lanuda del hombre primitivo en la epidermis actual, maravillosamente blanca y satinada. La moral, que es una pauta creada por la necesidad de canalizar los instintos, ayudará a hacer, igualmente, cada vez más puro, más diferenciado, el instinto del sexo; cada vez más desagradables las actitudes equívocas. El mismo Corydon, sin darse cuenta, lo reconoce...

—Ya sé a qué pasaje se refiere usted; a aquel en que, preguntado si hubiera cedido a la invitación de otro homosexual adolescente, ya que estimaba como natural su homosexualidad, responde: «¡Oh!, no; eso es otra cuestión. Una vez resuelto el problema fisiológico, comienza el problema moral».

—Exactamente. Ahora que Corydon se equivoca al suponer que lo fisiológico y lo moral son dos cosas distintas y separadas por un límite preciso; porque hay una moral —ésta que sirve de tope a los instintos— que es tan fisiológica como el instinto mismo.

—No obstante, insisto en que Corydon añade observaciones —literarias o científicas, morales

o inmorales, como usted quiera— al conocimiento de un estado de los instintos y del alma de muchos hombres, que interesará a la humanidad mientras no nos alejemos, por lo menos otros treinta siglos de la tragedia de Sodoma.

—Sin duda. Pero también insisto en que lo aprovechable de este libro —sin hablar de su literatura, en la que no soy voto— serían las revelaciones de Corydon en cuanto a caso clínico; y la verdad es que no añaden nada nuevo a las innumerables historias que pueden recogerse en la caudalosa literatura sobre la materia. Lo original de nuestro doctor son sus teorías; y a mí me parecen desdichadas. En una ocasión dice que los libros de los médicos sobre estos asuntos huelen a hospital. Al fin es a lo que deben oler. Y siempre es mejor que el que trasciendan a textos trasnochados, a discursos de academia y folletones de *Le Temps*. Por ejemplo, su idea —una de las centrales— de que lo que atrae al macho hacia la hembra no es el instinto sexual sino el olor de ésta, es peregrina. Todo instinto es un reflejo; y todo reflejo necesita un excitante sensorial para ponerse en marcha. En el animal, el excitante que desencadena el reflejo erótico es, en gran parte, el olor. En el hombre —como el mismo Corydon observa sagazmente—, la vista sustituye al olor; la vista y la imaginación; aun cuando el olor siga jugando un papel mucho más importante de lo que Corydon supone. De todos modos, no es admisible separar el olor y el instinto, porque son la misma cosa. La especificidad de la atracción,

donde el instinto se muestra con mayor pureza, depende precisamente de la especificidad del estímulo; y el macho no es atraído por ningún otro estímulo olfatorio que por el que emana de la hembra y precisamente durante su celo. Cuando esos insectos de Fabre —que Corydon arguye en apoyo de su teoría— se abalanzan sobre el sitio impregnado por el olor de la hembra y no sobre la hembra misma, en realidad rinden un homenaje maravilloso al instinto, demostrando que es la aspiración instintiva y no la posesión del objeto deseado lo que les pone fuera de sí. Fíjese usted en que el individuo poseído podría, en último término, no ser una hembra, sino un individuo del mismo sexo, y entonces el acto instintivo se transformaría en homosexual, como tantas veces ocurre en las especies animales inferiores; pero en ese volar apasionado en torno de la jaula vacía donde sólo queda el recuerdo olfativo de la hembra, está el símbolo de la supremacía de la diferenciación sobre la posesión, que, como acabo de decir, puede ser un acto grosero y retardatario. Aquí como siempre, lo que salva a la especie no son los actos finales, muchas veces torpes, sino la aspiración con que se inicia la conducta, que casi siempre es recta. Es seguro que Dios preferirá juzgarnos por los propósitos que nos acompañan cada mañana al salir de casa y no por las culpas con que al anochecer volvemos a ella, porque sólo así nos juzgará cerca de nuestra alma intacta y responsable.

—Sería, injusto, sin embargo, no reconocer

que muchos hombres de ciencia hacen con los hechos de observación y con las citas de los libros, el mismo juego de cubiletes que Corydon para favorecer sus prejuicios teóricos.

—Es cierto; y si protesto contra ello es porque creo que estamos hablando de una de las mayores miserias de la ciencia actual. Yo tengo anotados varios ejemplos de libros de biología que dicen unos exactamente lo contrario de otros, apoyándose en datos idénticos. Pero pasemos a otro punto. Porque, en definitiva, juzgar a Corydon como hombre de ciencia, sería tan cándido como tomar en serio a Remy de Gourmont, cuyas ideas cita con tan penosa frecuencia nuestro doctor uranista. Lo que nos interesa es su propia psicología. Ella le obliga a cada paso a sustituir fragmentos de una argumentación normal —o, mejor dicho, enderezada a los lectores normales— por fragmentos de esa otra visión uranista que tiene su lógica propia y que nosotros no podemos coordinar con la nuestra. Es, como siempre, muy tópico el fenómeno cuando argumenta que, siendo menos bello el cuerpo femenino que el masculino, el gran acopio de trajes y adornos con que se toca la mujer no tiene otro objeto que disimular la imperfección de sus supuestos encantos; y cita el testimonio de varios hombres importantes —y nada sospechosos de homosexualidad, como Darwin— en apoyo de su punto de vista. Es muy característica, en efecto, del homosexual esta negativa e inconsciente depreciación de la morfología femenina. Acaso con un canon estético

riguroso pueda tener razón; pero el canon es, en definitiva, una invención arbitraria que sólo el homosexual puede evaluar, en el fuego de la libido, como valor absoluto. Porque la belleza pura, como canon estético, tiene sólo una relación secundaria con la atracción sexual en los individuos normales. La mayoría de los hombres estarán tal vez dispuestos a admitir como defectos artísticos varias de las proporciones del cuerpo femenino, la irregularidad con que en él se deposita la grasa, etc.; pero, si a esos mismos hombres se les pregunta cuáles son los detalles que más vivamente atraen su instinto, es probable que los localicen, precisamente, en esas imperfecciones. Recuerde usted el diálogo sobre este punto entre Oscar Wilde y Frank Harris. Naturalmente, no había modo de que se pusieran de acuerdo, porque los dos decían lo mismo, pero completamente al revés; o, si se quiere, lo opuesto con las mismas palabras. Cuando Gourmont escribe: «Es la mujer la que representa la belleza. Toda opinión contraria será considerada eternamente como una paradoja o bien como el resultado de la más triste realidad de las aberraciones sexuales», acaso yerra —yo creo que no— en localizar en la hembra humana el arquetipo de la hermosura; pero acierta plenamente en la segunda parte de su sentencia. Sin duda, la piedra de toque para juzgar de la pureza o de la impureza del instinto en el varón, está, precisamente, en que encuentre a la mujer deseable por encima de toda reflexión o, por el contrario, que supedite su deseo a otro orden

de consideraciones. Lo típico del instinto es no razonar su propia dinámica. Ya decía Bernard Shaw que al varón normal no hay que hacerle argumentos que le defiendan del posible contagio pederástico, porque ante todo le repugna, aun cuando lo comprenda. Igual le pasa al uranista respecto de la mujer como objetivo erótico. Además...

—Perdone: es inútil seguir por ese camino. Desde su posición, claro está que sería muy fácil y lucido multiplicar las contrarréplicas —en un tono un poco farisaico— a las ideas de Corydon. Pero no se trata de abrir una vez más la discusión sobre el sentido estético de la tendencia homosexual y de la heterosexual. Lo importante es esto otro: en el libro de Gide se estampan varias ideas que han hecho santiguarse con horror a los puritanos. Pero he aquí que, casi a la vez, han aparecido en los libros de ciencia, aquí y allá, nociones rigurosamente fundadas en la historia natural que las confirman, y que demuestran que lo que parecía cinismo era sólo adivinación. Lo de menos, por lo tanto, es que estas ideas sean más o menos eruditas. En el diálogo cuarto, por ejemplo...

—De eso le iba a hablar. El diálogo cuarto contiene en parte, hay que reconocerlo, el germen de lo que yo creo más importante en el problema de la evolución sexual, a saber: que el hombre pasa por una fase de indeterminación sexual muy próxima a una femineidad normal en los años que rodean al comienzo de la adolescencia; y que

sólo mucho más tardíamente de lo que suele decirse se desarrolla y afirma resueltamente la virilidad. Corydon, como usted recuerda, autoriza su observación vacilante en un testimonio ajeno; en una frase de La Bruyère que por casualidad está bien.

—¿Cómo por casualidad?

—Mi censura —tranquilícese— no se dirige a La Bruyère, tan ingenioso y tan socarrón, sino a las frases en general. Una frase es raramente algo más que un ripio, es decir, una tontería o una falsedad obligada por la morfología de la frase misma. No creo en más frases que en aquellas que son como el epílogo de una acción y, por lo tanto, las que no han sido escritas por los fraseólogos, sino dichas por un labrador que se ha pasado la vida consultando a los cielos, por un marino endurecido por todos los mares, o por un hombre cualquiera, pero ducho de verdad en las lides humanas. Antes de morir de una puñalada bastan unas palabras tan triviales como «Tú también, Bruto», para que pasen a la posteridad. Pero nada más abominable que las frases del fraseólogo de profesión como La Rochefoucauld a quien nos le imaginamos adornando los abanicos de todas las mujeres tontas que han existido. ¡Cuántas necedades, a veces cuántas incorrecciones —quizá cuántas infamias—, se han justificado por una frase que tal vez nunca fue una realidad antes de ser frase! Igual que Celestina, la frase se ingenia para taparlo todo, para urdirlo todo, para explicarlo todo y disculparlo todo. A costa de

La Bruyère se han hecho también muchas cosas indecentes o absurdas. No es este el caso de ahora, porque la sentencia que esgrime Corydon es perfecta. Perdone usted la digresión.

—Siga, siga.

—La Bruyère decía —y en verdad es la reflexión más interesante de todas las que dedicó a las mujeres—: «He visto desear ser muchacha, y una bella muchacha, desde los trece a los veintidós años; y pasada esta edad, desear ser hombre». He aquí una observación perfecta y no una frase, propiamente dicha. Desde los trece años a los veintidós años —quizá no tanto— el hombre pasa por esa fase de intersexualidad puberal que le aproxima al sexo contrario, como antes recordábamos. Sólo después, la virilidad se afirma con energía. Corydon apoya con sagacidad esta justa afirmación: «Hasta entonces —dice— el deseo es flotante y está a la merced de los ejemplos, de las indicaciones, de las provocaciones externas; se ama al azar. El joven invita más bien al amor que ama él mismo». Mas, veamos la conclusión desatinada que extrae de esta afirmación y que es también la nefanda, la intolerable conclusión de su libro...

—¡No se ponga usted así!

—¡Qué quiere usted! Mi punto de vista es tan opuesto al de Corydon que no puedo escucharle con serenidad. Para mí es esa edad, por lo mismo que es peligrosa por ley natural, la que debe accharse por el pedagogo, por el padre del adolescente, para ayudarle, con un báculo viril, a tras-

ponerla austeramente, sublimando su sexualidad indecisa y almacenándola para el porvenir en una cámara aséptica, embalsamada en fecundo cansancio físico, en maravillosas ilusiones, en una moral austera hasta los límites de la sequedad. Lo otro, el hacer de este tránsito peligroso un objeto sexual, es monstruoso; es comprometer la energía y la eficacia futuras del hombre. Y no se invoque —¡otra vez, Dios mío!— el ejemplo de la edad de Pericles y del Renacimiento. Desde entonces el mundo ha dado muchas vueltas. Sobrevive de todo aquello lo que estaba tocado con el dedo de la eternidad, la clara luz del pensamiento. Pero ha muerto o debe morir para siempre lo que era, como fenómeno social, una llaga pestilente. Como ahora hay fraticidas sueltos, pero ya no pueden ser reyes o papas los fraticidas, así también hay casos, muchos casos, en que el instinto sexual está pervertido; pero no volverá nunca a tener este fenómeno una beligerancia social. Créalo usted; el afirmar lo contrario y el quererlo garantizar con argumentos pseudocientíficos y con el encanto de un estilo capcioso, no se puede tolerar.

—No, si yo también lo creo. Pero nuestra misión no es juzgarlo, sino esta otra: editar un libro famoso, por mi parte, y usted, escribirle un prólogo.

—Pues yo, decididamente, no lo escribo; ni en esta hora de laxitud de las convicciones, frente al mar, eterno como los pecados de los hombres, pero eterno como su trayectoria desde el animal

hacia Dios. Y gracias a que, como no estoy en Castilla, no echo de menos ser Inquisidor para quemar el libro, con la efigie del autor, en el brasero que todo lo purifica.

No había más que hablar y nos dimos un cordial apretón de manos, mientras el sol se hundía, como una manzana roja, en el mar.

Quiero sólo advertir que respondo de mis palabras por completo; y con menos seguridad de las de mi interlocutor. Si algo de lo que he puesto en su boca no expresa con entera exactitud su pensamiento, acepto desde luego la responsabilidad de este diálogo, como si sólo hubiese sido un monólogo.

G. Marañón

Pontailiac, septiembre 1929.



*Mis amigos me repiten que este librito es de naturaleza tal, que puede causarme un gran perjuicio. No creo que pueda quitarme nada que me importe. O, mejor dicho: no creo que me importe nada de lo que me quite. No he buscado jamás ni aplausos, ni condecoraciones, ni honores, ni entrada en los salones de moda. Sólo me interesa la estimación de unos cuantos espíritus excepcionales, y confío en que comprenderán que nunca he merecido tanto esa estimación como al escribir este libro y al atreverme a publicarlo. Deseo no perder esa estimación; aunque realmente preferiría perderla a tener que deberla al engaño o a una mala inteligencia.*

*No he intentado nunca agradar al público; pero concedo una importancia excesiva a la opinión de unos cuantos; es cuestión de sentimiento, y contra eso no hay nada. Lo que se ha tomado a veces por cierta timidez de pensamiento, no era, en la mayoría de los casos, sino*

*temor a contristar a esas cuantas personas; a contristar, en particular, a un alma tan querida para mí entre todas, y siempre. ¿Quién podría decir de cuántas dilaciones, de cuántas reticencias y de cuántos rodeos son responsables la simpatía y la ternura? En lo que a las simples dilaciones se refiere, no puedo deplorarlas, pues opino que los artistas de nuestra época pecan muchas veces de una gran falta de paciencia. Lo que se nos ofrece hoy hubiese ganado, a menudo, con madurar. Un determinado pensamiento que al principio nos preocupa y nos parece deslumbrante, sólo espera a mañana para marchitarse. Por eso, he esperado tanto tiempo para escribir este libro, y, una vez escrito, para imprimirlo. Quería estar seguro de que no tendría que desdecirme muy pronto de lo que adelantaba en Corydon, y que me parecía evidente. Pero no: mi pensamiento, en este caso, no ha hecho más que afirmarse, y lo que reprocho ahora a mi libro es su discreción y su timidez. Al cabo de más de diez años que lleva escrito, ejemplos, nuevos argumentos y testimonios han venido a corroborar mis teorías. Lo que pensaba yo antes de la guerra lo pienso hoy con mayor fuerza. La indignación que pueda provocar Corydon no me impedirá creer que las cosas que en él digo no tuvieran que decirse. Y no es que yo crea que todo lo que se piensa debe decirse, y decirse en cualquier momento, sino tan sólo esto precisamente, y que había que decirlo hoy<sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> Algunos libros —los de Proust especialmente— han acostumbrado al público a asustarse menos y a atreverse a considerar fríamente lo que fingía ignorar o lo que prefería ignorar desde luego. Muchos espíritus se figuran gustosos que suprimen lo que ignoran... Pero me temo que esos libros hayan contribuido grandemente, al propio tiempo, a extraviar a la opinión. La teoría del hombre-mujer, de la «Sexuelle Zwischenstufen» (grandes in-

*Algunos amigos a cuyo juicio sometí este libro al principio, creen que me ocupo en él demasiado de cuestiones de historia natural, aunque no me falte razón para concederlas tanta importancia; pero, según ellos, esas cuestiones cansarán y desagradarán a los lectores. Pero ¡si eso es precisamente lo que espero! No escribo para divertir, y procuro desilusionar desde el principio a los que busquen en este libro placer, arte, ingenio o cualquier otra cosa, en fin, que no sea la expresión más sencilla de un pensamiento absolutamente serio.—*

*He de añadir aún lo siguiente:*

*No creo en modo alguno que la última palabra de la sabiduría consista en entregarse a la naturaleza, dejando libre expansión a los instintos; pero, en cambio, creo que antes de intentar reducirlos y domesticarlos, importa comprenderlos bien, pues muchas discordancias que tenemos que sufrir son tan sólo aparentes y se deben exclusivamente a errores de interpretación.*

André Gide

Noviembre de 1922.

termediarios de la sexualidad), que lanzaba el doctor Hirschfeld en Alemania, bastante antes de la guerra, y a la cual parece afiliarse Marcel Proust, puede, en efecto, no ser falsa; pero no explica ni se refiere más que a ciertos casos de homosexualidad, precisamente aquéllos de los que no me ocupo en este libro: los casos de inversión, de afeminación, de sodomía. Y hoy veo perfectamente que uno de los grandes defectos de mi libro estriba justamente en que no me ocupo para nada de ellos —cuando resultan mucho más frecuentes de lo que creí al principio.

Pongamos que a éstos les satisface la teoría de Hirschfeld. Esa teoría del «tercer sexo» no podría explicar en modo alguno lo que se acostumbra a llamar «el amor griego»: la pederastia —que no entraña afeminación alguna, ni de una parte ni de otra.



Prefacio  
a la segunda edición (1920)

*Me decido, después de ocho años de espera, a reimprimir este librito. Apareció en 1911, en una tirada de doce ejemplares, que fueron encerrados en un cajón, de donde no han salido aún.*

*El Corydon no comprendía entonces más que los dos primeros diálogos y el primer tercio del tercero. El resto estaba sólo esbozado. Unos amigos quisieron disuadirme de terminarlo. «Los amigos —dice Ibsen— son peligrosos, no tanto por lo que nos hacen hacer como por lo que nos impiden hacer.» Las consideraciones que exponía en aquel librito me parecían, sin embargo, de la mayor importancia y juzgaba necesario presentarlas. Pero, por otra parte, me preocupaba mucho el bien público, y estaba dispuesto a velar mi pensamiento en cuanto pensé que podía turbar el buen orden. Por esto también, más que por prudencia personal, encerré el Corydon*

*en un cajón y le tuve allí abogado tanto tiempo. Estos últimos meses, sin embargo, me convencí de que este librito por subversivo que fuese en apariencia, no combatía, después de todo, más que la mentira, y de que no hay nada tan malsano, por el contrario, para el individuo y para la sociedad, como la mentira acreditada.*

*Lo que digo aquí, después de todo, pensé, no hace que todo eso sea. Eso es. Intento explicar lo que es. Y puesto que no se quiere, en modo alguno, generalmente, admitir que eso es, yo examino, intento examinar si es realmente tan deplorable como dicen que eso sea.*

André Gide

## Diálogo primero



En el año 190..., un proceso escandaloso puso sobre el tapete una vez más la irritante cuestión del uranismo<sup>1</sup>. Durante ocho días, en salones y cafés no se habló de otra cosa. Cansado de oír vociferar o teorizar sobre este tema a los ignorantes, los obcecados y los tontos, quise ilustrar mi juicio, y, no reconociendo más que a la razón, y no sólo exclusivamente al temperamento, el derecho a condenar o a absolver, decidí ir a *inter-  
viuar* a Corydon. No protestaba él, en modo alguno, según me habían dicho contra ciertas inclinaciones desnaturalizadas de que le acusaban;

<sup>1</sup> Como esta denominación se repite en la obra (y aun siendo empleada corrientemente en Medicina legal), conviene advertir que este término, inventado por el alemán Ulrichs y tomado del nombre de la Venus *Urania*, designa la inversión sexual. (N. del T.)

quise cerciorarme y saber lo que se le ocurría decir para disculparlas.

No había vuelto a ver a Corydon desde hacía diez años. Era entonces un muchacho lleno de brío, dulce y orgulloso a la vez, generoso, servicial y cuya mirada captaba ya la estimación. Sus estudios de Medicina habían sido de lo más brillantes, y sus primeros trabajos obtuvieron el aplauso de los profesionales. Al salir del liceo, donde fuimos condiscípulos, una amistad bastante estrecha nos unió. Después nos separaron unos años de viajes, y cuando volví a instalarme en París, la deplorable fama que empezaban a valerle sus costumbres me impidió tratarle.

Al entrar en su habitación no sentí, lo confieso, la ingrata impresión que temía. Verdad es que Corydon no la produce tampoco por su aspecto, que sigue siendo correcto, con cierta afectación de austeridad inclusive. Mis ojos buscaban en vano, por el aposento donde me recibió, esos indicios de afeminación que los especialistas encuentran en todo lo que rodea a los invertidos, y en los cuales pretenden no haberse equivocado nunca. Sin embargo, podía verse, encima de su bufete de caoba, una gran fotografía tomada de una obra de Miguel Angel: la de la formación del hombre, en que se ve, obedeciendo al dedo creador, a la criatura Adán, desnuda, tendida sobre la arcilla plástica, volviendo hacia Dios su mirada deslumbrada de agradecimiento. Corydon siente cierta afición por la obra de arte, tras la cual hubiese podido ampararse si yo me hubiera

sorprendido por la elección de aquel asunto especial. Sobre su mesa de trabajo, el retrato de un viejo de gran barba blanca, en quien reconocí inmediatamente al americano Walt Whitman, porque figura al comienzo de una traducción de su obra que acaba de dar M. Bazalgette. M. Bazalgette acaba de publicar igualmente una biografía de ese poeta, voluminoso estudio que había yo leído recientemente, y que me sirvió de pretexto para iniciar la conversación.

## I

—Después de leer el libro de Bazalgette —principié—, resulta que ese retrato no tiene razón importante para figurar sobre su mesa.

Mi frase era impertinente. Corydon aparentó no comprenderla; insistí.

—Ante todo —respondió—, la obra de Whitman sigue siendo igualmente admirable, sea la que fuere la interpretación que a cada cual se le antoje dar a sus costumbres...

—Confiese usted, sin embargo, que su admiración por Whitman ha disminuido algo desde que Bazalgette ha demostrado que no tenía aquél las costumbres que a usted le complacía asignarle.

—Su amigo Bazalgette no ha demostrado absolutamente nada; todo su razonamiento cabe en un silogismo que se puede también redargüir:

La homosexualidad, afirma él en principio, es una inclinación contra natura.

*Es así que* Whitman gozaba de una perfecta salud; era, hablando con precisión, el representante más genuino que haya podido ofrecernos la literatura del hombre normal...

—*Luego* Whitman no era pederasta: esto me parece perentorio.

—Pero ahí está la obra, en la que ya puede monsieur Bazalgette traducir por «afecto» o por «amistad» la palabra *love*, y *sweet*, «por puro» en cuanto se dirige al «camarada»... No por eso dejarán de ser todos los pasajes apasionados, sensuales, tiernos o vibrantes del volumen del mismo orden: de ese orden que llama usted «contra natura».

—De lo que yo llamo «orden» en absoluto... Pero veamos su silogismo...

—Este es:

Whitman puede ser considerado como el tipo del hombre normal.

*Es así que* Whitman era pederasta.

—*Luego* la pederastia es una inclinación normal. ¡Bravo! Queda únicamente por probar que Whitman era pederasta. Petición de principio por petición de principio, prefiero el silogismo de Bazalgette; va menos en contra del sentido común.

—Lo importante es no ir en contra de la verdad. Preparo un artículo sobre Whitman, una respuesta a la argumentación de Bazalgette<sup>1</sup>

<sup>1</sup> M. Bazalgette tiene indudablemente derecho a elegir (y la lengua francesa le obliga a ello) cada vez que el *género* de la pa-

—Esas cuestiones de las costumbres, ¿le preocupan mucho?

—No poco, lo confieso; preparo igualmente un trabajo bastante importante sobre ese tema.

—¡No le bastan a usted entonces los trabajos de Moll, Kraft-Ebbing, Raffalovich, etc.!

—No han logrado satisfacerme; quisiera hablar de eso de otra manera.

—He pensado siempre que lo mejor era hablar lo menos posible de esas cosas, que a veces sólo existen porque algún torpe las divulga. Además de que son inelegantes de decir, habrá siempre unos cuantos pícaros que tomarán ejemplo precisamente en lo que se pretendía censurar.

—Yo no pretendo censurar.

labra inglesa resulta indeciso, traduciendo, por ejemplo, «the friend whose embracing awakes me» por «la amiga que... etcétera», aunque se engañe a sí mismo y engañe al lector. Pero no tiene derecho a deducir conclusiones de un texto, una vez que él mismo lo ha arreglado. Confiesa, con una ingenuidad que desarma, que la intriga femenina que nos cuenta en su biografía de Whitman es «puramente» imaginaria. Su afán por sacar a su héroe hacia la heterosexualidad es tal que cuando traduce «the heaving sea» por «el mar que se levanta» siente la necesidad de añadir «como un seno» (pág. 278), lo cual es literariamente absurdo y profundamente antiwhitmaniano. Al leer esas palabras en su traducción, corro al texto con la certeza de un... error. De igual modo cuando leemos «mezclado con las que pelan las manzanas, exijo un beso por cada fruto rojo que encuentre» (pág. 93), no hay ni que decir que el femenino está inventado por Bazalgette. Semejantes ejemplos abundan y *no hay otros* —con lo cual quiero decir que no hay ejemplos de esos en los que pudiera apoyarse Bazalgette; de manera que realmente es a él a quien parece dirigirse Whitman cuando dice: «No soy lo que suponéis» (pág. 97). En cuanto a las deformaciones de orden literario, abundan y son importantes hasta el punto de desnaturalizar singularmente la poesía de Whitman. Conozco pocas traducciones que traicionen mejor al autor... Pero esto nos llevaría demasiado lejos y a otros dominios.

—Corren rumores de que usted aparenta ser tolerante.

—No me comprende usted en absoluto. Veo que es necesario que le diga el título de mi obra.

—Venga.

—Es una *Defensa de la pederastia* la que escribo.

—¿Y por qué no un *Elogio*, ya que lo toma usted así?

—Ese título violentaría mi pensamiento; temo ya inclusive que algunos vean en la palabra *Defensa* una especie de provocación.

—¿Y se atreverá usted a publicar eso?

—No, no me atreveré —replicó, en tono más grave.

—Decididamente, son ustedes todos lo mismo —repuse, después de una breve pausa—; fanfarronean ustedes en la intimidad y entre sus afines; pero al aire libre y delante de público, su valor se desvanece. Comprenden ustedes perfectamente, en el fondo, la legitimidad de la reprobación que les abrumba; protestan elocuentemente en voz baja, pero en voz alta flaquean ustedes.

—Verdad es que la causa carece de mártires.

—No emplea usted palabras ampulosas.

—Empleo las palabras adecuadas. Hemos tenido a Wilde, a Krupp, a Macdonald, a Eulenburg...

—¡Y no le bastan a usted!

—¡Oh, víctimas, víctimas, todas cuantas se quieran! Pero mártires, ninguno. Todos han negado; todos negarán.

—¡Naturalmente! Ante la opinión, los perió-

dicos o los tribunales, todos se avergüenzan y se retractan.

—¡O se callan, ay! Sí, tiene usted razón: es como entregar la causa ganada a la opinión, fundar su inocencia en la retractación de su vida. ¡Qué extraño! Tiene uno el valor de sus opiniones, pero no el de sus costumbres. Se acepta el sufrimiento, pero no se acepta la deshonra.

—¿No es usted como ellos al retroceder ante la publicación de su libro?

Vaciló unos instantes, y luego:

—Quizás no retroceda.

—Acorralado ante los tribunales por un Queensberry<sup>1</sup> o un Harden, prevé usted, sin embargo, cuál sería su actitud.

—¡Ay! Como los que me precedieron en ello, sin duda, perdería yo la serenidad y negaría. No está uno nunca tan solo en la vida hasta el punto de que el lodo que algunos nos arrojan no salpique al mismo tiempo a otros que nos son queridos. El escándalo desconsolaría a mi madre, y eso no me lo perdonaría jamás. Mi hermana pequeña vive con ella y no está casada todavía. Puede que se encontrase difícilmente a alguien que me aceptase por cuñado.

—¡Caray! Le entiendo muy bien. Confiesa usted entonces que esas costumbres deshonran inclusive a quien no ha hecho más que tolerarlas.

<sup>1</sup> El marqués de Queensberry, padre de lord Alfred Douglas, el amigo íntimo de Oscar Wilde, fue el que se ensañó con el gran escritor, logrando que éste fuese condenado a los dos terribles años de trabajos forzados, que cumplió en Reading. (N. del T.)

—No es una confesión; es una comprobación. He aquí por qué deseo que esa causa tenga mártires.

—¿Qué quiere usted decir con esa palabra?...

—Alguien que fuese al encuentro del ataque; que, sin fanfarronería y sin bravata, soportase la reprobación, los insultos: o, mejor aún, que fuese de un valor, de una probidad, de una rectitud tan reconocidas, que la reprobación dudase ante todo...

—No encontrará usted ese hombre, precisamente.

—Permítame usted desear que se encuentre.

—¡Vamos! Aquí, entre nosotros: ¿le cree usted realmente útil? ¿Qué cambio de opinión espera usted? Reconozco que están ustedes un poco cohibidos. Si lo estuviesen aún más, mejor sería, créame; esas costumbres abominables dejarían de existir de una manera natural, hasta llegar a no producirse más. (Noté que se alzaba de hombros, lo cual no me impidió insistir.) ¿Cree usted que no se exhiben ya bastantes ignominias a la luz del día? He oído decir que los homosexuales encuentran en un lado y en otro vergonzosas facilidades. Que se contenten con las encubiertas, con las complacencias de sus iguales; no solicite usted para ellos la aprobación, ni siquiera la indulgencia de las personas decentes.

—Y, sin embargo, no puedo prescindir de la estimación de estas últimas.

—¿Qué hacer entonces? Cambie usted de costumbres.

—Es que no puedo cambiar de costumbres. Este es el dilema al que Krupp, Macdonald y tantos otros no encontraron más solución que un balazo.

—Afortunadamente, usted es menos trágico.

—No lo juraría; pero quisiera escribir mi libro.

—Confiese usted que entra no poco orgullo en su caso.

—Ninguno.

—Cultiva usted su excentricidad, y para no avergonzarse más aún de ella, se felicita usted de no sentirse semejante a los otros.

Se encogió nuevamente de hombros y dio unos pasos por la habitación, en silencio; luego, dominando al fin la impaciencia que mis últimas palabras le causaban:

## II

—Antes era usted amigo mío —dijo, sentándose otra vez a mi lado—. Recuerdo que sabíamos comprendernos. ¿Le es a usted imprescindible ahora poner en juego su ironía a cada frase que digo? ¿No podría usted, no diré realmente aprobarme, pero sí escucharme de buena fe? De buena fe le hablo... o, por lo menos, le hablaré si veo que me escucha usted.

—Perdóneme —le dije, desarmado por el tono de sus palabras—. Es cierto que estoy atrasado con relación a usted. Sí, éramos bastante íntimos

en la época en que su conducta no le consentía lo más mínimo a sus inclinaciones.

—Después cesó usted de verme; o, mejor dicho: riñó usted conmigo.

—No nos expliquemos en ese punto; conversemos, en cambio, como lo hubiésemos hecho en otro tiempo —expliqué, tendiéndole la mano—. Tengo tiempo para escucharle. Cuando nos veíamos, era usted todavía estudiante. En aquellos momentos ¿había visto usted claramente en su interior? ¡Hable! Es una confesión lo que espero.

Y él comenzó así, dirigiéndome una mirada en la que renacía la confianza:

—Durante mis años de internado en los hospitales adquirí conciencia de mi... anomalía, lo cual me sumió en una inquietud mortal. Es absurdo sostener, como hacen algunos todavía, que no se llega a la pederastia sino por relajación y que es una afición de gente hastiada. No podía yo tampoco considerarme como degenerado ni como enfermo. Laborioso, y muy casto, vivía con la idea fija de casarme, al terminar mis años de hospital, con una muchacha, que después ha muerto y a la que amaba más que a nada en el mundo.

La amaba demasiado para darme perfecta cuenta de que no la deseaba. Ya sé que ciertos espíritus admiten difícilmente que pueda darse lo uno sin lo otro; yo mismo lo ignoraba en absoluto. Sin embargo, ninguna otra mujer aparecía jamás en mis sueños ni despertaba en mí el menor deseo. Menos aún me seducían las mujeres públicas, tras

de las cuales veía correr a casi todos mis compañeros. Pero como entonces no sospechaba yo lo más mínimo que pudiese desear otros seres, ni siquiera que otros seres pudiesen ser auténticamente deseados, me convencía del mérito de mi abstinencia, exaltándome ante la idea de llegar virgen al matrimonio y glorificándome de una pureza que no podía yo creer engañosa. Sólo muy poco a poco logré convencerme; tuve que confesarme, por último, que aquellos placeres tan alabados, a los que me jactaba de resistir, no tenían para mí ningún encanto.

¡Lo que había yo considerado como virtud no era, pues, sino indiferencia! Esto es lo que un alma joven que posea un poco de nobleza tiene que reconocer con un pesar atroz. Sólo el trabajo conseguía vencer mi melancolía, que agrisaba y oscurecía mi vida; me convencí bien pronto de que no era yo apropiado para el matrimonio, y, no pudiendo confesar a mi prometida las causas de mi tristeza, mi actitud cerca de ella se tornó cada vez más equívoca y embarazosa. Y, sin embargo, las diversas experiencias que quise entonces intentar en el burdel me probaron que no era yo impotente; pero al mismo tiempo acabaron de convencerme.

—¿De convencerle de qué?

—Mi caso me parecía de los más extraños (porque ¿cómo podía yo entonces sospechar que es tan frecuente?). Me sentía apto para la voluptuosidad; me creía incapaz de experimentar deseo, hablando con exactitud. Hijo de padres muy sanos,

era yo fuerte y de buena constitución; mi aspecto no proclamaba mi infortunio; ninguno de mis amigos recelaba nada; me hubiera dejado descuartizar antes que revelar nada a nadie. Pero aquella comedia del buen humor y del descoco que me creía obligado a representar, para evitar toda sospecha, me resultaba intolerable. Una vez a solas me sentía aniquilado.

La gravedad, el tono convencido de su voz, forzaban mi interés.

—¡Cuánta fantasía en todo eso! —le dije con dulzura—. Estaba usted enamorado, sencillamente, y, por lo tanto, lleno de temores. Inmediatamente después del matrimonio, el deseo completamente normal hubiera seguido al amor.

—Eso dicen, ya lo sé... ¡Qué razón tenía yo en ser escéptico!

—Ahora parece usted poco propenso a la hipocondría. ¿Cómo se ha curado usted de esa enfermedad?

—En aquella época leía mucho. En el curso de mis lecturas tropecé con una frase que fue para mí una advertencia saludable. Es del abate Galiani: «Lo importante —escribía a madame de Epinay—, lo importante no es curarse, sino vivir con sus males.»

—¿Por qué no les dice usted eso a sus enfermos?

—Se lo digo a los que no pueden curarse. Esa frase le parecerá a usted muy sencilla; yo saqué de ella mi filosofía. No me quedaba más que saber que no era yo un caso monstruoso, un caso único,

para reconquistar mi confianza y libertarme de mi propia aversión.

—Me refiere usted cómo reconoció su escasa afición a las mujeres; pero no me dice, en cambio, cómo se reveló su inclinación...

—Es una historia bastante penosa y que no me gusta contar. Sin embargo, creo que usted me escucha inteligentemente y tal vez mi relato le ayude a hablar con menos ligereza de estas cosas.

Le di la seguridad, si no de mi simpatía, al menos de mi atención deferente.

—Ya sabe usted que era novio de una muchacha —empezó— Amaba tiernamente a la que debía ser mi mujer, pero con un amor casi místico, y, naturalmente, en mi inexperiencia, apenas podía imaginarme que hubiese otra bella manera de amar. Mi prometida tenía un hermano, unos cuantos años más joven que ella, a quien veía yo con frecuencia y que me había tomado un cariño de los más vivos

—¡Ah, ah! —exclamé involuntariamente Corydon me miró con severidad.

—No; no hubo nada impuro entre nosotros; su hermana era mi prometida.

—Perdóneme.

—Pero comprenda usted mi turbación, mi desconcierto, cuando, una noche de confianza, tuve que reconocer que aquel muchacho no sólo quería mi amistad, sino que solicitaba también mi caricia.

—Su ternura, querrá usted decir. ¡Como mu-

chos niños, caramba! A nosotros los mayores nos corresponde velar por ellos.

—Y velé por él, en efecto, se lo juro. Pero Alejo no era ya un niño; era un adolescente lleno de gracia, y consciente; las confesiones que me hizo entre tanto me desconcertaron tanto más cuanto que en todo lo que me revelaba, y que él observaba en sí precozmente con una perspicacia singular, me parecía confesarme yo mismo. Sin embargo, nada justificaba indudablemente la severidad con que procedí.

—¿Severidad?

—Sí; tenía miedo por los dos. Le hablé severamente, con dureza casi; y, lo que es peor, con excesivo desprecio hacia lo que yo llamaba afeminamiento y que no era sino la expresión natural de su cariño.

—Hay que saber graduar en esos casos.

—Gradué tan mal, que el pobre niño —sí, era un niño todavía— tomó por lo trágico mi amonestación. Durante tres días se esforzó con una gentileza multiplicada en vencer lo que tomaba por enojo mío; a pesar de lo cual yo exageraba ante él mi frialdad, hasta el extremo de que...

—Acabe usted.

—¡Cómo! ¿No sabe usted que Alejo B. se mató?

—Y se atreve usted a pretender que...

—¡Oh! Yo no pretendo nada. Se habló primero de un accidente. Estábamos entonces en el campo: el cuerpo se encontró al pie de un acantilado...

¿Accidente? ¡Ojalá! Pero aquí está la carta que encontré en la cabecera de mi cama.

Abrió un cajón, cogió un papel con mano temblorosa, le echó un vistazo y dijo:

—No, no le leeré a usted esta carta; podría usted juzgar mal a aquel niño. Me dice en ella, en resumen, pero ¡con qué expresión apasionada!, la angustia en que le había sumido mi conversación última... sobre todo ciertas frases. «Para salvarte de esa inquietud física —había yo exclamado, indignándome hipócritamente contra las aficiones que me confesaba— cuento con un gran amor.» ¡Ay! —me escribía él—. Ese amor, por ti es por quien lo siento, amigo mío. No me has comprendido, o, lo que es peor aún: me has comprendido y me desprecias; veo que me he convertido para ti en un objeto de horror; y al propio tiempo lo soy también para mí mismo. Ya que no puedo variar en nada mi monstruosa naturaleza, puedo por lo menos suprimirla...» Cuatro páginas, en fin, de ese patetismo algo pomposo de esa edad, que denominamos con tanta facilidad, más adelante, declamatorio.

Me sentía bastante molesto con aquel relato.

—¡Evidentemente! —repliqué, por último—. Que la declaración de semejante amor se dirigiese a usted especialmente: he aquí una fatalidad bien maliciosa. Comprendo que le haya afectado a usted la aventura.

—Hasta el punto de hacerme renunciar *in continenti* a toda idea de matrimonio con la hermana de mi amigo.

—Pero —añadí, para terminar mi pensamiento— estoy convencido de que no le suceden a cada cual más acontecimientos que los que se merece. Confiese usted que si ese adolescente no hubiese presentado en usted algún posible eco a su pasión culpable, esa pasión...

—Quizás algún oscuro instinto pudo, en efecto, avisarle; pero en este caso es muy lamentable que ese instinto no pudiera avisarme a mí también.

—¿Qué hubiese usted hecho entonces?

—Creo que hubiera curado a aquel niño.

—Decía usted hace un momento que no se curaba uno de eso; citaba usted la frase del abate: «Lo importante no es curarse...»

—¡No siga usted! Hubiese podido curarle como me he curado yo mismo.

—¿De qué modo?

—Persuadiéndole de que no estaba enfermo.

—Diga usted de una vez que la perversión de su instinto era natural.

—Persuadiéndole de que la desviación de su instinto era completamente natural.

—Y si las cosas volviesen a suceder, hubiese usted cedido a ella, naturalmente.

—¡Oh! Eso es otra cuestión. Una vez resuelto el problema fisiológico, comienza el problema moral. Sin duda, en atención a su hermana, con la que estaba yo comprometido, le hubiese incitado a triunfar de aquella pasión, como hubiese triunfado yo también, evidentemente; pero al menos esa pasión hubiera perdido el carácter monstruoso que había llegado a tomar para él.

Ese drama acabó de abrirme los ojos respecto a mí mismo, revelándome la clase de afecto que sentía por aquel niño; ese drama, sobre el cual he meditado largamente, me orientó hacia... la especialidad que le parece a usted tan despreciable; en memoria de aquella víctima he anhelado curar otras víctimas, que sufrían todas del mismo equívoco; curarlas de la manera que he indicado.

### III

—Creo que comprenderá usted ahora por qué quiero escribir ese libro. Los únicos libros serios que conozco sobre esa materia son obra de algunos médicos. Se desprende de ellos desde las primeras páginas un intolerable olor a clínica...

—Entonces, ¿no piensa usted hablar como médico?

—Como médico, como naturalista, como moralista, como sociólogo, como historiador...

—No sabía que fuese usted todo eso.

—Es decir, que procuraré hablar, no como especialista, sino como hombre. Por regla general, los médicos que tratan de esas materias tienen que habérselas únicamente con uranistas vergonzosos, con desdichados, con quejumbrosos, con invertidos, con enfermos. Sólo éstos acuden a ellos. Como médico, son éstos también los que yo trato; pero como hombre, me encuentro otros

que no son ni enfermizos ni quejumbrosos: sobre estos últimos me complace disertar.

—¡Sí, sobre los pederastas normales!

—Usted lo ha dicho. Entiéndame bien: la homosexualidad, lo mismo que la heterosexualidad, abarca todos los grados, todos los matices: del platonismo, a la lascivia; de la abnegación, al sadismo; de la salud alegre, a la misantropía; de la simple expansión, a todos los refinamientos del vicio. La inversión no es más que un anexo. Además, existen todos los grados intermedios entre la homosexualidad exclusiva y la exclusiva heterosexualidad. Pero, generalmente, se trata simplemente de oponer al amor normal un amor reputado contra natura, y, para mayor comodidad, se pone toda la alegría, toda la pasión noble o trágica, toda la belleza del gesto y del espíritu, de una parte; y de la otra, no sé qué escoria enfangada del amor...

—No se acalore usted. El sofisma goza entre nosotros de un innegable favor.

Estaba tan excitado, que no oyó mi observación, añadiendo:

—Nada más grotesco, a cada nuevo proceso por atentado a las costumbres, que el comedido asombro de los periódicos ante la viril actitud de los acusados. Indudablemente, la opinión esperaba verles con faldas. Mire usted: cuando el proceso Harden, recorté esto del *Journal*...

Rebuscó entre varios papeles y me tendió una hoja, donde leí estas líneas subrayadas:

*El conde de Hobenan, de elevada estatura, con su levita entallada y su aire altivo y caballeresco, no hace el menor efecto de un hombre afeminado. Es el tipo perfecto del oficial de la Guardia, entusiasta de su profesión. Y, sin embargo, sobre este hombre de aspecto noble y marcial recaen las más graves sospechas. El conde de Lynar es también de gallarda estatura..., etc.*

—De igual modo —continuó—, Macdonald y Eulenburg parecieron, hasta a los ojos más prevenidos en contra suya, inteligentes, apuestos, nobles...

—En una palabra: deseables por todos conceptos.

Calló él un momento y vi pasar un chispazo de desprecio por su mirada; pero, dominándose, prosiguió como si no le hubiese alcanzado mi puntada:

—Tiene uno derecho a esperar cierta belleza del objeto del deseo, pero no del sujeto que desea. Me importa poco la belleza de éstos. Si yo insistía sobre su aspecto físico es porque me importa que sean saludables y viriles. No es que pretenda que todos los uranistas lo sean; la homosexualidad, lo mismo que la heterosexualidad, tiene sus degenerados, sus corrompidos y sus enfermos; he observado como médico, lo mismo que otros muchos colegas, numerosos casos penosos, desconsoladores o dudosos; se los ahorraré a mis lectores; una vez más, mi libro tratará del uranismo saludable, o, como decía usted antes: de *la pederastia normal*.

—¿No ha comprendido usted entonces que emplee esas palabras en broma? Le alegraría a usted demasiado que aceptase yo ese primer punto.

—No le pediré jamás que lo acepte por pura amabilidad. Prefiero que se vea usted forzado a ello.

—Ahora es usted el que quiere bromear.

—No me río. Le apuesto a que antes de veinte años las palabras contra natura, antifísico, etcétera, no podrán ya tomarse en serio. No admito más que una cosa en el mundo que no sea natural: la obra de arte. Todo lo demás, quíeralo o no, entra en la Naturaleza, y en cuanto no se mira en plan de moralista, conviene examinarlo como naturalista.

—Esas palabras que usted recrimina son aptas por lo menos para vigorizar nuestras buenas costumbres... ¿Adónde iremos a parar una vez que las haya usted suprimido?

—No estaremos más desmoralizados por ello; y me contengo mucho para no añadir: ¡al contrario!... Buena nos la quieren ustedes dar, los señores heterosexuales; parece, oyéndoles hablar a algunos, que basta con que sean las relaciones entre ambos sexos diferentes para ser lícitas; para ser «normales» por lo menos.

—Basta con que puedan serlo. Los homosexuales son necesariamente depravados.

—¿Cree usted que la abnegación, el dominio de sí, la castidad, sean cosas desconocidas entre ellos?

—Indudablemente, es una suerte que las leyes y el respeto humano les obliguen a ello algunas veces.

—En cambio, ustedes encuentran afortunadamente que las leyes y las costumbres les obliguen apenas a eso.

—¡Acabará usted por impacientarme! Ahí tiene usted el matrimonio, el honrado matrimonio, y supongo que no por parte de ustedes. Con usted me siento del talante de esos moralistas que, fuera del connubio, no ven en el placer carnal más que pecado y que reprueban toda clase de relaciones, excepto las legítimas.

—¡Oh! En eso les concedo ventaja; y hasta, si me apura usted un poco, sabré mostrarme más intransigente que ellos. Del número de alcobas conyugales en las que he tenido que entrar como médico, le juro que he visto pocas limpias, y no me atrevería a apostar si la mayor fantasía, o la mayor perversidad, si usted prefiere, en la mecánica amorosa, deba buscarse siempre en la cortesana y no en ciertos matrimonios «honrados».

—Es usted irritante.

—Pero si la alcoba es conyugal, el vicio queda disculpado en el acto.

—Entre esposos pueden realmente hacer lo que quieran; les está permitido. Una vez más, eso no nos importa.

—«Permitido»; sí, prefiero esta palabra a «normal».

—Me habían advertido que entre sus afines el sentido moral se halla singularmente falseado.

¡Hasta qué punto! Me deja usted asombrado. Parece usted perder de vista por completo ese acto natural de la fecundación, que el matrimonio santifica y merced al cual se perpetúa el gran misterio de la vida.

—Y pasado el cual el gesto del amor se emancipa y se aloca, y no es ya más que una fantasía gratuita, que un juego. ¡No, no! No lo pierdo de vista; quiero precisamente asentar mi moral sobre su finalidad. Fuera de él no queda más que el convencimiento del placer. Pero piense usted que el acto de la procreación es raro y que basta con uno cada diez meses.

—Poco es.

—Poquísimo; porque la naturaleza propone un derroche mucho mayor; y... no me atrevo casi a terminar...

—¡Siga usted! ¡Ha dicho usted ya tanto!

—Pues bien, helo aquí: yo pretendo que, lejos de ser el único «natural», el acto de la procreación, en la Naturaleza, entre la más desconcertante profusión, no es, la mayoría de las veces, más que una «chiripa».

—¡Caray, ya se explicará usted!

—Con mucho gusto. Pero al llegar aquí entramos en la historia natural; con ella empieza mi libro, y con ella abordo el tema. Si tiene usted un poco de paciencia, se lo contaré. Vuelva mañana. De aquí a entonces habré ordenado un poco mis papeles.

## Díálogo segundo



Al día siguiente, a la misma hora aproximadamente, volví a casa de Corydon.

—He estado a punto de no venir —le dije al entrar.

—Ya sabía yo que diría usted eso —replicó, invitándome a sentarme— y que vendría usted no obstante.

—Es usted sagaz. Pero, con su permiso, no es al psicólogo, sino al naturalista, al que vengo hoy a escuchar.

—Tranquilícese: como naturalista me dispongo a hablarle. He ordenado mis observaciones; si quisiese utilizarlas todas, no me bastarían tres tomos; pero, como le decía ayer, aparto de antemano las puramente médicas; no es que no me interesen, pero solamente después me servirán. Mi libro no las necesita.

—Habla usted como si estuviese ya completamente escrito.

—Está enteramente compuesto, por lo menos; pero la materia es abundante... Mi tema se divide en tres partes.

—La historia natural ocupará entonces la primera.

—Con la que será suficiente para nuestra conversación de hoy.

—¿Puedo saber ya lo que nos reservará la segunda?

—Si viene usted mañana, hablaremos de historia, de literatura y de bellas artes.

—¿Y pasado mañana?

—Procuraré darle a usted satisfacción como sociólogo y como moralista.

—¿Y después?

—Después le diré adiós y cederé la palabra a otros.

—Mientras tanto, a usted es a quien escucho. Empiece usted.

## I

—Confieso que adopto algunas precauciones oratorias. Antes de abordar la cuestión, cito a Pascal y a Montaigne.

—¿Qué tienen que ver con esto?

—Mire usted: son dos frases que quiero colocar como epígrafe; creo que plantean la discusión en términos ventajosos.

—Veamos esas citas.

—Conocerá usted la de Pascal: *Mucho me temo que esta naturaleza no sea ella misma más que una primera costumbre, así como la costumbre es una segunda naturaleza.*

—En efecto; he debido encontrármela.

—Yo subrayo lo de «mucho me temo».

—¿Por qué?

—Me agrada que le atemorice a Pascal. Estoy seguro de que hay motivo para ello.

—Veamos ahora la de Montaigne.

—*Las leyes de la conciencia, que decimos que nacen de la naturaleza, nacen de la costumbre.*

—Ya sé que ha leído usted mucho. Encuentra uno lo que quiere en una biblioteca bien surtida, buscando bien. Pero ¡no importa! Por una línea que se le escapó a Pascal, y que usted interpreta a su gusto, ¡tiene usted el descaro de refugiarse detrás de él!

—Créame usted que no tenía más dificultad que la de la elección. He copiado de él otras frases que demuestran que no falseo su pensamiento. Lea usted.

Me tendió una cuartilla, donde estaban copiadas las siguientes palabras:

*La naturaleza del hombre es toda naturaleza, omne animal. No hay nada que no se pueda hacer natural. No existe nada natural que no se baga perder.*

—O, si usted prefiere, ésta.

Me entregó otra cuartilla, en la que leí:

*Indudablemente, la naturaleza no es tan uniforme. Es la costumbre, pues, la que hace eso, porque fuerza*

*a la naturaleza; y a veces la naturaleza la supera y retiene al hombre en su instinto, contra toda costumbre, buena o mala.*

—¿Pretende usted entonces que la heterosexualidad es simplemente cuestión de costumbre?

—¡Nada de eso! Pero sí que juzgamos según la costumbre considerando sólo natural la heterosexualidad.

—¡Cómo le halagaría a Pascal si pudiese saber los fines que le hace usted servir!

—No creo alterar su pensamiento. Importa comprender que, allí donde usted dice «contra-natura», bastaría con la palabra «contra costumbre». Persuadidos de esto, confío que abordaremos el tema con menos prevención.

—Su cita es un arma de dos filos; puedo volverla contra usted; importadas de Asia o de Africa a Europa, y de Alemania, de Inglaterra o de Italia a Francia, las costumbres pederastas han podido contaminarnos, aquí y allá, durante algún tiempo. ¡Pero, a Dios gracias, el natural, bueno y antañón fondo galo ha reaparecido siempre, galante, como debe ser, gallardo e inclusive, si es preciso, robusto!<sup>1</sup>

Corydon habíase levantado y pascó durante un momento por la habitación sin hablar. Después prosiguió:

—Mi querido amigo: no haga usted intervenir

<sup>1</sup> «Si hay un vicio o una enfermedad que repugne a la mentalidad francesa, a la moralidad francesa, a la salud francesa, es realmente, para llamar a las cosas por su nombre, la pederastia.» Ernest Charles, *Grande Revue* (25 julio 1910, pág. 339).

en esto una cuestión de nacionalismo, se lo suplico. En Africa, por donde he viajado, los europeos se han persuadido de que ese vicio está admitido; ayudados por la ocasión y por la belleza de la raza, se entregan allí a él con más libertad que en sus patrias, lo cual hace que los musulmanes, por su parte, estén convencidos de que esos gustos les llegan de Europa.

—Permítame usted creer, sin embargo, que el ejemplo y la incitación hacen su papel, y las leyes de imitación...

—¿No se ha fijado usted que obran lo mismo en el otro sentido? Acuérdesse usted de la frase profunda de La Rochefoucauld: *Hay gentes que no hubieran amado nunca si no hubiesen oído hablar del amor*. Piense usted que en nuestra sociedad y en nuestras costumbres todo predestina un sexo al otro; todo enseña la heterosexualidad, todo invita a ella, todo la provoca: teatros, libros, periódicos, ejemplo ostentativo de los mayores, exhibición en los salones, en la calle. *Si no se siente uno amoroso con todo eso, es que ha sido uno mal educado*, exclama jocosamente Dumas hijo en el prefacio a su *Cuestión de dinero*. ¡Cómo! Si el adolescente cede al fin a tanta complicidad ambiente, ¿no querrá usted suponer que el consejo haya podido guiar su elección y la presión inclinar, en el sentido prescrito, su deseo! Pero si, a pesar de los consejos, invitaciones y provocaciones de todas clases, manifiesta una inclinación homosexual, inmediatamente culpan ustedes de ello a tal lectura o a tal influencia (y razonan lo mismo con un país

entero, con un pueblo): es un gusto adquirido, afirman ustedes; se lo han enseñado, seguramente; no admiten ustedes que haya podido él inventarle solito.

—No admito que haya podido inventarle si es sano, precisamente porque no reconozco esa afición como espontánea más que en los invertidos, en los degenerados o en los enfermos.

—¡Cómo! Ahí está ese gusto, esa inclinación, oculta por todo y que todo contraría; que no tiene permiso para mostrarse ni en los libros, ni en la vida; que cae bajo la férula de la ley en cuanto se afirma y que ponen ustedes inmediatamente en una picota infamante, haciéndole blanco de las pullas, de los insultos, del desprecio casi universal...

—¡Cálmese usted, cálmese! Su uranista es un gran inventor.

—No digo que invente siempre; pero digo que cuando imita es que tenía ganas de imitar; que el ejemplo halagaba su secreta afición.

—Decididamente, tiene usted empeño en que ese gusto sea innato.

—Lo compruebo sencillamente... Y me permitirá usted que observe que ese gusto, además, no puede en absoluto heredarse, por la especiosa razón de que el acto mismo que le transmitiría es necesariamente un acto de heterosexualidad...

—Es ingeniosa la salida.

—Confiese usted que es preciso que ese apetito sea bien fuerte, bien irreprimible, esté bien metido

en la carne misma, sea, digamos la palabra, bien *natural*, para poder resistir a las vejaciones y no consentir finalmente en desaparecer. ¿No cree usted que se parece a un surtidor continuo que ciegan con gran trabajo en un sitio y que rebrota un poco más allá, cuyo nacimiento no se puede nunca agotar? ¡Persigan ustedes, y será inútil! ¡Contengan! ¡Opriman! No suprimirán ustedes nada.

—Reconozco que estos últimos años, los casos señalados por la Prensa han llegado a ser de una frecuencia deplorable.

—Es decir, que a consecuencia de varios procesos famosos, los periódicos toman la decisión y la costumbre de hablar de ellos. La homosexualidad parece más o menos frecuente según aflore más o menos a la luz del día. Lo cierto es que ese instinto que llaman ustedes contra natura ha existido siempre, aproximadamente tan fuerte, en otros tiempos y por todas partes, como todos los apetitos naturales.

—Repítame usted la frase de Pascal: *todos los gustos se hallan en la naturaleza...*

—*Indudablemente, la naturaleza no es tan uniforme. Es la costumbre, pues, la que hace eso, porque fuerza a la naturaleza, y a veces la naturaleza la supera y retiene al hombre en su instinto...*

—Empiezo a comprenderle a usted mejor. Pero a ese paso tendrá usted que considerar naturales igualmente el sadismo, el instinto de crueldad, el homicida, hasta los instintos más raros, los peores... y no habrá usted adelantado nada.

—Creo, en efecto, que no existe ningún instinto que no pueda basarse en alguna costumbre animal. Los felinos no gozan del amor si no mezclan el mordisco con las caricias... Pero aquí nos salimos del tema; tanto más cuanto que creo, por razones bastante difíciles de comprender, que el sadismo acompaña con mayor frecuencia a la heterosexualidad que al uranismo... Digamos para simplificar, si usted quiere, que hay instintos sociales e instintos antisociales. Si es la pederastia un instinto antisocial, es lo que examino en la segunda y en la tercera parte de mi libro; permítame usted que aplaze la cuestión. Necesito, ante todo, no sólo comprobar y reconocer la homosexualidad como natural, sino también intentar explicarla y comprender su razón de ser. Estas observaciones preliminares no estaban acaso de más, pues, como le advierto, lo que me dispongo a formular no es nada menos que una teoría nueva del amor.

—¡Diablo! ¿Es que realmente no le bastaba a usted con la angustia?

—Aparentemente no, puesto que tiende a hacer de la pederastia una especulación «contra natura»... Vivimos hundidos hasta los ojos y hasta el cerebro en una teoría del amor antiquísima, muy común y que no pensamos ya en discutir; esta teoría ha penetrado muy adentro en la Historia, falseando muchos razonamientos, alterando muchas observaciones; temo que me ha de costar trabajo apartarle a usted de ella en un breve rato de charla...

—Inténtelo de todas maneras.

—Por eso mismo todo lo que me dispongo a decirle depende de ello.

## II

Dio unos pasos hasta su librería, en la cual se apoyó.

—Se ha escrito mucho sobre el amor; pero los teóricos del amor son escasos. Realmente, desde Platón y los convidados de su *Banquete*, no reconozco a ningún otro más que a Schopenhauer.

—Monsieur de Gourmont ha escrito recientemente sobre la materia...

—Me extraña que un espíritu tan sutil no haya sabido denunciar ese último refugio del misticismo; que su escepticismo encarnizado no haya sabido irritarse con la finalidad metafísica que entraña esa teoría que hace del amor el sueño de la naturaleza toda, del deseo de la pareja el resorte secreto de la vida. Me extraña, en fin, que ese espíritu a veces ingenioso no haya sabido llegar en seguida a las conclusiones que me dispongo a exponer a usted. Su libro sobre la *Física del amor* está inspirado por el solo afán de rebajar el amor del hombre al rango de las parejas animales, afán que llamaré zoomórfico, digno compañero del antropomorfismo que sabía hallar los gustos y las pasiones del hombre por todas partes.

—Si quisiera usted exponer su nueva teoría...

—Se la diré sin ambages, bajo una forma monstruosa y paradójica, primero. Después la daremos algunos retoques. Hela aquí: el amor es una invención completamente humana; el amor no existe en la Naturaleza.

—Quiere usted decir, de acuerdo con monsieur de Gourmont, que lo que llamamos *amor* no es de parte a parte, sino instinto sexual más o menos disimulado. ¡Eso puede no ser exacto, pero seguramente no es nuevo!

—¡No, no! Lo que digo es que esos ateos que pretenden sustituir a Dios con ese ídolo enorme que llaman «el instinto universal de reproducción», son unos cándidos singulares. Es la *alfísica* del amor la que nos propone monsieur de Gourmont. Lo que yo pretendo es que ese famoso «instinto sexual» que empuja irresistiblemente un sexo hacia el otro es creación de ellos, que ese instinto no existe.

—No espere usted asustarme con su tono perentorio. ¿Qué puede significar esa negación del instinto sexual? Sobre todo en el momento en que la teoría misma del instinto, bajo sus formas más generales, vuelve a ser resucitada y discutida por Loeb, Bohn, etc.

—No creía yo que conociese usted los minuciosos trabajos de esos señores.

—Confieso que no los he leído todos.

—Por eso no era a un sabio a quien me dirigía, sino a usted, en quien presiento cierta ignorancia en materia de historia natural... ¡Oh! No se defienda; esa ignorancia le es común con más

de un literato. No pudiendo ni escamotear ni pretender exponer en unas palabras los límites, por otra parte muy vagos, en que se quiere situar la palabra «instinto», y sabiendo que a algunos les gusta ver en las palabras «instinto sexual» una fuerza imperativa, categórica y precisa, que actúa, como otro instinto, con la exactitud de un mecanismo infalible<sup>1</sup>, y a la cual, según dice Gourmont, «hay que obedecer inevitablemente», yo le digo con toda firmeza: no, ese instinto no existe.

—Veo que juega usted con las palabras. *En realidad* —dice muy sabiamente su Bohn en un librito recién aparecido—, *el peligro está, no en emplear la palabra «instinto», sino en saber lo que puede haber detrás de esa palabra y en emplearla como si fuese una explicación*<sup>2</sup>. Lo reconozco. Admite usted, sin embargo, el instinto sexual y, ¡caramba!, no puede usted hacer otra cosa; sencillamente, niega

<sup>1</sup> «...Si el sistema nervioso está centralizado, como en los gorgojos, su enemigo el cercérico no da más que una puñalada; si los movimientos dependen de tres ganglios, da tres puñaladas; si tiene nueve ganglios, da nueve puñaladas; esto es lo que hace la anmófila espinosa, cuando necesita para sus larvas la oruga de la noctuella o mariposa nocturna, llamada vulgarmente gusano gris; si un golpe de aguijón en el ganglio cervical resulta demasiado peligroso, el cazador se limita a masticarle suavemente para conseguir el grado necesario de inmovilidad», etcétera (por ejemplo). Remy de Gourmont; *loc. cit.*, pág. 258; según las observaciones de J. H. Fabre. Véase la excelente crítica de esa mitología por Marchal; citado por Bohn, *Nouvelle Psychologie animale*, págs. 101 a 104.

Casi todo este diálogo fue escrito en el verano de 1908; la *Nouvelle Psychologie animale* de Bohn no había aparecido aún y no conocía yo tampoco la memoria de Max Weiler *Sur la modification des instincts sociaux*, 1907, cuyas teorías se parecen mucho a las que aquí expongo.

<sup>2</sup> Bohn. *loc. cit.*, pág. 121.

usted que ese instinto posea esa precisión automática que algunos le prestan.

—Y que, naturalmente, pierde cada vez más a medida que se eleva uno en la escala animal.

—De tal modo, dirá usted, que no es nunca tan indeciso como en el hombre.

—No hablaremos hoy del hombre.

—Preciso o no, ese instinto se ha transmitido; ha desempeñado su papel y se ha mostrado suficiente.

—Sí; suficiente... justamente.

Se detuvo; apoyó su frente en su mano; pareció querer reunir sus ideas, durante unos instantes, y luego, alzando la cabeza, prosiguió:

—Bajo esas palabras «instinto sexual» encierran ustedes un haz de automatismos o, por lo menos, de tendencias, bastante sólidamente ligadas en las especies inferiores, pero que, conforme van ustedes subiendo los peldaños de la escala animal, se disocian cada vez con mayor facilidad y con mayor frecuencia.

Para mantener en haz esas tendencias se necesitarán muchas veces tales concomitancias, tales connivencias, tales complicidades, que le expondré más adelante, y sin el concurso de las cuales el haz se desata, dejando que se dispersen tales tendencias. Ese instinto no es homogéneo, por decirlo así, pues la voluptuosidad que produce, en uno y otro sexo, el acto de la fecundación no está, como usted sabe, necesaria y exclusivamente ligada a ese acto.

Que la voluptuosidad preceda a la tendencia

o que la siga, en el curso de la evolución, es cosa que no me importa por el momento. Admito de buen grado que el placer acompañe a cada acto en que se afirma la actividad vital, de tal modo que, en el acto sexual, por el cual se opera el mayor derroche y la perpetuación de la vida a la vez, el placer llega al orgasmo... Y sin duda esta tarea de creador, tan costosa para el individuo, no se lograría sin esa insigne recompensa; pero el placer no está ligado a su fin hasta el punto de no poder separarse de él<sup>1</sup>, de no emanciparse fácilmente. La voluptuosidad, por consiguiente, es buscada por ella misma, sin preocuparse de la fecundación. El animal no busca la fecundación, sino simplemente la voluptuosidad. Busca la voluptuosidad, y encuentra la fecundación por casualidad.

—Evidentemente, se necesitaba nada menos que un uranista para descubrir semejante verdad.

—Tal vez se necesitaba, en efecto, alguien a quien molestase la teoría imperante. Fíjese usted, se lo ruego, en que Schopenhauer y Platón han comprendido que debían tener en cuenta al uranismo, en sus teorías; no podían obrar de otra manera; Platón lo tiene incluso tan en cuenta que comprendo que usted se alarme; en cuanto a Schopenhauer, cuya teoría prevalece, no le considero sino como una especie de excepción a su regla, excepción que él explica especiosamente, pero con inexactitud, como le demostraré más adelante.

<sup>1</sup> Al menos en las especies llamadas «superiores».

En biología, lo mismo que en física, le confieso que esas excepciones me aterran; mi espíritu tropieza en ellas, comprende mal una ley natural que engloba únicamente con restricciones, una ley que permite, que obliga a escapar.

—De modo que el *outlaw*, el rebelde que es usted...

—... puede consentir que le excluyan, que le vituperen las leyes humanas y las costumbres de su tiempo y de su país; pero no consiente de ningún modo en vivir al margen de la Naturaleza; por definición no puede hacerse eso; si existen aquí márgenes, es que han colocado el marco demasiado pronto.

—Y para su comodidad personal, coloca usted el marco más acá y no más allá del amor. ¡Perfecto! ¿Puede preguntársele sin impertinencia si ha ideado usted eso solo?

—Algunas personas me han ayudado a ello. Leyendo a Lester Ward<sup>1</sup>, por ejemplo, se despertó en mí la idea, o mejor dicho, esa lectura la ayudó mucho a precisarse. No tema usted: voy a explicarme, y espero demostrarle al fin que mi teoría no sólo no tiene nada de subversiva, sino que confiere o devuelve al Amor esa dignidad eminente que le placía a monsieur de Gourmont quitarle.

—¡Mejor que mejor! Le escucho... Pero ¿ha dicho usted leyendo a...?

<sup>1</sup> Lester Frank Ward, arqueólogo y paleontólogo americano, nacido en Jolliet (Illinois) en 1841. Autor de la *Sociología dinámica* y de la *Sociología pura*. Relaciona la evolución social con la evolución cósmica. (N. del T.)

—Lester Ward: un economista-biólogo americano, defensor de la teoría ginecocentrista. Le expondré a usted primero sus ideas; en su compañía, pero sin que él lo sepa, penetramos en la entraña del tema.

### III

—El androcentrismo, al que opone Lester Ward su ginecocentrismo, es apenas una teoría, o, de serlo, es casi inconsciente; el androcentrismo es el sistema, generalmente seguido por los naturalistas, que consiste en considerar al macho como representante tipo de cada especie animal, en colocarle a la cabeza de las descripciones que de aquéllas se hacen, en relegar a la hembra a segundo término. Ahora bien: Lester Ward parte de la base de que en caso necesario la Naturaleza podría prescindir del macho.

—¡Qué amable!

—He encontrado en Bergson, a quien sé que usted admira, una frase que responde a su exclamación: *La generación sexuada* —dice en su *Evolution Créatrice*— *no es acaso más que un lujo para la planta* (pág. 130). La hembra, ella sí es indispensable. *El elemento macho* —escribe Lester Ward— *fue añadido en cierto período... con el solo fin* —añade sagazmente— *de asegurar el cruzamiento de los gérmenes hereditarios. La creación del elemento macho ha sido el primer juego, el primer deporte de la Naturaleza.*

—En fin, deporte o trabajo, el hecho es que el macho está ahí. ¿Adónde pretende relegarle su ginecocentrista?

—Me es forzoso asir su pensamiento por todos los extremos a la vez. ¡Mire! Creo que este párrafo le aclarará a usted el porqué de la teoría.

Cogió una cuartilla y leyó:

*El color normal de las aves es el de las crías y el de la hembra; el color del macho es el resultado de su excesiva variabilidad. Las hembras no pueden variar así; representan el centro de gravedad del sistema biológico. Son ese «poder obstinado de permanencia» de que habla Goethe. La hembra no sólo es el tipo de la raza, sino que es también, metáforas a un lado, la raza<sup>1</sup>.*

—No veo en eso nada que sea realmente curioso.

—Escuche este otro párrafo: *El cambio, o progreso, como puede llamársele, se ha producido exclusivamente en el macho, pues la hembra no experimenta modificación alguna. Por eso se dice tan a menudo que la mujer representa lo hereditario y el macho la variación. Y Ward cita la frase siguiente de W. K. Brooks<sup>2</sup>: El huevo es el medio material por el cual se manifiesta la ley de herencia, en tanto que el elemento macho es el vehículo por el cual se añaden nuevas variaciones<sup>3</sup>. Perdone usted el estilo; no soy responsable de él.*

<sup>1</sup> Lester Ward: *Sociologie pure*. Tomo II, pág. 28 (traducción de René Worms).

<sup>2</sup> W. R. Brooks, naturalista norteamericano n. en 1848, en Cleveland. La mayoría de sus investigaciones versan sobre la evolución y sobre cuestiones de embriología. (N. del T.)

<sup>3</sup> *Loc. cit.*

—¡Siga, siga! No le concedo la menor atención cuando lo que me dicen me interesa.

—Ward pretende deducir de todo eso la superioridad del elemento hembra. *La idea de que el sexo femenino es natural y realmente el sexo superior, parece increíble* —escribe—, *y únicamente los más liberales, los más emancipados, los que posean serios conocimientos biológicos, son capaces de darse cuenta de ello.*

Dejémosle hablar. Si me niego a «darme cuenta» de eso, es porque la idea de superioridad me parece poco filosófica. Me basta con comprender bien esa diferenciación de los papeles, y supongo que usted la comprende como yo.

—Continúe.

—En apoyo de lo que adelanta, Ward emprende una especie de historia del elemento macho en las especies animales a través de los diversos grados de su evolución. Si usted me lo permite, vamos a seguirle un momento. Describe ese elemento, dudoso al principio, apenas diferenciado en el hermafroditismo de los celentéreos; luego visible, aunque parásito minúsculo de una hembra cincuenta o cien veces más voluminosa, agarrado a ella y que ésta transporta, simple instrumento de fecundación, de igual manera que llevan ciertas mujeres salvajes colgado de su cuello un palo.

Como no había yo oído nunca hablar de aquellas monstruosidades, me quedé sorprendido:

—¿Esa historia natural es seria? Su Lester Ward viene de lejos; ¿puede creérsele bajo palabra?

Se levantó, y dirigiéndose hacia su librería, me dijo:

—Esas especies animales y sus costumbres son conocidas desde hace mucho tiempo. El autor de *Peter Schlemihl*, el delicado Chamisso, fue uno de los primeros en ocuparse de ellas. He aquí dos volúmenes de Darwin, que datan de 1854, completamente consagrados al estudio de los cirrípedos, orden de animales que durante mucho tiempo no se ha separado del de los moluscos; la mayoría de los cirrípedos son hermafroditas, mas, sin embargo, según Darwin, existen en algunos géneros de éstos, machos enanos, extraordinariamente simplificados, hasta no ser más que lo estrictamente preciso para su función; portasemen sin boca ni aparato digestivo, encuéntrase dos, tres o cuatro sobre cada hembra. Darwin los llama *machos complementarios*. Son igualmente frecuentes en ciertos géneros de crustáceos parásitos. Vea usted —me dijo abriendo una enorme Zoología—; aquí está reproducida la horrorosa hembra del *chondracanthus gibbosus*, con su macho enano adherido a ella... Pero no aprovecharé de estos estudios más que lo que pueda ilustrar mi teoría. En este libro donde la expongo, demuestro que el elemento macho, después de haber empezado por ser totalmente complementario, conserva en sí, y tiende a conservar cada vez más, materia disponible, no utilizada en beneficio de la especie, modificable según el individuo, materia susceptible de variaciones.

—No puedo seguirle; va usted demasiado de prisa.

—Lester Ward le ayudará: *En los órdenes inferiores* —observa—, *el exceso del número de machos sobre el de hembras es un hecho normal*. Sí, pero yo hago notar a mi vez lo siguiente: que en esas especies inferiores en las que predomina el número de machos, éstos no tienen más finalidad que esa procreación; que vienen a expirar en ella, sin más. El *lujo* consistía entonces en el número de individuos, puesto que para fecundar a una hembra bastaba con un solo macho; aquí ya encontramos residuo, superabundancia, y bajo la forma de individuos, materia no utilizada en beneficio de la especie: lujo, exceso gratuito. A medida que en la escala animal se reduce el número de individuos machos, proporcionalmente al de hembras, ese exceso gratuito se concentra, por decirlo así: el individuo los realiza en sí. El postulado de Ward sigue siendo el mismo: *Lo importante es que ninguna hembra se exponga a quedarse infecundada*. Lo cual trae consigo superproducción constante<sup>1</sup> del elemento macho, superproducción de machos y superproducción de materia seminal. Pero en tanto que la hembra, aunque sea con un solo huevo, es acaparada por la raza en cuanto se realiza la fecundación, el macho, por su parte, queda disponible, enriquecido con una fuerza que muy pronto empleará.

—¿Le hará falta, sin duda, esa fuerza para proteger la raza y subvenir a las necesidades de la

<sup>1</sup> O casi constante: veremos al final de este diálogo ciertas especies que, pareciendo sustraerse a esa ley, confirman precisamente mi teoría.

hembra, mientras la preocupación de la raza inmoviliza a ésta?

—Permítame usted que llame de nuevo a Ward en mi auxilio: *Nada tan falso* —escribe— *como esa opinión, frecuentemente repetida, bajo la impresión de la teoría androcéntrica, de que los machos llamados «superiores» consagran esa fuerza recién adquirida a proteger y a alimentar a la hembra y a las crías.* Y a continuación presenta ejemplos. ¿Quiere usted conocerlos?

—Ya me dejará usted el libro. Avancemos.

—No demasiado de prisa. El terreno no está hollado todavía.

Volvió a colocar en su sitio los dos tomos de Darwin, vino a sentarse de nuevo y prosiguió más tranquilo:

—*Lo que importa es que ninguna hembra quede sin fecundar.* —¡Sí! Pero un solo macho basta para fecundar a una hembra; ¡qué digo!, ¡un solo chorro de licor, un solo espermatozoide, bastan para ello! Pues bien; el elemento macho domina por todas partes. Ahora bien; el número de machos domina, mientras el macho se agota en la procreación; es así que mientras el número proporcional de machos se restringe, cada macho se torna capaz de fecundar un mayor número de hembras. ¿Cuál es ese misterio admirable? Antes de estudiar su causa, quisiera mostrarle a usted sus consecuencias.

## IV

El primer resultado, en las especies inferiores, el resultado fatal, es que, si la hembra (como acontece, según hemos dicho, en los cirrípedos, por ejemplo) no se deja cubrir por varios machos a la vez (y para eso no admite más que un tanto irrisoriamente insuficiente y no se desposa más que con uno), el resultado forzoso es que habrá un número considerable de machos que no conocerán el amor... normal, a los cuales les estará prohibido el coito; número considerablemente mayor que el de los machos que podrán satisfacerse «normalmente».

—Pasemos rápidamente a las especies en las cuales decrece la proporción de machos.

—En éstos la potencia creadora aumenta, y el problema, en vez de plantearse a la masa, se presenta al individuo. Pero el problema sigue siendo el mismo: superabundancia de materia proveedora; más semilla, infinitamente más semilla que campo por sembrar.

—Me temo que les haga usted simplemente el juego a los neomaltusianos: los machos copularán varias veces con la misma hembra; varios machos con una hembra...

—Pero la hembra, por regla general, se mantiene quieta inmediatamente después de la fecundación.

—Veo que habla usted de los animales.

—En las especies domésticas la solución es sen-

cilla: se aparta un semental por manada, un gallo por gallinero, y a los restantes se los castra. Pero la Naturaleza, en cambio, no castra. Vea usted en los castrados esa inútil y desagradable hinchazón formada por los tejidos de reserva: bueyes, capones, sólo sirven ya para nuestras mesas. La castración convierte al macho en una especie de hembra: adquirirá el tipo de ésta o, mejor dicho, le conservará. Ahora bien: mientras en la hembra esa materia de reserva es utilizada inmediatamente por la raza, ¿en qué se convierte, en cambio, en el macho no castrado? En materia sujeta a variaciones. He aquí la clave, creo yo, de lo que se denomina *dimorfismo sexual*, que, en casi todas las especies llamadas «superiores», hace del macho un ser de exhibición, de canto, de arte, de deporte o de inteligencia —de juego.

He anotado —prosiguió, registrando sus papeles— un párrafo notable de Bergson, que, a mi juicio, puede aclarar mejor aún la cuestión... ¡Ah! Aquí está. Se trata en él de la oposición de los dos órdenes de fenómenos que se comprueba en los tejidos vivos, *anagénesis* por un lado y *catagénesis* por el otro. *La misión de las energías anagénéticas* —dice— *consiste en elevar unas energías inferiores hasta su propio nivel por la asimilación de sustancias orgánicas. Forman aquéllas los tejidos. Por el contrario...* ¡Respecto a la catagénesis, la definición es menos chocante! Pero ya habrá usted comprendido: ¡anagénética la misión de la hembra!, ¡catagénético el papel del macho! La castración, al hacer triunfar en el macho una fuerza

anagenética sin aplicación, muestra hasta qué punto el gasto gratuito es para él natural.

—Sin embargo, ese aumento de elementos no puede, en los machos no castrados suministrar materia de variaciones sino a condición, supongo, de no ser gastada fuera. Es decir: esa variación está indudablemente en relación directa con la mayor o menor castidad.

—No creo que haya que buscar en eso una enseñanza prematura. Los más sabios zootécnicos limitan el gasto del semental a una cubrición por día; pero aun cuando éste se agotase desde su más tierna edad en un número de asaltos desordenados, perdería en ellos, sin duda, su vigor, pero no ninguno de los caracteres de su dimorfismo<sup>1</sup>. Inhibida en el animal castrado, la fuerza catagenética, desempeña el papel principal en el macho entero.

Pensaba en los tenores que comprometen con el amor sus notas altas...

—Todo lo más, puede decirse que esos caracteres dimórficos no alcanzan su más bella amplitud, en las especies llamadas «superiores», más que cuando el gasto seminal se reduce al mínimo. La castidad, en cambio, no es de gran provecho para la hembra; ninguna fuerza catagenética encontrará jamás materia de variaciones en lo que sustrae a la raza... ¡Hombre! Encuentro al lado de mi cita de Bergson un pasaje sacado del discurso de Perrier pronunciado en la sesión anual de las

<sup>1</sup> Este dimorfismo es muy poco sensible en los équidos; pero lo que digo puede aplicarse lo mismo a cualquier otra familia.

cinco Academias, de 1905. No dice nada muy extraordinario, pero...

—Léalo usted.

—... *Si los huevos pueden apoderarse de esas reservas, en los animales inferiores, con una avidez tal que destruyen el ser en el cual han nacido, se comprende que se opongan a todo desarrollo inútil en los animales superiores, y por eso el sexo femenino conserva con tanta frecuencia los rasgos característicos de los individuos jóvenes, que el otro sexo no hace más que mostrar por un momento. Todo esto se coordina, pues, perfectamente.*

—Anagénesis.

—*Todo parece, por el contrario, contraste, contradicción, paradoja, cuando se trata del sexo masculino. Este sexo, sin embargo, posee también él su característica. Esas brillantes galas, esos prestigiosos medios de seducción, no son, en suma, más que una vana exhibición de partes muertas, señal de un derroche inconsiderado, de una prodigalidad desmesurada del organismo, señal de un temperamento que aparenta, pero que no conoce la economía.*

—¡Catagénesis! ¡Oh! ¡Catagénesis, furiosa!...

—*Las mariposas deben sus suntuosos colores a unas menudas escamillas imbricadas, elegantes, sin duda, pero sin vida alguna... Los colores de las aves se despliegan en sus plumas que están completamente muertas, etc...*  
No puedo leerle todo el discurso.

—¿Y qué? ¿No es así como se desarrolla la florescencia de la escultura y de la pintura, del arte, en una palabra, sobre esas partes de los templos griegos y de las catedrales que habían dejado de ser, precisamente, útiles?

—Sí, de ese modo se explica la formación de los triglifos y de las metopas, por ejemplo. Sólo puede quedar esclavizado a la finalidad estética aquello que se escapa al esclavizamiento utilitario, pudiera decirse. No insistimos más: esto nos distraería.

*El sexo femenino* —termina Perrier— *es, pues, en cierto modo, el sexo de la previsión fisiológica; y el sexo masculino, el del derroche suntuoso, pero improductivo...*

—¿No es aquí donde interviene la selección? ¿No nos enseña acaso Darwin que, lo mismo que en el canto de los ruiseñores, esos bellos colores, esas formas sorprendentes, están ahí solamente para atraer a la hembra?

—En este punto vuelvo a abrir la obra de Ward. Perdone usted tantas citas; pero la teoría en que me aventuro es atrevida y me aseguro algunos puntos de apoyo:

*La hembra es la guardiana de las cualidades hereditarias. La variación puede ser excesiva... necesita estar reglamentada. La mujer es el regulador de la Naturaleza...*

Y en otro pasaje: *Mientras la voz de la Naturaleza, hablando al macho bajo la forma de un vivo interés apetitivo, le dice: ¡fecunda!, da a la hembra una orden diferente y le dice: ¡elige!*

A decir verdad, desconfío de esa «voz de la Naturaleza». Expulsar a Dios de la creación y sustituirle por unas *voces*, ¡vaya un adelanto! Esa elocuente Naturaleza presenta para mí todos los caracteres de la que tenía «horror al vacío». Esa es-

pecie de misticismo científico me parece nefasta, aunque de bien distinto modo para la ciencia como lo era la religión... ¡No importa! Tomemos la palabra «voz» en su sentido más metafórico: seguiré negando que esa voz diga al macho: fecunda, y a la hembra: elige. Dice, simplemente, tanto a un sexo como al otro: «goza»; es la voz de la glándula que pide que se la exonere, de los órganos que reclaman empleo —órganos que están bien conformados para lo que su precisa función requiere, pero a los que la necesidad exclusiva de voluptuosidad guiará. Y nada más.

En cuanto a la pretendida elección de la hembra, cuesta menos, lógicamente hablando, admitirla; pero la mayoría de las veces es el macho más apto el que se la lleva, y al cual se ve ella forzada a elegir, por eliminación.

Enmudeció un instante, como embarazado; encendió de nuevo el cigarrillo, que había dejado apagar, y después:

—Hemos examinado sucintamente las consecuencias de la superproducción del elemento macho (y me propongo volver sobre ello en la segunda parte de mi libro, que le expondré a usted mañana si quiere); vamos ahora a buscar la causa.

## V

—Llamo *prodigalidad* a todo gasto que no está en proporción con el resultado obtenido. Algunas páginas de mi libro se ocuparán aquí, de una manera general, de la prodigalidad en la Naturaleza. Prodigalidad en las formas; prodigalidad en el número. No nos ocuparemos más que de esta última hoy. Exceso de huevos, primeramente; y después, superabundancia de materia seminal.

La gran *doris* blanca (una especie de babosa de mar) pone aproximadamente 600.000 huevos (según calcula Darwin, quien añade que cree haberse quedado muy por debajo de la verdad). *Sin embargo* —dice—, *esa especie de doris no es realmente común, pues aunque me dediqué constantemente a buscarlas debajo de las piedras, sólo vi siete*<sup>1</sup>. Porque esa prodigalidad en el número de huevos no implica en modo alguno una gran difusión de la especie en beneficio de la cual se efectúa; parece, por el contrario, que entraña una *dificultad de éxito* proporcional a la prodigalidad desplegada. *Pero* —dice más adelante Darwin— *no hay error más difundido entre los naturalistas que el siguiente, a saber: que el número de individuos de una especie depende del poder de propagación de esa especie*<sup>2</sup> Es de suponer que, con algunos centenares de huevos menos, la especie *doris* hubiese desaparecido.

<sup>1</sup> *Viaje de un naturalista*, pág. 216.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 216.

Darwin habla en otro sitio de esas nubes de polen que el viento arranca a los coníferos que sacude, de *esas nubes de polen densas para que sólo algunas partículas puedan caer por casualidad sobre los óvulos*. Si se prestase al grano de polen un instinto que le guiase hacia el óvulo, nada explicaría ni nada disculparía una profusión semejante. Pero quizás, con una proporción menor del elemento macho, el misterioso acto de la fecundación resultase aventurado en demasía<sup>1</sup>. La superabundancia casi constante del elemento macho<sup>2</sup> en la Naturaleza, ¿no tendría tal vez su explicación, su razón de ser, en alguna indecisión del instinto sexual (si es que me atrevo a unir esas dos palabras: indecisión e instinto)? ¿No tendremos acaso que comprobar más adelante que la

<sup>1</sup> La veremos al final de esta parte que si en algunas especies el instinto se precisa, inmediatamente disminuye la proporción del elemento macho.

<sup>2</sup> «Los machos parecen infinitamente más numerosos que las hembras y es probable que no haya más de uno por ciento que pueda *cumplir su destino*» (!), reconoce Remy de Gourmont (*Physique de l'amour*, pág. 178) después de haber referido tomándola de Blanchard, «la historia de aquel naturalista que, habiendo cogido y guardado en su bolsillo una hembra de bombix, volvió a su casa escoltado por una nube compuesta por más de doscientos machos».—«La presencia de una hembra de pavón nocturno, enjaulada, puede atraer un centenar de machos», dice también. (Ibid.) Véase Darwin, *Descendencia del hombre* (De la proporción de los sexos). «Los machos, en ciertas especies, pueden llegar a ser tan comunes que casi todos permanecen célibatarios. Entre los bonitos y pequeños saltones, de un azul plateado, a los que les gusta posarse sobre las espiras a orillas del agua y que coge la gente para montarlos como joya (*hoplia cerulea*), no se encuentra más que una hembra por cada 800 machos; entre los saltones de mayo (*Rhizotrogus cestivus*) no hay igualmente más que una hembra por cada 300 machos.» Édmond Perrier, *Le Temps* (1 agosto 1912).

imperatividad de ese instinto sigue siendo un tanto ambigua? ¿Y no será comparable la Naturaleza a un tirador que, sabiendo su torpeza, por temor a errar el blanco, suple la precisión de su tiro con la profusión?

—No le creía a usted finalista.

—En efecto; el ¿porqué? me preocupa menos que el ¿cómo? Pero a veces resulta bastante difícil separar las dos preguntas. La Naturaleza forma una red sin comienzo ni fin, una serie ininterrumpida de eslabones que no sabe uno en qué sentido coger; y nada resulta tan problemático como saber si cada una de las mallas tiene su razón de ser en la que le precede o en la que le sigue (si es que tiene una «razón de ser») y si el libro entero de la Naturaleza, para ser bien comprendido, debe leerse al revés, es decir, si la última página no es quizás la explicación de la primera y el último eslabón el secreto motivo del eslabón inicial... El finalista es el que lee el libro al revés.

—¡Nada de metafísica, por compasión!

—¿Prefiere usted el eslabón que precede? Se daría usted por satisfecho si algún biólogo viniese a contestarnos que la causa de la superproducción de los machos consiste en la insuficiencia de alimento, después de haber comprobado previamente... esto, por ejemplo: que la superabundancia de alimentos tiende a producir la mayor proporción de hembras (no sé, por lo demás, si eso está debidamente comprobado)<sup>1</sup>, pero que

<sup>1</sup> Las observaciones más interesantes acerca de esto, son quizá las de Fabre sobre las *Osmias*, que, según él, disponen el sexo

esa superabundancia de alimentos jamás se encuentra realizada en el estado natural, o, por lo menos, no lo está nunca por mucho tiempo; porque imagínese usted esa superabundancia y que, según esa teoría, trajese una superproducción de hembras: o bien cierto número de ellas correrían el riesgo de quedar infecundadas (lo cual es contrario al primer postulado de Ward), o bien, en el caso de que todas quedasen fecundadas, a la generación siguiente la superproducción de individuos traería consigo la insuficiencia de alimentos, que a su vez produciría la mayor proporción de machos; y en dos generaciones quedaría restablecido el equilibrio. Ya que puede suponerse, en principio, que en la Naturaleza, y como no intervengan causas diezmannes, no hay nunca *demasiado* alimento, y existe siempre el mayor número

de los huevos que ponen según el menor o mayor tamaño del local con que cuentan para la larva que nacerá de aquéllos. ¿Quién no sabe igualmente que las abejas crían a voluntad reinas, zánganos u obreras, según la dimensión de la celdilla que fabrican para el huevo y según el alimento que dan a la larva? El macho es el *minus habens*, el sujeto de poca capacidad.

Señalo igualmente las observaciones de W. Kurz sobre los cladóceros (citados por Claus). «Los machos aparecen generalmente en otoño; pueden también presentarse en todas las épocas del año, cuantas veces, como ha sido demostrado recientemente, a consecuencia de modificaciones del medio ambiente, sean desfavorables las condiciones biológicas.» *Zoologie*, pág. 636. M. René Worms, en su notable estudio sobre la *Sexualité dans les naissances françaises*, afirma que, contrariamente a una creencia muy difundida, el exceso de nacimientos masculinos en un país es signo de pobreza; que este exceso se reduce a medida que la riqueza aumenta, y acaba cuando el bienestar se ha generalizado, por ocasionar un exceso de nacimientos femeninos. «Hay que reconocer, añade Edmundo Perrier, a quien cito, que esa conclusión está completamente de acuerdo con la que yo mismo he expuesto.» Edmond Perrier, artículo en *Le Temps* (1 agosto 1912).

posible de bocas que coman en el mismo pesebre. ¿Le satisface esta explicación?

—De todas maneras... probemos el eslabón siguiente.

—Cojamos la cadena por el otro extremo. Si compruebo que el instinto sexual es en efecto, insuficiente, de una presión insuficiente, para garantizar la perpetuación de la especie, el exceso de machos puede considerarse como una precaución necesaria...

—Digamos más bien que las especies en que el número de machos ha resultado insuficiente se han extinguido.

—Como usted quiera. Después de haber caminado en sentido opuesto, el finalista y el evolucionista se encuentran en ese mismo punto. El exceso de machos es necesario para la perpetuación de la raza *porque* el instinto sexual es insuficiente.

—Ese es el extremo que queda por demostrar.

—Vamos a comprobar, dentro de un momento, su insuficiencia en la Naturaleza; pero quisiera antes indagar con usted las causas posibles de esa flagrante insuficiencia y envolver el tema. Avancemos paso a paso.

—Le sigo. Decía usted entonces: con una proporción menor del elemento macho, el acto de la fecundación sería fortuito en demasía...

—Sigue siendo una empresa arriesgada. Están ahí dos elementos, macho y hembra, a los que se trata de acoplar; y ello sin otra razón que la

voluptuosidad. Pero para conseguir la voluptuosidad no es indispensable esa conjunción de los dos sexos. Indudablemente, el macho es necesario para fecundar a la hembra, pero la hembra no es indispensable para dar gusto al macho. Y ese famoso «instinto sexual» puede muy bien dictar al animal el automatismo por medio del cual conseguirá la voluptuosidad; pero su indicación es tan insegura que, para lograr al mismo tiempo la procreación, la Naturaleza tendrá que recurrir a tan sutiles artimañas, a veces, como en las arriesgadas fecundaciones de las orquídeas.

—Vuelve usted a expresarse como finalista.

—Permítame: la creación está ahí; no sé si podría no estar, pero *está*. Se trata solamente de explicarla con el menor trabajo posible. Tenemos ante nosotros razas de seres perpetuados por la reproducción, que no pueden reproducirse más que por la fecundación. Es, repito, una empresa difícil; la partida está temerariamente empeñada, y las probabilidades de fracasar son tan temibles, que ese exceso de machos era, sin duda, necesario para prevenirse de los numerosos fiascos.

—Ya ve usted cómo reaparece la *intención* de la Naturaleza.

—Mi metáfora le ha engañado. Existe quizás un Dios, pero no existe *intención* en la Naturaleza; mejor dicho: si existe intención, no puede estar más que en Dios. No hay intención en la voluptuosidad, que sólo invita al gesto por el cual será posible la procreación; pero haya o no precedido

o seguido a la tendencia, se emancipa, le digo, no ve ya nada fuera de ella y se basta<sup>1</sup>.

—¿No es Chamfort el que reducía el amor al «contacto de dos epidermis»?

—Y «al intercambio de dos caprichos».

—Dejemos el capricho al hombre; y a los animales, la sola voluptuosidad del contacto.

—¿Llegará usted a decir que el instinto sexual se reduce a eso?

—¡No! Pero que, sin la ayuda de recursos de los que hablaré luego, no es seguro, como decía usted en broma, no está siempre probado que el macho hubiera elegido a la hembra y conseguido la fecundación. Es ésta, vuelvo a repetirle, una ardua empresa, y la Naturaleza no la llevaría a cabo si no interviniesen auxiliares.

## VI

Demasiado nueva para mi gusto, esta teoría me desconcertó al principio; pero me dominé en seguida.

—¡Vamos, bromas no! ¡Que no hay instinto sexual, Corydon! No soy muy sabio en historia

<sup>1</sup> De igual modo no hay deporte del macho que, después de haber quizá desempeñado su papel en la selección, no se emancipe y encuentre en sí mismo su finalidad.

Recordaré aquí lo que dice Fabre de los locústidos, y que hubiera podido decir igualmente de las aves: «¿Para qué ese aparato sonoro? No llegaré hasta negarle una misión en la formación de las parejas. Pero su función fundamental no consiste en eso. El insecto le utiliza ante todo para expresar su alegría de vivir, para cantar las delicias de la *existencia...*»

natural, es cierto, y reconozco que soy poco aficionado a la observación; pero en el campo donde paso los meses de otoño cazando, he visto perros llegados del pueblo vecino, distante más de un kilómetro, pasar la noche entera ante mi cerca, ladrando amorosamente a mi perra...

—Eso le molestará a usted mucho para dormir.

—Afortunadamente, no dura más que una pequeña temporada.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Mi perra, gracias a Dios, no está mucho tiempo salida.

Sentí inmediatamente haber soltado estas palabras, pues él, al oírlas, adoptó un aire malicioso que me asustó. Pero me había yo lanzado demasiado para no seguir contestando cuando él continuó:

—¿Y ese estado dura...?

—Alrededor de una semana.

—¿Y la da?

—Dos veces al año, tres quizás...

—¿Y fuera de esas épocas?

—¡Corydon: me hace usted perder la paciencia! ¿Qué quiere usted hacerme decir?

—Que en otras épocas los perros dejan a la perra tranquila, lo cual sabe usted tan bien como yo. Que fuera de la época del menstuo no es posible hacer cubrir a una perra por un perro (lo cual no es muy fácil tampoco en tiempo propicio, dicho sea de paso); lo primero, porque la

perra se niega, y después, porque el macho no siente ningún deseo de ello<sup>1</sup>.

—¿Y qué? ¿No prueba eso precisamente que el instinto sexual les advierte que entonces no podría efectuarse la fecundación?

—¡Vaya unos animales bien enterados! ¿Y es por virtud, sin duda, por lo que sus perros sabios se abstienen en época normal?

—Son muchos los animales que no practican el amor más que en la época de celo.

—«... cuyas hembras no practican el amor...», querrá usted decir. Pues si existe, poéticamente hablando, una estación del amor, no existen, hablando con propiedad, épocas para los machos (pues especialmente los perros, de los cuales nos ocupamos en estos momentos, y más generalmente los animales domésticos, tienen poco en cuenta las estaciones). Para el macho toda época es buena; para la hembra, la de su menstruación únicamente. Y el macho no la desea más que entonces<sup>2</sup>. ¿No será que lo que le atrae en este caso al macho es el olor que exhala entonces la

<sup>1</sup> «En este caso, *como sucede siempre en los animales*, el apareamiento no tiene lugar más que cuando las hembras están en celo. En caso contrario no pueden sufrir el contacto del macho.» Samson, *Zootechnie* (Lucha de los bóvidos), II, pág. 181.

<sup>2</sup> «El instinto genésico, en el macho, se despierta en todo tiempo bajo la influencia solamente del olor que exhala una hembra en celo; en la hembra, no se manifiesta normalmente más que en épocas fijas y bajo la influencia intrínseca del trabajo de ovulación y de puesta que se efectúa en sus propios ovarios. Además, cuando ha sido fecundada, ese mismo instinto permanece dormido durante todo el tiempo de su gestación y una parte de la lactancia de la cría o crías, lo cual equivale, en la mayoría de nuestras hembras domésticas, a un año.» Samson, II, pág. 87.

hembra?<sup>1</sup> ¿No será ese perfume, y no su perra, precisamente, lo que hacía que acudiesen desde el vecino pueblo los perros de olfato finísimo y lo que les mantenía alerta, aunque no pudiesen acercarse?...

—Es una y otra cosa; lo uno y lo otro; y como el perfume no existiría sin la perra...

—A pesar de eso, y si después de haber comprobado que la perra no excita al perro, comprobamos que ese perfume excita al perro, independientemente de la perra, ¿no habremos hecho una especie de *experimentum crucis* capaz de satisfacer a Bacon?

—¿Qué experimento estrambótico es ese que propone usted?

—El que Rabelais nos cuenta obscenamente, es decir, con precisión, en el libro segundo de su *Pantagruel* (cap. XXII). Leemos en él que Panurgo, para vengarse de los desdenes de una dama, se apodera de una perra cachonda, la abre en canal, arranca los ovarios, y, después de triturarlos bien, hace con ellos una especie de unguento, que extiende sobre el vestido de la cruel. Aquí cedo la palabra a Rabelais:

Levantóse Corydon y fue a buscar en su biblioteca el libro, del que me leyó este pasaje:

.....  
 .....  
 .....

<sup>1</sup> ...«Mayor actividad de las glándulas vaginales, cuyo producto de secreción exhala un olor especial, olor que el olfato del macho le hace reconocer a éste en seguida.» Samson, V, págs. 181 y 182.

—¿Debemos ver en eso algo más y algo superior a una fantasía?

—Que no bastaría, sin duda, para convencernos —me replicó—; pero la Naturaleza nos presenta sin cesar ejemplos igualmente convincentes<sup>1</sup>: ese perfume es para que los sentidos del animal tan fuerte, tan turbador, que se sale del papel que la sexualidad le asigna (si me atrevo a expresarme así) y emborracha como un simple afrodisiaco, no sólo al macho, sino también a otras hembras que acuden a intentar torpes contactos con la hembra en celo<sup>2</sup>. Los granjeros separan de la vacada a la vaca en celo, a la que importunan las otras vacas...<sup>3</sup> Finalmente, y aquí es donde quiero

<sup>1</sup> Citemos los que refiere Fabre: una hembra de *pavón nocturno* atrae al gabinete de estudio de Fabre todo un pueblo de *pavones nocturnos* machos. Estas mariposas intentan asaltar la campana de alambre donde está enjaulada la hembra; ésta, indiferente, permanece posada sobre la ramita que cuelga Fabre en el centro de la campana. Si al día siguiente Fabre cambia de jaula y de ramita a la hembra es hacia la primera jaula, colocada en otro extremo de la habitación, y es sobre todo hacia la ramita percha del día anterior, impregnadas todas de sútiles emanaciones, hacia donde se agolpan los pretendientes; por visible que sea para ellos la hembra, que Fabre ha tenido, sin embargo, buen cuidado en colocar sobre su camino, la dan todos de lado, pasan sin detenerse y asaltan la ramita y luego el sitio que esta ramita ocupaba sobre una silla, después de haberla tirado al suelo.

<sup>2</sup> Una perra que conozco hace buenas migas con una pareja de gatos; en la época de celo de la gata, enloquece e intenta a veces montar a ésta como si fuese un gato entero.

<sup>3</sup> «Se ven incluso vacas en celo montar unas sobre otras, ya sea porque pretenden excitar así al macho o ya sea porque la representación visual que se forma del acto deseado las obliga a intentar imitarle», escribe Remy de Gourmont, después de haber dicho unas líneas antes: «En general las aberraciones animales requieren explicaciones sencillísimas.» Y luego añade: «Es un ejemplo maravilloso, porque es absurdo, de la fuerza motriz de las imágenes.» Temo que sea aun más absurdo que maravilloso. *Physique de l'amour*, págs. 229 y 230.

venir a parar; si el apetito sexual se despierta en el macho al olor periódico de la hembra, *no se despierta solamente entonces*<sup>1</sup>.

—Se ha sostenido, y a mi juicio con razón, que el macho, en efecto, podría excitar a otros machos llevando consigo el perfume de un reciente coito y, por consiguiente, la evocación de la hembra.

—Sería muy extraño que ese perfume, que se disipa tan pronto en ella, «inmediatamente después de la fecundación» —dice Samson—, perdurase una vez transmitido...<sup>2</sup> Pero ¡aunque eso ocurriese! Puedo afirmarle que he visto perros perseguir con sus asiduidades a otros perros, incontestablemente vírgenes; reanudando esas asiduidades a cada nuevo encuentro sin tener en cuenta para nada las épocas.

—Si los hechos que usted refiere son exactos, y estoy dispuesto a aceptarlos como tales...

—¡No tiene usted más remedio que aceptarlos!

—¿Cómo explica usted que no hayan sido aún tomados en consideración en el Gran Libro de la Ciencia?

—Lo primero, porque ese «Gran Libro» no existe; lo segundo, porque las materias de que hablo han sido hasta ahora poco observadas; y, finalmente, porque es tan difícil y tan raro observar bien como pensar bien y escribir bien;

<sup>1</sup> «Se ve también a ciertos animales dedicarse al amor de los machos de su sexo», dice con bastante extravagancia Montaigne, en la Apología de Raimundo Sebond.

<sup>2</sup> Hasta M. de Gourmont sabe que «en condiciones normales, la hembra cabalgada deja indefectiblemente de desprender su olor sexual». *Physique de l'amour* (pág. 179).

basta con un buen observador para hacer un gran sabio. El grande hombre de ciencia es tan raro como cualquier otro hombre de genio; son muchos los semisabios que aceptan una teoría tradicional, que les guía o que les induce a error, sirviéndoles para «observarlo» todo según ella. Todo confirmó durante largo tiempo el horror que la Naturaleza sentía por el vacío; sí, todas las *observaciones*. Todo confirmó durante mucho tiempo la existencia de dos electricidades diferentes, a las que atraía una especie de instinto casi sexual. Todo confirma actualmente también esa teoría del *instinto sexual*... De modo que resulta cómico el estupor de algunos criadores al comprobar ciertos gustos homosexuales precisamente en la especie a que se dedican; y cada uno de estos modestos «observadores», limitando su vista a la especie que estudia, al comprobar esas costumbres, cree que debe considerarlas como una excepción monstruosa. «Los palomos parecen ser especialmente (!) propensos a la perversión sexual, de creer a M. J. Bailly, jefe de granja competente y buen *observador*»<sup>1</sup> —escribe Havelock Ellis—; y Muccioli, «sabio italiano *que es una autoridad en cuestiones colomófilas* (!), afirma que los actos de inversión se comprueban en palomos de

<sup>1</sup> Estos hechos han sido observados con tal frecuencia que en el anticuado *Dictionnaire de la vie pratique*, de Beléze, leemos ya en el artículo *Pigeon*: «Sucede a veces que la pollada que debe formar la pareja (?) está compuesta por dos machos o por dos hembras; se nota la presencia de dos hembras porque hacen dos puestas cuyos huevos son claros, y la de dos machos porque alborotan el palomar.» (!?)

vuelo belgas (!) *aun en presencia de muchas palomas*».

—¡Cómo! *¿Los dos palomos, de La Fontaine?*...

—Palomos franceses, tranquilícese. Otro, por ser criador de patos, observa esas mismas costumbres entre los patos. Lacassagne, dedicado a los pollos, las observa en los pollos. ¿No era en las perdices machos en las cuales pretendían sorprenderlas Bouvard o Pécuchet?... Sí, no hay nada más cómico que esas observaciones timoratas, como no sean las enseñanzas que algunos sacan de ellas, o simplemente la explicación que dan. El doctor X, al comprobar la gran frecuencia de los acoplamientos entre machos en los abejorros, arguye, para disculpar esos actos vergonzosos...

—Sí, lo que le decía a usted hace un momento: que sólo el macho que acaba de copular, impregnado aún todo él del olor de la hembra, puede servir de pretexto al asalto...

—¿Está muy seguro el doctor X, de lo que enuncia? ¿Era realmente tan sólo al acabar de hacer el amor cuando los machos eran cubiertos a su vez? ¿Lo ha *observado* escrupulosamente? ¿O no lo supondrá, más bien, cómodamente?... Propongo esta experiencia: quisiera yo saber si un perro completamente privado de olfato no se vería por lo mismo condenado a...

—¿A la homosexualidad pura y simple?

—O por lo menos al celibato, a la carencia absoluta de deseos heterosexuales... Pero que el perro no desee a la perra más que cuando ésta se encuentra en olor propicio, no quiere decir que

el resto del tiempo permanezca ocioso su deseo. Y de allí viene la gran frecuencia de sus juegos homosexuales.

—Permítame usted que le pregunte a mi vez: ¿ha *observado* usted eso escrupulosamente? ¿No lo supondrá usted más bien?...

—Le sería a usted fácil observarlo, sin embargo; pero sé que la mayoría de las veces las gentes que pasan, y que ven desde lejos montarse dos perros, determinan el sexo de cada uno de ellos por la posición que ocupan<sup>1</sup>. Me atreveré a contarle a usted lo siguiente: fue en uno de los bulevares parisienses; un perro y una perra estaban acoplados de la manera lastimosa que usted conoce; cada uno de ellos, ahito, tiraba para libertarse; sus esfuerzos divergentes acusaban gran indignación a unos y divertían grandemente a algunos otros; me acerqué. Tres perros rondaban alrededor del grupo, atraídos, sin duda, por el olor. Uno de ellos, más atrevido o más excitado, no pudo contenerse más e intentó asaltar a la pareja. Le vi entregarse durante un rato a unas incómodas

<sup>1</sup> «Entre machos se realizan con frecuencia las mismas oscilaciones del cuerpo, los mismos movimientos laterales; mientras el de encima se menea y hace un rápido molinete, el de abajo permanece quieto. A veces aparece un tercer atolondrado (!?) y hasta un cuarto, que se monta sobre el grupo de sus predecesores. El más elevado oscila y rema nerviosamente con las patas delanteras; los demás permanecen inmóviles. Así engañan por un momento sus penas los desdeñados.» J. H. Fabre (*Cerócomos*), T. III, pág. 272.

¡Oh, Fabre! Paciente observador, ¿ha observado usted si es realmente después de la repulsa cuando esas cabalgatas homosexuales se organizan? ¿Es únicamente por haber sido desdeñados por lo que esos machos copulan entre sí? ¿No lo harán de *motu proprio*?

acrobacias para montar a uno de los cautivos... Estábamos allí varias personas, repito, contemplando la escena por un motivo o por otro; pero apostaría algo a que fui el único en observar lo siguiente: era al macho, y solamente al macho, a quien el perro quería cabalgar; daba deliberadamente de lado a la perra; seguía esforzándose, y como el otro estaba atado y no podía resistirse bien, estuvo a punto de conseguir su objeto... cuando surgió un agente que dispersó de golpe a actores y espectadores.

—¿Puede uno atreverse a preguntarle si también en usted la teoría, esa teoría que me expone y que le dicta, sin duda, su temperamento, no ha precedido a las extrañas observaciones que usted refiere, y si usted mismo no ha cedido ante ese arrebató irresistible que reprocha usted con tanta vehemencia a sus colegas en ciencias: observar para probar?

—Hay que reconocer primeramente lo difícil que resulta suponer que una *observación* pueda ser efecto del azar, y que surja en un cerebro como respuesta fortuita a una pregunta que el cerebro no ha hecho. Lo importante está en no forzar la respuesta. ¿Lo he conseguido? Espero que sí, aunque no podría asegurarlo, pues soy tan falible como cualquiera. Las respuestas que me ha murmurado o gritado la Naturaleza pido que se comprueben. Yo no quiero recordar sobre ello más que lo siguiente: y es que, habiéndola interrogado con una preocupación diferente, ella me ha respondido de diferente modo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> ¿Qué observaciones podían parecer más indeterminadas, más concienzudas que las del paciente Fabre sobre los cercéridos?

—¿Y no podría interrogársela sin preocupación alguna?

—Sobre este tema, principalmente, me parece difícil. Sainte-Claire Deville, por ejemplo, cuenta haber *observado* que los machos cabríos, los carneros o los perros, reclusos en un sitio entre sí «con una excitación sexual que no depende ya de las leyes del celo y que les impulsa a acoplarse». Notará usted, se lo ruego, este exquisito eufemismo: «¡que no depende de las leyes del celo!» Sainte-Claire Deville añade: «Basta con llevar allí una hembra para que vuelva todo a su orden». ¿Esta verdaderamente seguro de ello? ¿Ha observado eso en realidad? Está *convencido* de ello, lo cual no es en absoluto lo mismo... Este ejemplo está tomado de una comunicación a la Academia de Ciencias Morales, sobre «El internado y su influencia sobre la educación de la juventud». ¿Habla como sabio? ¿O sólo como pedagogo? Por último, esa hembra salvadora que lleva él a la perrera o al establo, en oposición con las «leyes del celo», la cuestión es que necesita estar salida; porque ya sabemos que si no, los machos no se acercarán a ella; y, aunque en vez de una hembra se les llevasen veinte, continuarían sus acosos entre ellos sin preocuparse de las hembras.

—Quizás Sainte-Claire Deville haya observado mal desde el principio.

—¡Quite usted allá, hombre pusilánime! Sainte-Claire Deville ha observado perfectamente al prin-

Observaciones completamente impugnadas o por lo menos redar-  
güidas hoy por Marchal.

cipio la actividad homosexual de esos animales; pero a partir de ahí empieza su invención flagrante; si hubiese accedido a llevar sus investigaciones más lejos, hubiera podido comprobar que la intervención de uno o de varios individuos de otro sexo no basta en modo alguno para «que vuelva todo a su orden», excepto durante una semana, poco más o menos, al año en que esas hembras están excitantes; y que el resto del tiempo esos juegos homosexuales continúan «hasta en presencia de muchas hembras», como decía Muc-cioli.

—Indudablemente, llama usted juegos lascivos a los retozos más inocentes.

—Aunque esos juegos sean de los más significativos, puede decirse que esos animales no encuentran nunca, o encuentran muy rara vez, satisfacción completa en la homosexualidad. ¡Cómo será de imperioso el deseo para arrastrarles a ella, a pesar de todo!

—Seguramente usted sabe —afirmé, imprudentemente— que las perras tampoco se prestan siempre gustosas, ni siquiera cuando están salidas. La perra de que le hablaba a usted antes es de raza; quería yo que tuviese cachorros; venciendo grandes dificultades me proporcioné un macho adecuado; pero cuando llegó el momento de aparearlos, ¡qué jaleos! La perra al principio se zafaba; el macho se agotaba en torpes esfuerzos; después, cuando parecía ella dócil, el macho estaba cansadísimo... Sólo al cabo de cinco días logramos que la cubriese.

—Permítame —dijo, sonriente—: ¿me cuenta usted eso en contra de mi teoría?

No podía ya retroceder:

—Yo aparto al estudio de la cuestión —repliqué— mi contingente de observaciones imparciales.

—Gracias... Sí; esas dificultades las conocen todos los que se dedican a criar perros; en las granjas son muchísimos los acoplamientos que tienen que ser ayudados y en los que el Instinto Sexual aparece en forma de un pastor.

—¿Y cómo actúa entonces en la Naturaleza?

## VII

—Le estoy explicando a usted desde hace una hora que por eso es tan numeroso el elemento macho. Su famoso «instinto sexual» suple la precisión del tiro con la abundancia. En las industrias que se dedican a la cría de animales, donde no se mantiene más que el número preciso de sementales, resultaría demasiado arriesgada la postura si el hombre no dirigiese algunas veces las jugadas. En el *Curso de Zootecnia* de Samson hay lo menos nueve páginas dedicadas exclusivamente a la cubrición de los caballos<sup>1</sup>, pues el semental, según enseñaba dicho autor a sus alumnos de Grignon, «se equivoca de camino

<sup>1</sup> Tomo III, págs. 214 a 223.

fácilmente», y «en cuanto está encabritado, el palafrenero debe cogerle el miembro con la mano para guiarle», etc.

Pero, como usted decía, la dificultad no estriba solamente en la torpeza del macho; la hembra, por su parte, recula y se zafa; hay necesidad a veces de mantenerla. Se ha explicado de dos maneras este miedo tan notable: la primera explicación consiste en atribuir al animal los sentimientos humanos de Galatea, excitando los deseos del macho con una huida amorosa, fingida; la segunda consiste en atribuir a Galatea las sensaciones de la bestia que desea y teme a la vez...

—¿No le parece a usted que esas dos explicaciones se confunden?...

—Le juro que hay algunas personas que parecen no haberse apercebido de ello; y es para oponerla a la primera por lo que monsieur de Gourmont propone una vez más la segunda.

—¿Tiene usted, sin duda, una tercera explicación?

—La siguiente: que el instinto sexual es tan indeciso en la hembra como en el macho... Sí; la hembra no se sentirá *completa* hasta estar fecundada; pero si ansía la fecundación por una secreta necesidad de sus órganos, es, de un modo vago, la voluptuosidad, y no precisamente el macho, lo que ella desea; de la misma manera que el macho, por su parte, no desea precisamente la hembra, y menos aún «la procreación», sino simplemente la voluptuosidad. Uno y otro buscan el goce, simplemente.

He aquí por qué vemos al propio tiempo con tanta frecuencia a la hembra huir del macho y, sin embargo, ofrecerse al placer, y, finalmente, volver de nuevo al macho, que es el único que podrá proporcionárselo. Convengo en que la voluptuosidad completa no pueden experimentarla más que por concurso mutuo (por lo menos, la hembra exclusivamente por el macho) y que sus órganos sólo encontrarán su empleo perfecto en el coito; pero parecen no saberlo o lo saben solamente de una manera tan confusa como poco confuso es, por lo general, el instinto.

Ahora bien; se trata, para que la fecundación se realice, de hacer convergir, una vez al menos, dos deseos flotantes. De aquí ese persuasivo aroma que esparcirá en época propicia la hembra y que la delata imperativamente al macho; aroma, o sin duda emanación más sutil aún, y que la antena del insecto percibirá; aroma que exhalará no ya la hembra, sino el huevo, en alguna especie de peces, por ejemplo, en las que la fecundación no se opera sino después de la puesta, directamente sobre el huevo, y en las cuales la hembra parece excluida del juego del amor.

Es una puerta única, momentánea y muy angostamente entreabierta, por donde debe insinuarse el futuro. Por una victoria tan inconcebible sobre lo inorgánico, sobre la muerte, ¡te está permitida la prodigalidad, Naturaleza! Evidentemente, no hay en eso «gasto inconsiderado», no, pues no es pagar demasiado caro tu triunfo sobre tanto residuo...

—«Residuo», usted lo ha dicho.

—Sí; residuo, desde el punto de vista de la finalidad utilitaria. Pero sobre ese residuo podrán florecer el arte, el pensamiento y el juego. Y, como ya hemos visto esas dos fuerzas anagenética y catagenética, oponerse una a otra, del mismo modo veremos dos abnegaciones posibles: la de la hembra, a su raza; la del macho, a su arte, a su deporte, a su canto. ¿Conoce usted drama más bello que ése, en el que dos abnegaciones se afrontarán en un conflicto sublime?

—¿No estamos usurpando el terreno a nuestra conversación de mañana? Por eso no quisiera yo abandonar la historia natural sin hacerle a usted algunas preguntas más. ¿Pretende usted que las aficiones homosexuales se encuentran en todas las especies animales?

—En muchas de ellas; en todas, tal vez no. No puedo hablar demasiado sobre esto, pues carezco de datos suficientes... Sin embargo, sospecho grandemente que se encuentran en aquellas especies en que el coito es más difícil, o por lo menos más complicado, y necesita más esfuerzos; en las libélulas, por ejemplo, o en ciertos arácnidos que practican una especie de fecundación artificial; en otras, por último, en las que el macho, inmediatamente después del coito, o incluso durante el coito, es devorado por la hembra... Sobre esto, como le digo, no afirmo en modo alguno; me contento con suponer.

—¡Extraña suposición!

—Bastaría quizás para corroborarla con com-

probar que, en las especies de coito acrobático o peligroso, el elemento macho está en menor proporción. Ahora bien; ciertas palabras de Fabre me sobresaltan: «En la segunda quincena del mes de agosto es cuando empiezo a encontrarme al insecto adulto... Las hembras de vientre voluminoso *son cada día más frecuentes. Sus endebles compañeros son, en cambio, bastante raros, y me cuesta algunas veces mucho trabajo completar mis parejas.*»<sup>1</sup> Se trata en este caso de la *mantis religiosa*, que devora siempre a su esposo.

Esta escasez del elemento macho deja de parecer paradójica cuando la precisión del instinto la compensa. Puesto que el amante debe ser sacrificado por la hembra, importa mucho que el deseo que le precipita al coito sea imperioso y preciso; *y en cuanto el deseo se precisa, el exceso de machos resulta inútil.* Por el contrario, importa mucho que el número de machos<sup>2</sup> aumente no bien el instinto disminuye; y el instinto disminuye en cuanto el peligro no acompaña a la voluptuosidad, o, por lo menos en cuanto la voluptuosidad resulta fácil.

De manera que este axioma inquietante: el número de machos disminuye mientras la dificultad del coito aumenta, no sería, después de todo, más que un corolario natural de lo que afirmaba yo al principio: el exceso de machos (o la super-

<sup>1</sup> Tomo V, pág. 291.

<sup>2</sup> O la proporción del elemento macho, es decir, la superabundancia de la materia seminal, en cuanto el individuo no encuentra en el coito el término de su misión.

abundancia del elemento macho) compensa la imprecisión del instinto; o, si lo prefiere usted: la prueba de la imprecisión del instinto está en la superabundancia del elemento macho; o también...

—Ya he comprendido.

—Me interesa precisar:

1.º El instinto es tanto más preciso cuanto más difícil es el coito.

2.º El número de machos es tanto menor cuanto más preciso es el instinto.

3.º De donde se desprende lo siguiente: el número de machos disminuye en tanto que la dificultad del coito aumenta (para aquellos machos que la hembra ofrenda en holocausto el amor); es indudable que si existiese otro modo cualquiera de gozar de la voluptuosidad abandonarían inmediatamente el peligroso coito y la especie se extinguiría. Pero es indudable también que la Naturaleza no les deja ningún otro medio de satisfacerse<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Es notable que, precisamente en esa especie (*mantis religiosa*), a pesar del pequeño número de machos, cada hembra está dispuesta a hacer un consumo desordenado de ellos; continúa ofreciéndose al coito y sigue siendo apetitosa para el macho aun después de la fecundación. Fabre cuenta haber visto una de ellas acoger y luego devorar sucesivamente a siete esposos. El instinto sexual que encontramos aquí imperioso y preciso, rebasa el fin inmediatamente. Me vi inducido, naturalmente, a preguntarme si en esas especies en las que el número de machos es proporcionalmente inferior y por consiguiente el instinto más preciso y en las que por lo tanto no queda materia sin utilizar con la que pueda jugar la fuerza catagenética —«materia de variación»—, si no se manifiesta en esas especies desde ese momento, el dimorfismo, en pro del sexo femenino, o, dicho de otro modo, si los machos de esas especies no son de aspecto *menos* brillante

Nuevamente, no hago más que suponer.

—Reflexionaremos sobre eso. A medida que le comprendo a usted mejor, encuentro todavía más claramente que su conclusión rebasa sus premisas. Le agradezco, lo confieso, el haberme llevado a reflexionar sobre estas materias, en las que impera, en efecto, por regla general, una especie de principio de autoridad que impone una creencia forjada ya de antemano y que se guardan todos de comprobar. He aquí, pues, hasta dónde le sigo:

Sí; el instinto sexual existe, a pesar de lo que usted afirma; actúa, a pesar de lo que usted diga, con una precisión y un imperio singulares; pero no obliga, más que en su momento, conjuntamente, a los dos elementos puestos en juego. Para responder seguramente a la proposición momentánea de la hembra pone frente a ella el deseo permanente del macho. El macho es todo

que las hembras. Ahora bien: eso es precisamente lo que podemos comprobar en la *mantis religiosa* cuyo macho «enano, endeble, sobrio y mezquino» (copio estos epítetos de Fabre) no puede pretender a esa «pose espectral» durante la cual la hembra despliega la extraña belleza de sus amplias alas diáfanas y listadas de verde. Fabre no hace, por lo demás, la menor observación sobre ese singular trastrueque de los atributos, que corrobora en este caso mi teoría. Estas consideraciones que relego a una nota (porque se apartan un tanto de la línea de este escrito) en donde temo que pasen desapercibidas, creo que ofrecen el mayor interés. La alegría que experimenté cuando, al seguir hasta el final una teoría tan nueva y tan arriesgada, lo confieso, vi el ejemplo que la confirmaba venir, por decirlo así, a mi encuentro, esta alegría sólo es comparable a la del buscador de tesoros de Edgar Poe cuando al cavar el suelo descubre la arqueta llena de joyas exactamente en aquel sitio donde sus deducciones le habían persuadido que debía estar. Algún día quizá publique otras observaciones sobre este tema.

desinterés; la hembra todo previsión. Las únicas relaciones heterosexuales (entre los animales) son con miras a la fecundación.

—Y el macho no siempre se contenta con ellas.

—Desde hace un momento perdemos de vista su libro. ¿Saca usted algunas conclusiones de esa primera parte?

—La siguiente, que dedico a los finalistas: a pesar de esa superabundancia, casi constante, del elemento macho, si necesita tantos recursos y tantas ayudas la Naturaleza para asegurar la perpetuación de la raza, ¿cómo va a extrañarnos que se necesiten tantas coacciones, y de tan diferentes clases, para contener a la especie humana en la pendiente de esas costumbres que han decretado ustedes «anormales»? ¿Y tantos consejos, ejemplos, invitaciones, incitaciones, excitaciones, y de tan diferentes clases, para mantener en el coeficiente deseado la heterosexualidad humana?

—Concédame usted entonces que esa coacción por un lado y esa excitación por otro tienen sus ventajas.

—Se lo concedo a usted hasta mañana, en que examinaremos, no ya zoológicamente, sino humanamente, la cuestión, y estudiaremos si represión y excitación no han pasado quizás algo de la medida. Pero, en justa correspondencia, tenga usted la bondad a su vez de reconocer que las aficiones homosexuales no le parecen ya tan contrarias a la Naturaleza como pretendía usted esta mañana. Por hoy, no le pido más.

## Diálogo tercero



—He reflexionado mucho desde ayer —dije a Corydon al entrar—. Permítame usted que le pregunte si cree usted firmemente en esa teoría que me expuso...

—Por lo menos, estoy bien convencido de la realidad de los hechos que la originan. En cuanto a pretender que la explicación que de ella ofrezco sea la única posible o la mejor, lejos de mí semejante presunción. Aunque me atrevo a añadir que a mi juicio eso no tiene gran importancia. Quiero decir que la importancia de un nuevo sistema propuesto, de una nueva explicación de ciertos fenómenos, no se mide únicamente por su exactitud, sino también, y sobre todo, por el impulso que da al espíritu hacia nuevos descubrimientos, hacia nuevas comprobaciones (aun-

que estas últimas tengan que refutar la mencionada teoría), por los caminos que abre, por los obstáculos que suprime, por las armas que proporciona. Importa mucho que proponga lo nuevo y que al mismo tiempo se oponga a lo viejo. Puede parecernos actualmente que toda la teoría de Darwin vacila; ¿vamos a negar por ello que el darwinismo llevó la ciencia más allá de donde la había tomado? ¿Vamos a decir que De Vries tiene razón contra Darwin? No; de igual modo que Darwin y que el mismo Lamarck no tenían razón contra X.

—Delante de usted no se atreverá uno ni siquiera a decir que Galileo...

—Permítame usted que distinga entre lo que es poner de nuevo los hechos en su punto y la explicación que de ellos se da. Esta última, la explicación, permanece flotante; pero lejos de seguir siempre las nuevas comprobaciones, a menudo las precede; a veces, y hasta con frecuencia, vemos la teoría adelantarse a la observación y ésta confirmar sólo después la temeraria proposición del cerebro. Tome usted por hipótesis mis afirmaciones; me consideraré satisfecho con sólo que usted las reconozca alguna virtud de iniciativa. Una vez más, ahí están los hechos, que no puede usted negar. En cuanto a la explicación que de ellos doy, estoy dispuesto a renunciar a ella en cuanto me proporcione usted otra mejor.

## I

—Hemos podido considerar ayer —prosiguió Corydon— el papel preponderante del olfato, ese sentido avisador del instinto, en las uniones animales. Gracias a él, el flotante deseo del macho va a dirigirse deliberadamente hacia la hembra, y solamente hacia la hembra en celo. Puede decirse sin exagerar mucho que la «sexualidad» del instinto genésico (para emplear el *argot* moderno) reside en el sentido olfativo del macho. No existe, propiamente hablando, elección de la hembra por el macho; en cuanto aquélla está salida, el macho se siente precipitado hacia ella manejándole con un dedo. Lester Ward, en un pasaje que no le he leído a usted, insiste mucho sobre el hecho de que «todas las hembras fueron semejantes para el macho»; y, en realidad, *son* todas ellas semejantes, según hemos visto, ya que el macho es sólo capaz de variación y de individualización. La hembra, para atraerle, no tiene más recurso que su perfume; no necesita ningún otro atractivo: basta con que tenga buen olor. La elección —si es que la elección no es el simple triunfo del más apto—, la elección sigue siendo privilegio de la hembra; que elija ella conforme a su gusto y rozamos ya la estética. Por consecuencia, insiste Ward, una vez más es la hembra la que dispone la selección y la que crea lo que él denomina «la florescencia del macho». No bus-

caré por el momento si esa supremacía de belleza que, gracias al buen gusto de la hembra quizás, conserva el individuo macho en la mayoría de los insectos, de las aves, peces y mamíferos, conviene hallarla también en la especie humana.

—Desde hace mucho tiempo le esperaba a usted ahí.

—Provisionalmente, y por impaciencia, observemos ante todo esto: el ruiseñor macho no está mucho más coloreado que su hembra; pero ésta no canta. La florescencia del macho no es necesariamente belleza; es lujo; y quizás sea en el canto, en algún deporte o en la inteligencia, en fin, donde aparece.

Pero permítame usted que respete aquí el orden de mi libro en el que no abordo ese punto importante sino más adelante.

—Siga usted el orden que quiera. Le consiento que retrase usted todo lo posible las cuestiones que pueden embarazarle, con tal de que llegue usted al final... Porque estoy ya decidido: no le dejaré a usted en paz hasta que no haya usted agotado su ciencia y su lógica y disparado todos sus argumentos. Pero dígame usted ahora cómo entra en la segunda parte de su libro.

—Voy a decírselo: empiezo por comprobar que el olfato, de una importancia capital en los acoplamientos animales, no desempeña ya en las relaciones sexuales del hombre ningún papel; si interviene es a título supererogatorio.

—¿Es realmente interesante subrayar eso?

—Esa diferencia me parece tan notable, que no

sé si monsieur de Gourmont, al no mencionarla en su libro, al no tenerla para nada en cuenta en su asimilación del hombre a los animales, no la habrá notado, si la habrá omitido simplemente, o escamoteado con toda comodidad.

—No le he visto nunca cortado ante una objeción. Quizás no concediese precisamente a ésta la importancia que usted la concede.

—Y que espero que reconocerá usted por las consecuencias que produce, y que voy a intentar exponerle.

La mujer, decíamos, no tiene, para atraer al hombre, el olor periódico del menstuo; algún otro atractivo sustituye a ese olor, indudablemente; natural o postizo, ese atractivo es independiente de las épocas, no está sometido a la ovulación. La mujer deseada es deseable en todo tiempo. Digamos más aún: en tanto que el animal no ansía a la hembra, y ésta, por su parte, no deja que se le acerque el macho más que durante su período, el hombre, por el contrario, se abstiene, generalmente, en el momento de la menstruación. No sólo este período no ofrece atractivo, sino que lleva consigo una especie de prohibición; me importa poco, por el momento, que ésta sea física o moral, que deba verse en ella una repulsión momentánea hacia la carne, una supervivencia de antiguas prescripciones religiosas o una desaprobación del espíritu; la cuestión es que, a partir de aquí, el hombre se separa, claramente, del animal.

De aquí en adelante el apetito sexual, aun

siendo imperioso, no está atado tan corto; los nervios olfativos hasta este momento le manejaban a su antojo; se escapa. Esta primera liberación va a permitir muy pronto otras. El amor (y huyo de emplear esa palabra, pero alguna vez tengo que recurrir a ella), el amor inmediatamente se convierte en juego, juego que va a realizarse *fuera de las reglas*.

—Lo cual no querrá decir, supongo, que cada cual sea absolutamente libre de jugarle como le plazca.

—No, porque el deseo no ha de ser menos imperioso; pero, por lo menos, será más diverso; lo imperativo aun siendo tan categórico se hará más particular; sí; particular de cada uno. Además, el individuo no deseará ya indistintamente una hembra, sino tal mujer en particular.

*Los afectos de los animales se diferencian de los afectos humanos todo lo que difiere su naturaleza de la naturaleza humana —dice Spinoza—; y más adelante, hablando especialmente de la humanidad: La voluptuosidad del uno se separa naturalmente de la voluptuosidad del otro todo cuanto la naturaleza del uno se diferencia de la naturaleza del otro. (Adeo gaudium unius a gaudio alterius tantum natura discrepat, quantum essentia unius ab essentia alterius differt.)*

—Después de Montaigne y de Pascal, Spinoza; sabe usted elegir sus padrinos. Interpretado por usted, ese «gaudium unius» no me dice gran cosa; «mucho me temo», como decía Pascal... Siga usted.

Sonrió un momento y luego prosiguió así:

## II

—Atractivo constante, por un lado; y por otro, selección efectuada, no ya por la hembra en pro del macho, sino por el hombre en pro de la mujer... ¿No tenemos aquí la clave, o la justificación mejor dicho, de esa inexplicable superioridad de la venustidad femenina?...

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que, de abajo arriba de la escala zoológica, hemos podido comprobar, en todas las parejas animales la supremacía manifiesta de la belleza masculina (cuyo motivo he intentado exponerle); que es bastante desconcertante ver la pareja humana trastocar, de pronto, esa jerarquía; que las razones que se han podido alegar de ese súbito volteo siguen siendo o místicas o inadecuadas, hasta el punto de que algunos escépticos se han preguntado si la belleza de la mujer no residía principalmente en el deseo del hombre y si...

No le dejé acabar. Era para mí algo tan inesperado verle aportar un argumento a la tesis del sentido común, que al principio no pude captar su pensamiento; pero no bien lo conseguí, no quise ya dejarle tiempo para desdecirse y repliqué:

—Nos saca usted del atolladero y se lo agradezco. Comprendo ahora que ese «atractivo constante» de la mujer comienza donde precisamente termina el otro; e indudablemente no deja de tener importancia, en efecto, que el hombre haga de-

pender su concupiscencia, no ya del olfato, sino del sentido más artístico, y menos subjetivo, de la vista; esto, sin duda, permitirá una cultura y el desarrollo de las artes...

Y después, dejándome arrastrar por esa confianza que me inspira de un modo irresistible la primera manifestación de buen criterio:

—Es chocante que se deba a un uranista el primer argumento sensato en favor de la «preeminente venustidad del bello sexo», como usted dice; pero confieso que hasta este momento no había yo podido encontrar otro, como no fuese en mi propio sentimiento. Ahora ya voy a poder releer sin la menor molestia ciertos párrafos del discurso del señor Perrier en la Academia, que me dejó usted ayer...

—¿A qué párrafos alude usted?

Saqué del bolsillo el folleto y leí: *Viendo tornasolar bajo los rayos de un sol de verano o bajo las arañas de un salón de baile, los acariciantes colores de los vestidos de soirée (descripción)... podría creerse que los adornos han sido invención exclusiva de las hijas de Eva... Parece que para ataviarlas la plata, el oro (enumeración), los brillantes (enumeración), las flores (enumeración), las plumas (enumeración), alas de mariposa, los hombres no se han atrevido aún a abordar la «creación» de esas joyas, en las cuales parece venir a coquetear, antes de echarse a volar, el pensamiento de las mujeres: sus exquisitos, espirituales o triunfantes sombreros...*

—Perdónele usted; indudablemente veía mujeres entre la concurrencia.

—*Por un clarísimo contraste, mientras aumenta y se mantiene, al menos en nuestros países civilizados, la antigua afición de las mujeres por el adorno, los hombres se apartan cada vez más de todo esmero...*

—Ya se lo he dicho: la floescencia del macho no es necesariamente venustidad.

—Espere usted a que haya concluido de leer: *... la oscura indumentaria de Thiers parece inclusive demasiado agobiante: se la acorta, se la aligera, se la reduce a una simple chaqueta, hasta el punto de que, en las ceremonias a las cuales asisten mujeres, hacemos el papel de humildes larvas deslizándose entre flores.*

Sí; esto es bastante galante.

—*Esta evolución es perfectamente característica; separa la especie humana de las especies animales superiores, tanto como cualquiera de sus caracteres físicos, más que cualquier otro de sus caracteres psíquicos. Es ella, en efecto, exactamente lo contrario de la que se ha manifestado en una gran parte del reino animal. Es éste, el sexo favorecido por excelencia es el sexo masculino; lo es en todo y ya en seres poco elevados, con tal de que sean susceptibles de cierta actividad.*

—¿Y ése era el párrafo que le molestaba a usted? ¿Puedo preguntarle por qué?... Pues a mí me parece, por el contrario, que debía agradecerle...

—¡No se haga el inocente! ¡Como si no comprendiese usted que Perrier, con el pretexto de alabar al bello sexo, alaba solamente la envoltura!<sup>1</sup>

<sup>1</sup> De una ingenuidad parecida son estas líneas de Addison que entresaco del *Spectator*, núm. 265 (párrafo transcrito por Gide en inglés en el original):

«Obsérvase entre las aves que la Naturaleza ha prodigado todos sus adornos en el macho, que posee con frecuencia un plumaje

—Sí, lo que llamaba yo hace un momento «el atractivo postizo».

—El nombre me parecía vergonzoso; pero ya veo lo que quiere usted decir. Y ello me hacía pensar que era poco hábil por parte del sabio insistir tanto sobre ese punto; porque en resumidas cuentas, decir a una mujer: «Lleva usted un sombrero encantador», no es tan halagador como decirle: «Es usted bella».

—Por eso se la dice con preferencia: «¡Qué bien le sienta a usted ese sombrero!» Pero ¿eso es lo único que le molesta? Creo recordar que hacia el final de su discurso, Perrier, dejando a un lado el adorno, sabe alabar a su vez la persona que le ostenta; deme usted el discurso... Mire: *Habrán ustedes conquistado con ello, señoras mías, el brillo de su tez, la pureza cristalina de su voz, la suave elegancia de sus gustos y esas graciosas líneas que han inspirado el acariciador pincel de Bouguereau.* ¿Quiere usted algo más bonito? ¿Por qué no ha leído usted estas líneas?

—Porque sé que a usted no le gusta Bouguereau.

—¡Es usted demasiado amable!

bellísimo en la cabeza, ya se trate de un penacho o de una cresta, un moño de plumas o tan sólo una plumita que se yergue como un remate en lo alto de su cabeza. La Naturaleza, por el contrario, ha prodigado sus encantos con mayor abundancia a la hembra de nuestra humana especie, que está siempre dispuesta a utilizar en su persona los primorosos ornamentos del arte. El pavo real, con todo su esplendor, no obstante no tiene ni la mitad de los colores que aparecen en el vestido de una muchacha inglesa cuando se atavía para un baile o para una fiesta de cumpleaños... ¿Dónde está la ironía en este párrafo?

—Déjese de bromas y dígame lo que piensa de eso.

—Confieso que, en efecto, tanto artificio, llamado constantemente en auxilio de la naturaleza, me inquieta. Recuerdo el pasaje de Montaigne: *Más que pudor, es arte y prudencia lo que hace que nuestras damas se muestren tan circunspectas en negarnos la entrada a sus tocadores antes de estar pintadas y ataviadas para la exhibición pública.* Y he acabado por pensar si, en la *Trifeme* soñada por Pierre Louys, la franca y habitual ostentación de los encantos del bello sexo, la costumbre de mostrarse las mujeres completamente desnudas por el campo y por las calles, no produciría un resultado contrario al que parece pronosticar; si los deseos varoniles hacia el otro sexo no se enfriarían mucho con eso. *Queda por averiguar* —decía mademoiselle Quinault— *si todos los objetos que excitan en nosotros tantas cosas bellas y feas porque se nos oculta su vista, no nos hubieran dejado fríos y tranquilos tras una contemplación perpetua, pues existen ejemplos de cosas parecidas.* En fin, hay tribus y precisamente de las más bellas, en donde *Trifeme* ha sido llevada a la realidad (o al menos lo había sido hace unos cincuenta años, antes de empezar su labor los misioneros), Tahití, por ejemplo, cuando llegó allí Darwin en 1835. Describe en páginas emocionadas el esplendor de los indígenas, y después: *Confieso que las mujeres me han desilusionado algo* —añade—; *están lejos de ser tan bellas como los hombres...* Y más adelante, después de haber comprobado la necesidad en que ellas se encuen-

tran de compensar esta menor belleza con el adorno<sup>1</sup>: *En resumen, me ha parecido que las mujeres ganarían más que los hombres vistiendo alguna prenda.*

—No sabía yo que Darwin fuera uranista.

—¿Y quién le ha dicho a usted eso?

—¿Es que no lo da a entender esa frase?

—¡Cómo! Me obligará usted a tomar en serio a monsieur Gourmont cuando escribe: *Es la mujer la que representa la belleza. Toda opinión contraria será considerada eternamente como una paradoja o como el resultado de la más triste realidad de las aberraciones sexuales.*

—¿Eso de «eternamente» le parece a usted demasiado fuerte?

—Tranquilícese. Darwin, que yo sepa, era tan uranista como muchos otros exploradores que al circular entre gentes desnudas, se han maravillado de la belleza de los jóvenes; tan uranista por ejemplo, como Stevenson, que, refiriéndose a los polinesios, reconoce que la belleza de los jóvenes supera en mucho a la de las mujeres. Y precisamente por eso me importa su opinión y creo, con ellos, no como puritano, sino como artista, que el pudor sienta bien a las mujeres y que el velo es lo que las conviene «quod decet».

—Entonces ¿qué significa lo que me decía usted hace un momento? ¿Ese argumento que

<sup>1</sup> «Sin embargo tienen costumbres muy bonitas, como por ejemplo la de ponerse una flor blanca o escarlata en la parte de atrás de la cabeza, o en un agujerito abierto en cada oreja.» *Viaje de un naturalista*, pág. 434.

me parecía oportuno en pro de la venustidad del bello sexo?

—Iba a examinar con usted si no se podía razonar así: mientras la mujer elegía y, por decirlo así, disponía de la selección, hemos visto trabajar la selección en favor del macho; y recíprocamente trabaja sin duda la selección en favor de la mujer, puesto que ahora es el hombre el que elige.

—Y de ahí el triunfo de la venustidad femenina; eso era, en efecto, lo que había yo entendido.

—Con tal precipitación que no he podido ya desarrollar mi pensamiento. Me disponía entonces a hacerle a usted observar lo siguiente: mientras que, entre los animales, la florescencia del macho no puede transmitirse más que al macho, *las mujeres en cambio, transmiten realmente la mayor parte de sus cualidades, la belleza inclusive, a sus hijos de uno o de otro sexo* (la frase es de Darwin)<sup>1</sup>. De modo que los hombres más fuertes, al apoderarse de las más bellas esposas, trabajan por la belleza de la raza, pero no más por la belleza de sus hijas que por la de sus hijos.

—Fíjese usted a su vez en que, razonando de esa manera, cuanto más rebaje usted la belleza de la mujer en beneficio de la belleza masculina, más triunfante presentará usted al instinto, que, sin embargo, me hace aquélla preferible.

—O más oportuno el auxilio del adorno y del velo.

—El adorno no es más que un condimento. En

<sup>1</sup> *Descendencia del hombre.*

cuanto al velo, puede por un momento entretener, irritar el deseo aplazando una más completa revelación... Si no es usted sensible a la belleza femenina, peor para usted y le compadezco; pero no quiera usted establecerme reglas de estética general sobre un criterio que, a pesar de todo lo que usted pueda decir, seguirá siendo un criterio particular.

### III

—¿Y es un «criterio particular» acaso el que me presenta en la estatuaria griega, a la que no tenemos más remedio que referirnos cada vez que hablamos de belleza, al hombre desnudo y a la mujer velada? Sí, en esa predilección casi constante del arte griego por el cuerpo del adolescente, del hombre joven, en esa obstinación en velar el cuerpo de la mujer, antes que reconocer razones puramente estéticas, ¿prefiere usted ver en ello, de acuerdo con monsieur de Gourmont, «el resultado de la más triste aberración sexual»?

—¡Y aunque así fuera! ¿Voy a saber por usted la extensión de los estragos de la pederastia en Grecia? Por lo demás, la elección de esos modelos adolescentes, ¿no halagaba simplemente la viciosa inclinación de unos cuantos mecenas libertinos? ¿Y no le está a uno permitido sospechar que el escultor obedecía, no a su instinto artístico, sino más bien a los gustos de aquellos a quienes tenía que servir? En fin, no podemos hoy día darnos

cuenta de ciertas necesidades o conveniencias que obligaban entonces al artista, decidiendo sobre su elección, por ejemplo, durante los juegos olímpicos, conveniencias que obligaban sin duda igualmente a Miguel Angel a pintar en el techo de la Sixtina, no mujeres, sino adolescentes desnudos, por respeto a la santidad del lugar, y precisamente para no despertar lo más mínimo nuestros deseos. Por lo demás, aunque se hiciese responsable en cierto modo al arte, de acuerdo con Rousseau, de la singular corrupción de las costumbres griegas...

—O florentinas. Porque es notable que todo gran renacimiento o exuberancia artísticos hayan ido siempre, y sea en el país que fuere, acompañados de un gran desbordamiento de uranismo.

—De un desbordamiento de todas las pasiones, debiera usted decir.

—Y el día en que se le ocurriese a alguien escribir una historia del uranismo en sus relaciones con las letras plásticas, no sería en los períodos de decadencia en los que se le vería florecer, sino, por el contrario, en las épocas en que el arte es más espontáneo y está más alejado de todo artificio. En cambio paréceme que no siempre, pero sí con gran frecuencia, la exaltación de la mujer en las artes plásticas es indicio de decadencia, de igual manera que vemos, en los diferentes pueblos donde la costumbre hacía que los papeles femeninos en el teatro fuesen desempeñados por adolescentes, iniciarse la decadencia del arte dra-

mático el día en que esos adolescentes cedían su puesto a las mujeres.

—Confunde usted por gusto causa y efecto. La decadencia empezó el día en que el noble arte dramático se propuso agradar a los sentidos antes que al espíritu; entonces fue cuando, como medida de atracción, la mujer apareció en escena, de donde no la podrán ustedes echar ya nunca. Pero volvamos a las artes plásticas. Pienso de pronto en el admirable *Concierto campestre* del Giorgione (que no querrá usted considerar, supongo yo, como una obra decadente), que representa, como usted sabe, reunidos en un parque dos mujeres desnudas y dos jóvenes músicos vestidos.

—Plásticamente, linealmente, por lo menos, no se atrevería nadie a afirmar que los cuerpos de esas mujeres son bellos; *too fat*, como dice Stevenson; pero ¡qué materia rubicunda! ¡Qué blanda, profunda y cantarina luminosidad! ¿No puede decirse que si la belleza masculina triunfa en la escultura, en cambio la carne femenina da mayor realce al juego de los colores? He aquí realmente, pensaba yo ante ese cuadro, el polo opuesto del arte antiguo: efebos vestidos, mujeres desnudas; es indudable que el suelo donde uno pudo hacer esa obra maestra tuvo que ser muy pobre, escultóricamente hablando.

¿Y muy pobre en pederastia?

—¡Oh! Sobre ese punto, un cuadrito del Tiziano me hace temer excederme.

—¿Qué cuadro?

—*El Concilio de Trento*, donde se ven muy en primer término, pero de lado y en la sombra, unos grupos de señores, dos aquí y dos allí, en posturas poco equívocas. Y acaso haya que ver en ello una especie de reacción licenciosa contra lo que llamaba usted hace un momento «la santidad del lugar»; pero, evidentemente (y ciertas memorias de la época nos ayudan a creerlo), esas costumbres habían llegado a ser lo suficientemente corrientes para que no ofuscasen a nadie más de lo que ofuscan en ese cuadro a los alabarderos que se codean con esos señores.

—He contemplado veinte veces ese cuadro sin notar en él nada anormal.

—No notamos cada uno de nosotros más que lo que nos interesa. Pero lo mismo aquí que allí, en ese cuadro que en esas crónicas venecianas, le diré que la pederastia (que parece aquí, por lo demás, tender a la sodomía) no me parece espontánea, parece jactancia, vicio, entretenimiento excepcional de libertinos, de hastiados. Y no puedo dejar de pensar que, de un modo paralelo, lejos de ser popular y espontáneo, o rudamente surgido del suelo mismo y del pueblo, como el de Grecia y el de Florencia, el arte veneciano, «complemento de la voluptuosidad circundante», como decía Taine, fue un placer de magníficos, como el del Renacimiento francés bajo el reinado de Francisco I, tan feminista, tan caramamente comprado a Italia.

—Aclare usted mejor su pensamiento.

## IV

—Sí, creo que la exaltación de la mujer es señal de un arte menos natural, menos autóctono que el que nos ofrecen las grandes épocas de arte uranista. Así como creo, y perdone usted mi atrevimiento, la homosexualidad en uno y otro sexo más espontánea, más ingenua que la heterosexualidad.

—No es difícil marchar de prisa, en cuanto no le preocupa a uno ya que le sigan —le dije, alzándome de hombros; pero él prosiguió, sin oírme:

—Es lo que Barrès comprendió tan bien cuando, al querer pintar en su *Berenice* a una criatura muy cercana a la Naturaleza y obedeciendo tan sólo al instinto, hizo de ella una lesbica, la amiga de la pequeña «Vela Rosa». Sólo merced a la *educación* la eleva él hasta el amor heterosexual.

—Presta usted a Maurice Barrès unas intenciones secretas que él no tenía.

—Cuyas consecuencias tal vez no preveía, podrá usted decir todo lo más, pues en los primeros libros de su amigo sabe usted muy bien que la emoción misma es intencional. *Berenice representa para mí* —dice él dogmáticamente— *la fuerza misteriosa, el impulso del mundo*; encuentro inclusive, unas líneas más adelante, una sutil intuición y una definición de su papel anagenético, cuando habla de *la serenidad de su función, que consiste en llevar al estado de vida todo cuanto cae en ella*, función que

compara y opone a su catagenética «agitación de espíritu».

El libro de Barrès no estaba lo suficientemente presente en mi espíritu para que pudiese yo discutir. Y él continuaba ya:

—Siento curiosidad por saber si Barrès conocía una opinión de Goethe sobre el uranismo, tan aproximada a su pensamiento, y que cita el canciller Müller (abril 1830). Permítame que se la lea:

«Goethe entwickelte, wie diese Verirrung eigentlich daher Komme, dass, nach rein aesthetischem Masstab, der Mann weit schöner, vorzüglicher, vollendeter als die Frau sie.»

Pronuncia usted tan mal, que me cuesta trabajo comprenderle. Vaya usted traduciendo simultáneamente, se lo ruego.

*Goethe nos expuso cómo esa aberración era debida propiamente a que, de acuerdo con la pura regla estética, el cuerpo del hombre era mucho más bello, más perfecto y más acabado que el cuerpo de la mujer.*

—He aquí algo que no tiene nada que ver con lo que me citaba usted antes de Barrès —repliqué con impaciencia.

—Espere un momento; llegamos a la encrucijada: *Un sentimiento semejante se desvía fácilmente, una vez despierto, hacia lo bestial. La pederastia es tan antigua como la Humanidad. (Die Knabenliebe sei so alt wie die Menschheit, und man könne daher sagen, sie liege in der Natur.) Y se puede decir, por lo tanto, que es natural, que se apoya en la Naturaleza (ob sie gleich gegen die Natur sei), aunque sea opuesta a la Naturaleza. Que no dejen ya escapar lo que*

*la cultura ha ganado, ha conseguido de la Naturaleza; que no se desprendan de ello a ningún precio. (Was die Kultur der Natur abgewonnen habe, werde man nicht wieder fahren lassen; es um Keinen Preis aufgeben.)*

—Es posible que las costumbres homosexuales se hayan aclimatado en la raza germánica lo bastante hondamente para parecer naturales a algunos alemanes (los recientes escándalos del otro lado del Rhin nos mueven a suponerlo); pero, para los cerebros bien franceses, esa teoría de Goethe seguirá siendo, créalo usted, completamente peregrina.

—Ya que le gusta a usted hacer intervenir el elemento étnico, permítame usted que le lea estas líneas de Diodoro de Sicilia<sup>1</sup>, uno de los primeros escritores, que yo sepa, que nos informa sobre las costumbres de nuestros antepasados: *Aunque sus mujeres sean agradables —dice él de los celtas—, se interesan muy poco por ellas, y en cambio demuestran una pasión extraordinaria por las relaciones con los varones. Tumbados sobre las pieles de animales que cubren el suelo, acostumbra a revolverse sobre ellas, teniendo a un lado y a otro un compañero de lecho.*

—¿No se ve en esto la intención manifiesta de desacreditar a los que los griegos consideraban como bárbaros?

—En aquella época esas costumbres no desacreditaban en absoluto. El mismo Aristóteles, en su *Política*, habla de los Celtas incidentalmente,

<sup>1</sup> Libro V, 32.

y después de quejarse de que Licurgo haya desatendido las leyes relacionadas con las mujeres, lo que trae, según él grandes abusos, *sobre todo cuando los hombres tienden a dejarse dominar por ellas, disposición habitual de las razas enérgicas y guerreras. Exceptúo de ello, sin embargo* —añade—, *a los Celtas y a otras naciones que honran abiertamente el amor viril*<sup>1</sup>.

—¡Si lo que cuentan los griegos es cierto confiese usted que nos hemos curado de algo muy grave!

—¡Sí, nos hemos educado un poco; eso es precisamente lo que dice Goethe.

—Y me invita usted entonces a que considere con él al pederasta como un atrasado, como un inculto...

—Tal vez no, únicamente la pederastia como un instinto completamente natural y espontáneo.

—En ello buscará indudablemente su disculpa esa inspiración tan frecuentemente homosexual de la poesía bucólica griega y latina, en la que pretenden revivir, más o menos ficticiamente, las costumbres candorosas de Arcadia<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Aristóteles. *Política*, II; 6 y 7.

<sup>2</sup> «Los amores extraños de que están plagadas las elegías de los poetas antiguos, que tanto nos sorprendían y que no podíamos concebir, son, pues, verosímiles y posibles. En las traducciones que hacíamos poníamos nombres de mujeres en lugar de los que estaban en el original. Juvencio terminaba en Juvencia; Alexis se convertía en Xanté. Los guapos mozos se transformaban en bellas muchachas; rehacíamos de esta manera el monstruoso serrallo de Cátulo, de Tíbulo, de Marcial y del dulce Virgilio. Era una tarea muy galante *que probaba tan sólo lo poco que habíamos comprendido el genio antiguo.*»

Gautier, *Mademoiselle de Maupin*, Tomo II. Cap. IX, págs. 13 y 14 (primera edición).

—La poesía bucólica empezó a ser ficticia el día en que el poeta dejó de estar enamorado del pastor. Pero sin duda hay que ver en ello también, lo mismo que en la poesía oriental, árabe o persa, una consecuencia de la situación creada a la mujer, y que importará examinar; una cuestión de comodidad... De esas palabras de Goethe quiero subrayar sobre todo lo que admiten de cultura, o mejor dicho, de aprendizaje, en la heterosexualidad. Puede ser, en efecto, natural que el hombre infantil, el hombre primitivo, busque indistintamente el contacto, la caricia, y no precisamente el coito; y hasta que algunos, o muchos, se sientan más desconcertados y desanimados por el misterio de otro sexo, ahora que ya no les ilumina el atractivo de ningún perfume. (Como usted ve, no hago el menor caso del argumento de la menor belleza. Pues no creo que la atracción sexual tenga necesariamente que depender de ella.) E indudablemente algunos podrán sentirse atraídos de un modo irresistible por un sexo más bien que por el otro, como explica Aristófanes en el *Banquete* de Platón; pero aun exclusivamente atraído por el otro sexo, yo sostengo que, abandonado por entero a su iniciativa personal, le costaría mucho trabajo al hombre atreverse al gesto preciso, no siempre sabría inventarle, y se mostraría muy torpe al principio.

—El amor ha guiado siempre al enamorado.

—Ciego guía; y puesto que emplea usted ya esa palabra, amor, que quería yo reservar, añado: el amante será tanto más torpe cuanto más enamo-

rado esté; sí, cuanto más auténtico amor acompañe a su deseo; sí, en cuanto su deseo no sea ya exclusivamente egoísta, podrá temer herir al ser amado. Y mientras no tenga la enseñanza de algún ejemplo, aunque sea el de los animales, de alguna lección o de alguna iniciación previa, o sea iniciado, en fin, por la propia amante...

—¡Caray! ¡Como si el deseo del enamorado no debiera hallar un complemento suficiente en el deseo recíproco de la amante!

—No me convence eso más de lo que le convencía a Longo. Acuérdesse usted de los errores, de los tanteos de Dafnis. ¡Cómo! ¿No necesita acaso ese grandísimo torpe de enamorado que le enseñe una cortesana?

—Las torpezas y las tardanzas de que usted habla, sólo sirven en el caso presente para proporcionar a esa novela tan pobre algún adorno y alguna intriga.

—¡No, no! Bajo una leve capa de afectación, reconozco en ese libro admirable una ciencia profunda de lo que monsieur de Gourmont llama la *Física del Amor*, y considero la historia de *Dafnis y Cloe* como ejemplarmente natural.

—¿Adónde pretende usted venir a parar?

—A lo siguiente: que los pastores ignorantes de Teócrito trabajaban con más ingenuidad; que ese enigma del otro sexo, «el instinto», no siempre es suficiente, no es suficiente con frecuencia, para resolverle: hace falta alguna práctica. Simple comentario a las palabras de Goethe...

—Y he aquí por qué vemos, en Virgilio, a Da-

moetas seguir llorando la fuga de Galatea bajo los sauces, cuando ya Menalco goza con Amyntas de un placer sin reticencias.

At mihi sese offert ultro, meus ignis, Amyntas.

.....  
*Cuando el amante está junto a su amado* —dice admirablemente Leonardo de Vinci—, *descansa*.

—Si la heterosexualidad entraña un aprendizaje, confiese usted que no faltan hoy día en los campos y en las ciudades, aprendices más precozmente despabilados que Dafnis.

—Mientras que en nuestros días, ni siquiera (o sobre todo) en los campos, los juegos homosexuales son bastante raros y están bastante desacreditados. Sí, lo decíamos ya anteaer: todo en nuestras costumbres y en nuestras leyes precipita a un sexo hacia el otro. ¡Qué conspiración, ya sea clandestina o declarada para convencer al muchacho, antes de que se despierte el deseo, de que todo placer se goza con la mujer y de que, fuera de ella, no existe placer alguno! ¡Qué exageración, llevada hasta el absurdo, de los atractivos del «bello sexo», frente al sistemático oscurecimiento, al afeamiento, a la ridiculización del sexo masculino! Cosa contra la cual se rebelarán, sin embargo, algunos pueblos artistas, en los que hemos visto triunfar el sentido de la línea sobre la preocupación de las «conveniencias», en las épocas más valientes y más admiradas.

—Ya he contestado a ese punto.

—Admirando con monsieur Perrier, si mal no

recuerdo, esa constante preocupación por el adorno con la que intenta el eterno femenino, desde siempre y en todas partes, reanimar el deseo del hombre y suplir una belleza insuficiente.

—Sí, lo que usted llama «el atractivo postizo». ¿Qué ha logrado usted demostrar? Que el adorno sienta bien a las mujeres. ¡Valiente cosa! No hay nada más desagradable que un hombre que se emperifolla y se pinta.

—Repetiremos una vez más que a la belleza del adolescente le sobran los afeites; ya la hemos visto triunfar en la estatuaria griega, en toda su desnudez. Pero que su reprobación se avenga a tener en cuenta nuestras costumbres occidentales, puesto que usted no ignora que los orientales, entre otros, no siempre piensan como nosotros<sup>1</sup>. Con sólo que adorne usted al adolescente y le honre en vez de esconderle y de echarle a perder, con sólo que realce usted su belleza, podrá presumir lo que ello traerá consigo por esta página de Montesquieu:

*En Roma no salen a escena las mujeres, sino unos castrados vestidos de mujeres. Esto produce un efecto malísimo sobre las costumbres, pues nada (que yo sepa)*

<sup>1</sup> Así es como el encantador Gerardo de Nerval, casi a punto de apasionarse, según nos refiere, por dos «seductoras almeas» a quienes ve danzar en Egipto en el más bello café del Mousky, y que nos describe como «muy bellas, de arrogante aspecto, de ojos árabes animados por el kohl y de mejillas carnosas y delicadas» en el momento en que «se disponía a pegarlas sobre la frente unas monedas de oro, de acuerdo con las tradiciones más puras del Oriente», se da cuenta a tiempo de que sus bellas danzarinas son unos muchachos que merecen todo lo más que se les «eche unas cuantas paras». *Viaje a Oriente*, tomo I, págs. 140 y 141.

*inspira más el amor filosófico a los romanos. Y más adelante: En mis tiempos trabajaban en Roma, en el teatro Capranica, dos pequeños castrados, Mariotti y Chiostra, vestidos de mujeres, que eran las criaturas más bellas que he visto en mi vida y que habrían inspirado el vicio de Gomorra a las personas de gusto menos depravado en ese sentido.*

*Un joven inglés, creyendo que uno de aquellos dos castrados era una mujer, se enamoró de él furiosamente, manteniéndole en aquella pasión durante más de un mes. En otros tiempos, en Florencia, el gran duque Cósimo III hizo el mismo arreglo (?) por devoción. ¡Júzguese el efecto que aquello debía producir en Florencia, que ha sido, bajo ese aspecto, la nueva Atenas! (Viajes, I, págs. 220 y 221.) Y Montesquieu cita a propósito de ello el «Chassez le naturel, il revient au galop»<sup>1</sup> de Horacio:*

*Naturam expelles furca, tamen usque recurret,* a lo cual podemos realmente dar el sentido que nos parezca.

—Ahora le entiendo: lo «natural» para usted es la homosexualidad; y lo que la naturaleza tenía aún la impertinencia de considerar como relaciones naturales y normales, las que hay entre el hombre y la mujer, eso es para usted lo artificial. ¡Vamos, atrévase a decirlo!

Calló él un momento; y luego replicó:

—Sin duda es fácil llevar mi pensamiento hasta el absurdo; pero no parecerá tan atrevido cuando le haga, en mi libro, derivarse con toda natura-

<sup>1</sup> «Suprimid lo genuino y reaparecerá en seguida», aproximadamente. (N. del T.)

lidad de las premisas que hemos sentado hace un rato.

Le rogué, pues, que volviese a aquel libro que, a mi juicio, habíamos perdido de vista hacía ya demasiado tiempo. Y él prosiguió así:

## V

—Ayer intentaba yo demostrarle que la imperatividad del «instinto sexual» seguía siendo, en los animales, mucho menos constantemente apremiante y precisa de lo que se complacen generalmente en afirmar; y procuraba yo descubrir a través del complejo haz que esa frase, «instinto sexual», abarca indistintamente, en bloque, cuál es la pura lección del órgano y su pretensión, cuál es la transigencia del gusto y cuál la obediencia al motivo exterior, al objeto; y notaba yo que el haz de tendencias no se encuentra compacto y cerrado más que en ese momento único en que el olor de la ovulación guía al macho y le empuja al coito.

Y observaba yo hoy que ningún perfume esclaviza al hombre y que la mujer, como no dispone de ninguna persuasión perentoria (y llamo así a ese irresistible atractivo momentáneo de la hembra), no podía pretender más que a ser *constantemente* deseable y, se dedicaba a ello sabiamente, con el asentimiento, el estímulo y la ayuda

(en nuestros países occidentales, al menos), de las leyes, costumbres, etc... Notaba igualmente que el artificio a veces y el disimulo (cuya forma noble es el pudor), el adorno y el ropaje contribuyen a la insuficiencia de atractivo... ¿Quiere esto decir que ciertos hombres no se sentirían irresistiblemente atraídos hacia la mujer (o hacia tal mujer en particular) aunque estuviese desprovista de adorno? ¡No, en verdad! Así como vemos a otros que, a pesar de todos los atractivos del bello sexo, de las órdenes, de las prescripciones, del peligro, siguen sintiéndose irresistiblemente atraídos hacia los jóvenes. Pero yo pretendo que en la mayoría de los casos el deseo que se despierta en el adolescente no es de una exigencia muy precisa; que la voluptuosidad le sonríe, sea del sexo que fuere el ser que la produce, y que sus costumbres se deben más bien a la lección externa que al mandato del deseo; o, si lo prefiere usted, digo que es raro que el deseo se precise por sí mismo sin la ayuda de la experiencia. Es raro que los datos de las primeras experiencias sean dictados únicamente por el deseo, sean precisamente los mismos que el deseo hubiese escogido. No hay vocación más fácil de torcer que la sensual y...

—¡Y aunque fuese así!... Porque le veo venir: ya está usted insinuando que si se abandonara a cada adolescente a sí mismo, si no interviniese en ello la reprobación exterior o, dicho de otro modo, si la civilización se interrumpiese, los homosexuales serían todavía más numerosos de lo que son.

Ahora me toca a mí presentarle a usted la frase de Goethe: *Esa victoria que ha obtenido la cultura sobre la Naturaleza, no hay que dejarla escapar de ningún modo; no hay que desprenderse de ella a ningún precio.*

.....



## Diálogo cuarto



—Ha aparecido un libro estos últimos años —me dijo Corydon— que ha provocado algún escándalo. (Y confieso que yo mismo no he podido reprimir, al leerlo, un movimiento de indignación.) ¿Le conoce usted acaso?

Corydon me entregó entonces el tratado: *Del matrimonio*, por Léon Blum.

—Me divierte —le contesté— oírle a usted hablar a su vez de reprobación. Sí, he leído ese libro. Le tengo por una obra hábil y, por consiguiente, bastante peligrosa. Los judíos han sido siempre unos verdaderos maestros en el arte de destruir nuestras instituciones más respetadas, más venerables, aquellas que son precisamente base y sostén de nuestra civilización occidental, en beneficio de no sé qué licencia y qué relajación

de las costumbres, que afortunadamente rechazan nuestro buen sentido y nuestro instinto de sociabilidad latina. He pensado siempre que era ese quizás el rasgo más característico de su literatura; de su teatro, en particular.

—Han protestado contra ese libro —replicó Corydon—, pero no le han refutado.

—Es que bastaba con la protesta.

—No por eso deja de plantearse el problema ya que escamotearlo no es resolverlo, por indignado que se sienta uno con la solución que preconiza Blum.

—¿Qué problema?

—Se relaciona directamente con lo que le decía anteayer: el macho tiene que gastar mucho más de lo que le conviene para responder a la función reproductiva del otro sexo y asegurar la reproducción de la especie. El gasto a que le invita la Naturaleza es bastante incómodo de regular y corre el riesgo de tornarse perjudicial para el buen orden de la sociedad tal como lo entienden los pueblos occidentales.

—Y de ahí esta nostalgia del serrallo que aparece en el libro de Blum, y que repugna, repito, a nuestras costumbres y a nuestras instituciones occidentales, esencialmente monógamas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Es curioso citar aquí la frase de Napoleón: «La mujer le fue dada al hombre para engendrar hijos. Ahora bien: una sola mujer no puede bastar al hombre para ese objeto; no puede ser suya cuando está amamantando; no puede ser suya cuando está enferma; deja de ser su mujer cuando no puede ya darle hijos; el hombre, a quien la Naturaleza no contiene ni por edad ni por ninguno de esos inconvenientes, debe, pues, tener varias mujeres.» *Memorial* (junio, 1816).

—Preferimos el burdel.

—¡Calle usted!

—Llamémoslo la prostitución. O el adulterio. No se puede salir de eso... A menos de repetir con el gran Malthus: *La castidad no es, como algunas personas suponen, una virtud forzada: se basa en la naturaleza y en la razón; en efecto, esa virtud es el único medio legítimo de evitar los vicios y la desgracia que la ley de la población engendra.*

—La castidad es evidentemente una virtud.

—Sobre la cual hacen bien en no contar las leyes, ¿verdad? Quisiera no recurrir, en mi libro, a la virtud sino en última instancia. Léon Blum, que no apela para nada a la virtud, aunque busca el menor inconveniente social, se indigna con un Estado en el cual la prostitución, con el beneplácito de las leyes, envilece a la muchacha sumisa. Creo que podemos entristecernos con él.

—Sin contar el peligro que existe para la salud pública en cuanto esa prostitución se sustrae a la repugnante ingerencia del Estado.

—Por eso Blum propone que se dirijan hacia las muchachas, y me refiero a las más honradas, a las que pronto serán esposas y madres, la inquietud y el exceso de nuestros apetitos masculinos.

—Sí, ya sé, y eso me ha parecido precisamente monstruoso, haciéndome sospechar si habrá él frecuentado alguna vez la verdadera sociedad francesa o habrá vivido tan sólo entre levantinos.

—Creo, en efecto, que más de un católico vacilaría en casarse con una joven cuyo aprendizaje

previo hubiera sido hecho por un judío. Pero si protesta usted así ante cada solución que nos proponen...

—Vamos, diga usted la suya, que sólo de entreverla me estremezco.

—No está inventada por mí. Es la misma que preconizó Grecia.

—¡Vaya, ya llegamos!

—Le ruego que me escuche con tranquilidad. No puedo por menos de esperar que personas de igual formación y de igual cultura puedan siempre entenderse, poco más o menos, a pesar de todas las diferencias esenciales de temperamento. Desde su más tierna infancia le educaron a usted de la misma manera que a mí: le enseñaron a usted a venerar a Grecia, de la cual somos herederos nosotros. En nuestras clases y en nuestros museos, las obras griegas ocupan los sitios de honor; se nos invita a reconocerlas como lo que son: humanos milagros de armonía, de equilibrio, de sabiduría y de serenidad; nos las ofrecen como ejemplos. Y por otro lado se nos enseña que la obra de arte no es nunca un fenómeno accidental y que es preciso buscar su explicación, su causa, en el pueblo mismo y en el artista que la produce, ya que éste no hace más que dar forma a la armonía que realizaba primero en sí mismo.

—Todo eso ya lo sabemos. Siga usted.

—Sabemos igualmente que Grecia no sobresale solamente en las artes plásticas, y que esa perfección, esa facilidad, esa desenvoltura en la

armonía las hallamos también en todas las demás manifestaciones de su vida. Un Sófocles, un Píndaro, un Aristófanes, un Sócrates, un Milcíades, un Temístocles o un Platón, son tan admirables representantes de Grecia como un Lisipo o un Fidias. Ese equilibrio que admiramos en cada artista, en cada obra, en el de Grecia entera, bella planta sin atrofia; el desarrollo pleno de una rama no ha perjudicado nunca el desarrollo de ninguna otra.

—Todo eso le estaba concedido a usted desde hace mucho tiempo, y no tiene nada que ver con...

—¡Cómo! ¿Se negará usted a comprender que existe una relación directa entre la flor y la planta que la sostiene, la calidad profunda de su savia, su dirección y su economía? ¿Pretenderá usted hacerme creer que ese pueblo, capaz de ofrecer al mundo tales espejos de sabiduría, de fuerza grácil y de felicidad no supo él mismo en cambio dirigirse ni llevar lo primero esa sabiduría feliz, esa armonía a su vida misma y al régimen de sus costumbres? Pero en cuanto se trata de costumbres griegas, se consideran deplorables, y no pudiendo ignorarlas, se apartan de ellas con horror<sup>1</sup>; no comprenden o fingen no comprender; no quiere admitirse que forman parte integrante del conjunto, que son indispensables para el funcionamiento del organismo social y que sin

<sup>1</sup> No siempre en absoluto. Justo es citar aquí la clarividente apreciación de Herder en sus *Ideas sobre la Filosofía de la Historia*.

ellas la bella flor que admiran sería otra o no sería<sup>1</sup>.

Si, apartándonos de las consideraciones generales, examinamos un caso particular, el de Epaminondas, por ejemplo —a quien Cicerón considera el más grande hombre que haya producido Grecia, «y no puede negarse, escribe uno de sus biógrafos (Walckenaer), que ofrece uno de los modelos más perfectos de gran capitán, de patriota y de sabio»—, ese mismo biógrafo cree deber suyo añadir: «Desgraciadamente, parécenos demasiado cierto que Epaminondas era aficionado a ese placer infame, el cual no representaba la menor vergüenza para los griegos, y sobre todo para los beocios y los lacedemonios (es decir, para los más valerosos de ellos).»<sup>2</sup> (*Biografía universal*.)

—Concédame usted, por lo menos, que esas costumbres no ocupan más que un ínfimo espacio en la literatura griega.

—En la que ha llegado a nosotros, tal vez sí. ¡Y para eso!<sup>3</sup> Piense usted que Plutarco y Platón,

<sup>1</sup> Hasta el punto de que siente una tentación de repetir lo que decía Nietzsche de la guerra y de la esclavitud: «Nadie podrá sustraerse a estas conclusiones si ha buscado largamente las causas de esa perfección que solamente el arte griego alcanzó.» (Citado por Halévy, pág. 97.)

<sup>2</sup> Cf. los pasajes de Pascal, de Montaigne y los relatos de la muerte de Epaminondas.

<sup>3</sup> «*La iliada* tiene como único tema la pasión de Aquiles... su amor a Patroclo. Y esto es lo que uno de los más grandes poetas, uno de los más profundos críticos del mundo moderno, lo que Dante ha comprendido muy bien, cuando escribe en su *Infierno*, con su concisión característica: *Achille, Che per amor al fine combatteo*.

Este verso, lleno de sentido, nos hace penetrar hondamente en

no bien hablan de amor, se refieren tanto al homosexual como al otro. Después le ruego que considere (y si acaso ha sido hecha la observación, no he sabido que la hayan realizado muchos) que casi todos los manuscritos antiguos por los que conocemos a Grecia han pasado por manos de gentes de Iglesia. La historia de los manuscritos antiguos sería bastante curiosa de estudiar. Veríase por ella que los sabios frailes que nos han transcrito los textos han suprimido a veces lo que les escandalizaba, por respeto hacia la buena causa; si es que no han salvado con preferencia lo que menos escandalizaba. Piense usted en la cantidad de obras de Esquilo y de Sófocles; de noventa obras de uno y de ciento veinte del otro, no conocemos más que siete. Pero sabemos que los *Mirmidones*, de Esquilo, por ejemplo, hablaban del amor de Aquiles a Patroclo en una forma que los pocos versos que Plutarco cita nos dejan entrever suficientemente. Pero pasemos. Consiento en creer que el amor homosexual ocupaba en la tragedia griega el mismo lugar que en el teatro de Marlowe, por ejemplo (lo cual sería concluyente). ¿Qué probaría esto sino que el drama está en otra parte? O para expresarme con más claridad: que no hay en esos amores felices materia trágica<sup>1</sup>. Por el

*La iliada*. La cólera de Aquiles contra Agamenón, que le hace retirarse al principio del combate; el amor de Aquiles por Patroclo, superando al amor hacia la mujer, que, a pesar de su cólera, le vuelve a llevar por último al campo de batalla: estos son los dos polos por los cuales pasa el eje de *La iliada*.» J. A. Symond, *The Greek Poets*, III, pág. 80.

<sup>1</sup> «Felices los que aman, cuando son amados en recompensa», dice Bión en su octavo idilio. Y luego presenta tres ejemplos

contrario, la poesía lírica está llena de ellos, así como las narraciones mitológicas, y todas las biografías, todos los tratados, aunque casi todos ellos hayan pasado por la misma criba expurgadora.

—No sé qué responderle en este caso. No estoy lo suficientemente documentado.

—Por lo mismo, no es eso lo que me interesa más. Porque ¿qué es, después de todo, un Hylas, un Bathylle o un Ganímedes, al lado de las admirables figuras de Andrómaca, de Ifigenia, de Alceste, de Antígona, que nos donaron las tragedias? Pues bien: yo pretendo que esas puras imágenes femeninas las debemos igualmente a la pederastia. No creo arriesgado observar aquí que lo mismo sucede con Shakespeare.

—Si eso no es una paradoja, quisiera yo saber...

—¡Oh! Me comprenderá usted en seguida si accede a reconocer que, con nuestras costumbres, ninguna literatura ha concedido más importancia al adulterio que la francesa, sin contar todas las semivirgenes y todas las semiputas. Ese exutorio que proponía Grecia, que a usted le indigna y que a ella le parecía natural, quiere usted suprimirlo. Haga usted santos entonces, porque si no, el deseo del hombre hará que la esposa falte a sus deberes, mancillará a la joven... La muchacha griega era educada más para la maternidad que para el amor. Como ya hemos visto, el deseo del hombre se dirigía en otro sentido, pues nada

de esos amores felices: Teseo y Píroto, Orestes y Pílates, Aquiles y Patroclo.

parecía tan necesario al Estado ni merecía más respeto que la tranquila pureza del gineceo.

—De manera que, según usted, era por salvar a la mujer por lo que sacrificaban al hijo.

—Me permitirá usted que examine, dentro de un instante, si existía en eso sacrificio alguno. Pero quisiera contestar, incidentalmente, a una objeción especiosa; tengo un gran empeño en ello:

Pierre Louys reprocha a Esparta el no haber sabido producir ningún artista; encuentra con ello ocasión para alzarse contra una virtud demasiado austera, que, según él, no supo formar más que guerreros. Y para eso se dejaron vencer.

*La grandeza y la gloria de Esparta son muy poca cosa para todo el que no sea un admirador ciego de la antigüedad* —escribía monsieur de Laboulaye, al margen de Montesquieu—; *de aquella comunidad de soldados, ¿salió algo que no fuese ruina y destrucción? ¿Qué es lo que debe la civilización a aquellos bárbaros?*<sup>1</sup>

—Sí, recuerdo el reproche; se han valido de él otros.

—Pero no sé si es justo.

—Sin embargo, están ahí los hechos.

—Ante todo no olvide usted que a Esparta es a la que debemos el orden dórico, hasta el de Poestum y el del Partenón. Y luego piense usted que si Homero hubiese nacido en Esparta, y ciego por añadidura, hubiera sido arrojado a los fosos del olvido. Muchas veces me imagino que es ahí, en los fosos del olvido, donde hay que buscar

<sup>1</sup> *Esprit des lois*, IV, cap. VI, pág. 154. Ed. Garnier.

a los artistas lacedemonios; acaso no haya sido Esparta incapaz de producirlos, pero como no tenía ojos ni se complacía en considerar más que la perfección física y como una deformación corporal era con frecuencia el rescate del genio...

—Sí, ya veo lo que quiere usted decir: que Esparta destruyó sistemáticamente todos aquellos de sus hijos que, a semejanza de Víctor Hugo, nacían

*sin calor, sin color y sin voz.*

—Lo cual le permitió, en cambio, realizar la más bella forma humana. Esparta inventó la selección. No produjo escultores, es cierto; pero proporcionó modelo al escultor.

—Oyéndole, parece que todos los modelos de Atenas vinieron de Lacedemonia, como vienen hoy día de Saraginesco todos los modelos de Roma. Eso es realmente cómico. Me permitirá usted, sin embargo, creer que los hombres mejor formados de Grecia no eran forzosamente unos bestias, o a la inversa, que todos sus artistas no eran patizambos o contrahechos. Acuérdesse usted del joven Sófocles en Salamina...

Corydon sonrió, mostrando con un gesto que me dejaba triunfar en ese punto. Y replicó:

—Una observación más, referente a los espartanos: no ignora usted que en Lacedemonia la pederastia estaba, no sólo admitida, sino incluso aprobada, me atreveré a decir. No ignora usted, por otra parte, que los espartanos pertenecían

a una tribu eminentemente guerrera. *Los espartanos*, por lo que se lee en Plutarco, *eran los mejores artistas y los más hábiles maestros que existieron en todo cuanto se relaciona con el arte de los combates*. De igual modo, no ignora usted que los tebanos...

—¡Permítame! —exclamé interrumpiéndole—; yo también traigo hoy mis textos. Y saqué del bolsillo un cuadernito en el que había copiado, la noche anterior, esta frase del *Espíritu de las leyes* (IV, cap. 8), que le leí: *Sentimos rubor al leer en Plutarco que los tebanos, para afinar las costumbres de los jóvenes, sancionaron con leyes un amor proscrito por todas las naciones del mundo*.

—Sí, eso es lo que yo le decía —replicó sin ruborizarse—; no hay nadie que no le condene hoy en día, y ya sé que es una gran locura<sup>1</sup>, querer uno ser el único cuerdo; pero ya que me obliga usted a ello, releamos juntos el pasaje íntegro de Plutarco que indigna a Montesquieu.

Fue a buscar el abultado libro «para ahorcar los hábitos» y le abrió por la *Vida de Pelópidas*, leyendo lo siguiente:

*En tan numerosos combates como habian sostenido los lacedemonios, ya fuese contra los griegos o contra los bárbaros, no recordaba nadie que aquéllos hubiesen sido vencidos por un enemigo inferior o igual en número...*

<sup>1</sup> «El que opone su propio juicio contra la corriente de los tiempos debería ser arrumbado con incontestable verdad, y el que tiene a la verdad de su parte es un necio y un cobarde si siente miedo a confesarla a causa de la multitud de opiniones de los demás hombres. Duro es para un hombre decir que todo el mundo está equivocado menos él. Pero si ello es así ¿quién puede evitarlo?» Daniel Defoe (citado por Taine, *Littérature anglaise*, IV, pág. 7. Nota copiada en inglés por Gide).

(como acababan de serlo en Tegira, en el combate que nos ha relatado Plutarco). *Ese combate es el primero que enseñó a todos los pueblos de Grecia que no solamente a orillas del Eurotas nacian hombres valientes y belicosos, sino también en todos los pueblos donde la juventud se sonroja ante lo que es vergonzoso, muestra su audacia en las acciones honrosas y teme más a la reprobación que al peligro: en ellos se encuentran los hombres más temibles para sus enemigos.*

—¿Y qué? Yo no le hago decir «los pueblos donde la juventud se sonroja ante lo que es vergonzoso y teme más a la reprobación que al peligro...»

—Temo que se equivoque usted —replicó Corydon con gravedad—, y que, por el contrario, haya que deducir precisamente de ese pasaje que la homosexualidad no era reprobada en absoluto. Todo lo que viene después lo afirma suficientemente.

Y continuó leyendo:

—*El batallón sagrado de los Tebanos fue organizado, según dicen, por Georgias, y estaba compuesto por trescientos hombres escogidos. El Estado subvenía a sus gastos de instrucción y sostenimiento... Pretenden algunos que aquel cuerpo se componía de amantes y de amados, y se cita, acerca de esto, una frase divertida de Pámmenis: «Hay que colocar al amante junto al amado, pues a un batallón formado por hombres enamorados los unos de los otros sería imposible destruirle y desbaratarle, porque los que le compusieran afrontarían todos los peligros, unos por adhesión hacia los que fuesen*

*objetos de su amor, y otros por temor a deshonrarse ante los ojos de sus amantes.»* Esto —dijo entonces Corydon— le indicará a usted dónde radicaba para ellos la noción del deshonor. *No hay en ello nada extraño* —prosigue el sabio Plutarco—, *si es cierto que los hombres temen más a quienes les aman, aun estando ausentes, que a todos los demás, aun estando presentes.* Dígame usted si no es esto admirable.

—Evidentemente —le repliqué—; pero eso es cierto aun sin la intervención de las malas costumbres...

—*Así aquel guerrero* —siguió él leyendo— *que derribado por un enemigo y viéndose a punto de ser degollado por él, le rogó, le suplicó encarecidamente que le hundiese su espada en el pecho: «Que al menos mi amante —decía—, al encontrar mi cadáver, no sufra la vergüenza de verle herido por la espalda.»* Cuéntase también que Iolao, amado por Hércules, compartía sus trabajos y combatía a su lado. (¿Aunque preferiría usted sin duda imaginarse a Hércules con Onfalia o con Dejanira?) Aristóteles cuenta que todavía en su tiempo los amantes y los que ellos amaban iban a hacerse juramentos sobre la tumba de Iolao. Es posible, por lo tanto, que se diese a aquella tropa el nombre de «batallón sagrado», de acuerdo con el pensamiento que hace decir a Platón que un amante es un amigo en el que se siente algo divino.

*El batallón sagrado de Tebas permaneció invicto hasta la batalla de Queronea. Después de esta batalla, Filipo, al recorrer el campo de la matanza, se detuvo en el sitio donde yacían los trescientos; todos tenían el*

*pecho acribillado a picazos; y era un montón confuso de armas y de cuerpos revueltos y apretujados. Contempló el rey aquel espectáculo con sorpresa, y al enterarse de que era el batallón de los amantes, derramó una lágrima por ellos, exclamando: «Perezcan miserablemente los que sospechen que estos hombres fueron capaces de hacer o de soportar nada deshonroso.»*

—Por mucho que se esfuerce —repuse entonces— no conseguirá usted hacerme considerar a esos héroes como a unos libertinos.

—Pero ¿quién intenta presentárselos como tales? ¿Y por qué no quiere usted admitir que ese amor no sea capaz, lo mismo que el otro, de abnegación, de sacrificio y hasta, en algunas ocasiones, de castidad?<sup>1</sup> A pesar de esto, la continuación del relato de Plutarco nos indica que si algunas veces,

<sup>1</sup> «Lo que atormentaba vivamente a Agesilao era el amor que el joven Megabatés había hecho nacer en su corazón, aun cuando en presencia de Megabatés, fiel a su prurito de no ser nunca vencido, combatiese sus deseos con todas sus fuerzas. Un día inclusive en que Megabatés se adelantaba para saludarle y darle un beso, se apartó; el niño enrojeció y se detuvo, y, en lo sucesivo, Megabatés no le saludó ya más que de lejos. Agesilao a su vez se sintió contrariado, arrepintiéndose de haber evitado aquel beso; y fingió preguntar con tono de extrañeza por qué Megabatés no le saludaba ya con un beso: 'A ti se debe, le dijeron sus amigos, por no haber querido sufrir, por haber evitado el beso de ese bello niño, como si le tuvieses miedo. Aun ahora él se decidiría sin dificultad a volver a besarte; pero a condición de que no te apartases.' Después de haber permanecido pensativo y silencioso un instante, Agesilao dijo: 'Es inútil que le animéis, pues el combate que sostengo aquí contra esa muestra de cariño me produce mayor placer que si todo lo que tengo delante de mí se convirtiera en oro.' Así era Agesilao mientras Megabatés estuvo a su lado. Pero cuando éste partió, se sintió consumido por una ardiente pasión; y si aquel niño hubiese vuelto y aparecido ante él, no es seguro que Agesilao hubiese tenido la fuerza de rechazar sus besos.» Plutarco. *Vie d'Agésilas*. Traducción de Pierron, III, 77.

muchas quizás, llevaba a la castidad, no aspiraba a ella, sin embargo.

Bien sabe usted que podría yo citar, en apoyo de esto, numerosos ejemplos o textos, no solamente de Plutarco, que, reunidos, formarían ellos solos todo un libro. ¿Los quiere usted? A su disposición los tengo.

.....

No creo que exista una opinión más falsa y más acreditada al mismo tiempo que la que considera las costumbres homosexuales y la pederastia como triste patrimonio de las razas afeminadas, de los pueblos en decadencia, como una importación de Asia, incluso<sup>1</sup>. Y fue, por el contrario, de Asia de donde vino el afeminado orden jónico a suplantar la viril arquitectura dórica; la decadencia de Atenas empezó cuando los griegos dejaron de frecuentar los gimnasios; y hoy sabemos lo que se debe entender por eso. El uranismo cede ante la heterosexualidad. Es éste el momento en que la vemos triunfar igualmente en el arte de Eurípides<sup>2</sup>, y con ella, como un complemento natural, la misoginia.

—¿Por qué «misoginia» de repente?

—¿Qué quiere usted? Es un hecho, e importantísimo; recíproco de lo que le hacía yo observar hace un momento.

—¿El qué?

<sup>1</sup> «Los persas han aprendido en la escuela de los griegos a ayuntarse con muchachos.» *Herodoto*, I, 135.

<sup>2</sup> *Ateneo*, XIII, 81. «Sófocles amaba a los jóvenes tanto como Eurípides a las mujeres.» —V. *Ateneo*, cap. LXXXII.

—Que debemos al uranismo el respeto a la mujer, y, por consiguiente, las admirables figuras de mujeres y de muchachas que encontramos en el teatro de Sófocles y en el de Shakespeare. Y así como el respeto a la mujer acompaña por lo general al uranismo, vemos menos honrada a la mujer en cuanto es más generalmente deseada. Comprenda usted que esto es natural.

Reconozca también que las épocas uranianas, por decirlo así, no son en modo alguno épocas de decadencia; no creo temerario afirmar que, por el contrario, las épocas de gran florecimiento artístico —la época griega en tiempo de Pericles, la romana en el siglo de Augusto, la inglesa en tiempo de Shakespeare, la italiana en tiempo del Renacimiento, la francesa con el Renacimiento, y después en el reinado de Luis XIII, la persa en tiempo de Hafiz, etc...— fueron precisamente aquellas en que la pederastia se afirmó más ostensiblemente, más oficialmente, iba a decir. Casi me atrevería a afirmar que las únicas épocas o regiones sin uranismo son asimismo las épocas o regiones sin arte.

—¿No teme usted hacerse en esto cierta ilusión, no cree usted que esas épocas le parecen tal vez particularmente «uranianas», como usted dice, simplemente porque su peculiar esplendor nos invita a ocuparnos más de ellas, y que las obras a las que deben su magnificencia revelan mejor y más indiscretamente las pasiones que las animan?

—Eso es concederme al fin lo que le decía yo al principio: que el uranismo está bastante univer-

salmente difundido. Vamos, veo que su pensamiento ha hecho algunos progresos —dijo Corydon sonriendo—. Tampoco he pretendido en modo alguno que hubiese en esas épocas florecientes recrudescimiento, sino únicamente confesión y afirmación. Quizás —añadió al cabo de un momento— hay que creer, sin embargo, en cierto recrudescimiento en las épocas guerreras. Sí, yo creo que las épocas de exaltación marcial son esencialmente uranianas, lo mismo que se ve que los pueblos belicosos son especialmente propensos a la homosexualidad.

Vaciló unos instantes y luego me soltó brusca-mente:

—¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué en el *Código de Napoleón* ninguna ley tiende a reprimir la pederastia?

—Puede que sea —le contesté desconcertado— porque Napoleón no la concediese importancia o porque creyese que bastaba con nuestra repugnancia instintiva.

—Y puede que sea también porque esas leyes hubiesen perjudicado ante todo a algunos de sus mejores generales. Reprobables o no, esas costumbres están tan lejos de ser enervantes y tan cerca de ser militares, que le confieso que he temblado por nosotros a raíz de esos ruidosos procesos de allende el Rhin, que no consiguió sofocar la vigilancia del emperador; y, poco antes, a raíz del suicidio de Krupp. ¡Algunos franceses han tenido la candidez de ver en eso indicios de decadencia! Y yo, entretanto, pensaba interior-

mente: desconfiemos de un pueblo cuyo libertinaje incluso es guerrero y que reserva a la mujer la misión de darle hermosos hijos.

—Ante la inquietante disminución de la natalidad en Francia, permítame usted creer que no es el momento de inclinar los deseos (si es que ello puede hacerse) en la dirección que usted dice. Su tesis es cuando menos inoportuna. La repoblación...

—¡Cómo! ¿Cree usted realmente que van a nacer muchos niños de todas esas provocaciones al amor? ¿Cree usted que todas esas mujeres que se presentan como enamoradas van a consentir en dejarse cargar? ¡Usted se chancea!

Yo le digo que las excitaciones desvergonzadas de las fotografías, de los teatros, de las *music-halls* y de muchos periódicos no tienden más que a apartar a la mujer de sus deberes, a hacer de la mujer una amante perpetua que no consentirá ya en la maternidad. Yo le digo que eso es mucho más peligroso para el Estado que el mismo exceso del otro libertinaje, y que este otro libertinaje entraña necesariamente menos desgaste y menos exceso.

—¿No le parece a usted que su afición especial y su interés le arrebatan?

—¡Y aunque así fuese! Lo importante no es saber si tengo yo interés en defender o no esa causa, sino si merece ser defendida.

—De modo que, no contento con tolerar el uranismo, pretende usted hacer de él una virtud cívica...

—No me haga usted decir absurdos. Ya sea el deseo homo o heterosexual, la virtud está en dominarle. A eso llegaré dentro de un momento. Pero sin pretender, como Licurgo (al menos por lo que cuenta Plutarco), que un ciudadano no podía ser verdaderamente honrado y útil a la República si no tenía un amigo<sup>1</sup>, lo que yo pretendo es que el uranismo no es en sí mismo nefasto en modo alguno para el buen orden de la sociedad del Estado; todo lo contrario.

—¿Negará usted entonces que la homosexualidad va acompañada con frecuencia de ciertas taras intelectuales, como pretende más de uno de sus compañeros? (Es al médico a quien me dirijo.)

—Si quiere usted, dejaremos a un lado a los invertidos. Tengo contra ellos este agravio: que la gente mal enterada confunde a los homosexuales normales con ellos. Y supongo que comprenderá usted lo que quiero expresar por «invertido».

La heterosexualidad, sin embargo, cuenta también con degenerados, maniáticos, enfermos. Estoy obligado a reconocer ¡ay! que con harta frecuencia entre los otros...

—Esos que tiene usted la desfachatez de llamar pederastas normales.

—Sí... se pueden notar a veces ciertos defectos de carácter de los que hago responsable única-

<sup>1</sup> «Los enamorados compartían el deshonor o la gloria de los niños a los que estaban unidos... Trabajaban todos rivalizando para ver quién lograba hacer más virtuoso al amigo.» *Vida de Licurgo*.

mente al estado de nuestras costumbres. Porque sucede siempre lo mismo cada vez que un apetito natural es contrariado sistemáticamente. Sí, el estado de nuestras costumbres tiende a hacer de la inclinación homosexual una escuela de hipocresía, de maldad y de rebelión contra las leyes.

—Atrévase usted a decirlo: de crimen.

—Ciertamente, si considera usted la cosa misma como un crimen<sup>1</sup>. Pero si eso es precisamente lo que yo reprocho a nuestras costumbres, de igual modo que hago responsable de las tres cuartas partes de los abortos a la reprobación que infama a las muchachas encintas.

—Le permito incluso, generalizando más, hacer responsables en parte a esas buenas costumbres de la disminución de la natalidad.

—¿Sabe usted cómo llamaba Balzac a esas costumbres? «La hipocresía de las naciones». Es real-

<sup>1</sup> Nada aclara mejor, sin duda, a qué denegaciones de justicia puede dejarse arrastrar en este caso la opinión que este artículo de *Le Matin* (7 agosto 1900) después del asunto Renard: *Morale d'un procès*: «Al cabo de largos años ningún acusado había tenido tantas dudas en su favor como Renard cuando compareció ante la Audiencia del Sena. Sin embargo, el Jurado no vaciló y le envió a presidio. Ante la Audiencia de Versalles la duda había más bien aumentado; sin embargo, el Jurado condenó también sin compasión. Ante el Tribunal Supremo el recurso de apelación se anunciaba como temiendo grandes probabilidades de ser admitido, y, sin embargo, la apelación fue denegada y la sentencia confirmada. Y la opinión —con algunas raras excepciones naturales (?)— se ha puesto, cada una de esas veces, de parte de los jurados y de los magistrados... ¿Por qué? Porque se ha probado que Renard, aun admitiendo que no hubiera matado, era un monstruo odioso y repugnante. Porque la multitud tenía la impresión de que Renard, aun siendo inocente del asesinato de monsieur Remí, no desentonaría en la colección de individuos que la sociedad expulsa de su seno para enviarlos a pudrirse a Guayana», etc.

mente asombroso hasta qué punto, en cuestiones tan graves, tan urgentes, tan vitales para la nación, se prefiere la palabra a la cosa, la apariencia a la realidad, sacrificando fácilmente el fondo del almacén al escaparate...

—¿Contra quién arremete usted ahora?

—¡Oh! No me refiero ya a la pederastia, sino a la despoblación de Francia. Pero esto nos llevaría demasiado lejos...

Volviendo al tema de que nos ocupamos, convéznase usted de que hay en la sociedad, y entre los que la rodean y trata usted más, muchos a quienes tiene usted en gran estima y que son tan pederastas como Epaminondas o como yo. No espere usted que nombre a nadie. Cada uno de éstos tiene las mejores razones del mundo para ocultarse. Y cuando se sospecha de alguno de ellos, se prefiere fingir ignorancia y prestarse a ese juego hipócrita. El mismo exceso de reprobación que profesa usted hacia la cosa protege el delincuente, como sucede con las sanciones excesivas que hacían decir a Montesquieu: *La crueldad de las leyes impide su ejecución. Cuando la pena no tiene medida, se ve uno con frecuencia obligado a preferir en su lugar la impunidad.*

—Entonces ¿de qué se queja usted?

—De la hipocresía. De la mentira. De la mala inteligencia. De ese aspecto de contrabandista que obligan ustedes a adoptar al uranista.

—En fin, querría usted volver a las costumbres griegas.

—¡Ojalá! En bien del Estado.

—El cristianismo, a Dios gracias, ha pasado sobre ello, barriendo, saneando, perfumando y engrandeciendo todo eso; fortaleciendo la familia, consagrando el matrimonio, y preconizando, fuera de él, la castidad; ahí le espero a usted.

—O me ha escuchado usted mal o ha tenido usted que comprender, a pesar de todo, que mi pensamiento no admite nada contrario al matrimonio, nada funesto a la castidad. Puedo repetir con Malthus: *Me desconsolaría decir algo, directa o indirectamente, que pudiera interpretarse en sentido contrario a la virtud.* Yo no intento oponer el uranismo a la castidad, sino únicamente un deseo, satisfecho o no, a otro. Sostengo precisamente que la paz de la casa, el honor de la mujer, la respetabilidad del hogar, la salud de los cónyuges, estaban amparados más firmemente con las costumbres griegas que con las nuestras; y de igual modo, la castidad, la virtud más noblemente enseñada, más naturalmente conseguida. ¿Se figura usted que le fue más penoso a San Agustín elevarse hasta Dios por haber entregado su corazón primeramente a un amigo a quien amaba más que a ninguna mujer? ¿Estima usted realmente que la educación uraniana de los niños de la antigüedad los predispusiera más al libertinaje que la educación heterosexual de nuestros colegios de hoy? Creo que un amigo, aun en el sentido más griego de la palabra, es más aconsejable para un adolescente que una amante. Creo que la educación amorosa que una Madama de Warens, por ejemplo, supo dar al joven Juan

Jacobo fue más nefasta para éste que lo hubiera sido cualquier educación espartana o tebana. Sí, creo que Juan Jacobo hubiese resultado menos viciado y hasta más... viril con las mujeres si hubiese seguido más de cerca el ejemplo de esos héroes de Plutarco, a quienes admiraba tanto, sin embargo.

Una vez más no opongo en modo alguno el libertinaje a la castidad, sea del género que fuere, sino una impureza a otra; y dudo que el joven pueda llegar al matrimonio más echado a perder que algunos heterosexuales de hoy.

Afirmo que si un joven se enamora de una muchacha y este amor es profundo, es muy probable que este amor sea casto y no esté turbado de desco, incontinenti. Y esto es lo que comprendieron tan bien Víctor Hugo, quien en sus *Miserables* nos convence de que Mario habría buscado antes una prostituta que alzado solamente con la mirada el borde de la falda de Cosette, y Fielding, en su admirable *Tom Jones*, que hace a su héroe tumbar tanto más a las mozas de mesón cuanto más enamorado está de Sofía; y eso es lo que utilizaba tan bien La Merteuil en el incomparable libro de Laclos, cuando el pequeño Dancenis se enamora de la joven Volange. Pero yo añado que, con vistas al matrimonio, sería preferible y menos peligroso para cada uno de éstos que sus placeres provisionales fuesen de otro género.

Y, finalmente, si me permite usted oponer el amor al amor, diré que el amor apasionado de una persona de más edad, o de un amigo de la

misma edad, es tan capaz de abnegación como cualquier amor femenino. Hay muchos ejemplos de esto y de los más ilustres<sup>1</sup>.

Pero usted, lo mismo que Balzagette en su traducción de Whitman, sustituye fácilmente la palabra *amor*, que impone el verdadero texto y la realidad, por la palabra *amistad*, que no compromete<sup>2</sup>. Y yo digo que ese amor, cuando es profundo tiende a la castidad<sup>3</sup>, pero únicamente, ni que decir tiene, si reabsorbe en sí el deseo, lo cual no obtiene jamás la simple amistad; y que puede ser para el niño el mejor estímulo al valor, al trabajo, a la virtud.<sup>4</sup>

Digo también que una persona mayor se da cuenta mejor de las inquietudes de un adolescente que ninguna mujer, aun siendo ésta experta en el arte de amar; conozco en verdad algunos niños demasiado entregados a costumbres solitarias,

<sup>1</sup> Véase en especial, Fielding, *Amelia*, III, caps. III y IV.

<sup>2</sup> «¿Existe un sentimiento más delicado y más noble que la amistad apasionada y tímida a la vez de un muchacho hacia otro? El que de los dos ama no se atreve a expresar su afecto con una caricia, con una mirada, con una palabra. Es una ternura clarividente que sufre ante la más leve falta en quien es amado; está hecha de admiración y de olvido de sí mismo, de orgullo, de humildad y de alegría serena.» Jacobsen: *Niels Lybne*, pág. 69.

<sup>3</sup> «La lujuria y el ardor de riñones no tienen nada de común, o muy poco, con el Amor.» Luisa Lavé: *Debate de locura y de amor*, discurso III.

<sup>4</sup> «Y lo que es más, dice Plutarco en la *Vida de Licurgo*, se imputaba a los enamorados la opinión buena o mala que se tenía de los niños a quienes dedicaban su amor; de tal modo, que cuentan que a veces cuando un niño, luchando con otro, dejaba escapar de su boca un grito que denotaba un corazón cobarde o débil, su enamorado era condenado por ello a la multa por los oficiales de la ciudad.»

para que estime yo que esa clase de afecto sería el medio más seguro de curación.

*He visto desear ser muchacha, y una bella muchacha, desde los trece años a los veintidós años, y pasada esta edad desear ser un hombre* —dice La Bruyère (*De las mujeres*, § 3), retrasando demasiado, a mi juicio, el momento en que se precisa la dirección heterosexual del adolescente. Hasta entonces, su deseo es flotante y está a merced de los ejemplos, de las indicaciones, de las provocaciones exteriores. Ama al azar; ignora, y hasta los dieciocho años, aproximadamente, invita más bien al amor que sabe amar él mismo.

Mientras en él ese «molliter juvenis» de que habla Plinio, más deseable y deseado que deseoso, si alguna persona mayor se enamora de él, yo creo, como creían anteayer en esa civilización de la cual no se aviene usted a admirar más que la apariencia, creo, repito, que nada puede ser mejor ni preferible para él que un amante. Que este amante, celosamente, le rodee, le vigile, y él mismo, exaltado, purificado por ese amor, le guiará hacia esas radiantes cimas que no se alcanzan sin el amor. Que si, por el contrario, ese adolescente cae entre las manos de una mujer, ello puede serle funesto; ¡ah!, demasiados ejemplos hay de esto. Pero como a esa edad, demasiado tierna, el adolescente no sabría ser más que un enamorado bastante mediano, no es lo natural, afortunadamente, que una mujer se enamore de él en seguida.

Desde los trece a los veintidós años (siguiendo

la edad asignada por La Bruyère) es, para los griegos, la edad de la camaradería amorosa, de la exaltación común, de la más noble emulación. Pasada esa edad solamente, el muchacho, según sus anhelos, «desea ser un hombre»; es decir, piensa en la mujer; es decir, en casarse.

Le dejé discurrir a su antojo, guardándome muy bien de interrumpirle. Una vez que hubo terminado, permaneció un rato esperando una protesta por mi parte. Pero yo, sin añadir más que un adiós, cogí mi sombrero y salí, convencido plenamente de que un buen callar es la mejor respuesta que puede darse a ciertas afirmaciones.

---

## Apéndice



*Enero de 1928.*

Mi querido François Porché:

Dicen algunos que ha escrito usted un libro valiente<sup>1</sup>. Opino lo mismo y también que su gran valor reside en que, a la vez que se opone usted al mal, no se une usted a la jauría; en que entiende y da a entender que, en el tema que usted trata, hay algo más que motivo de anatemas, de chiri-gota y de chanzas.

Todo su libro refleja, con respecto al problema, no sólo una inteligencia poco común, sino también una honradez, una decencia y una cortesía (en lo que a mí respecta, en particular) a las que estoy poco acostumbrado y, por tanto, a las que disto mucho de ser insensible. Más aún: he leído

<sup>1</sup> *L'amour qui n'ose pas dire son nom.*

con profunda emoción las páginas en que evoca usted algunos recuerdos de la época de la guerra, y quiero que sepa usted cuánto eco encuentra en mi corazón la expresión de su aprecio y de su simpatía.

Cuál no ha sido mi sorpresa, al proseguir mi lectura, página tras página, al no hallar algo que no pudiera yo ratificar. Se aprecia en toda la obra el más sincero esfuerzo por no condenar sin previo juicio, por no juzgar sin comprender, y creo que no se puede llevar más lejos la comprensión de lo que sin embargo se desapruueba.

Si, irresistiblemente, surgen en mi mente algunas objeciones con respecto a lo que a mí o a mis escritos se refiere, ¿se debe ello solamente a que mi amor propio está en juego? No lo creo. Tengo la impresión de que, en el retrato que hace usted de mí, algunos rasgos han sido un tanto aumentados, otros un tanto falseados (sin intención malévolá, por supuesto) y que, para darse usted más motivos para luchar contra mi pensamiento, lo exagera usted a veces un poco. Y, finalmente, esa evolución, esa curva que descubre usted en mi obra y en mi carácter, delatadas por los títulos mismos de los últimos capítulos, este progresivo envalentonamiento, es un invento suyo.

Señala usted, por ejemplo, mi obra *El Inmoralista*, pero sin mencionar mi *Saúl*, mucho más típico, sin duda, publicado también en 1902, pero escrito cinco años antes. No dependía de mí que se representara la obra; yo hice lo posible por producirla y Antoine estuvo a punto, con gran

valor por su parte, de ayudarme en esa empresa. No traigo a colación este recuerdo para jactarme de haberme adelantado a Proust, sino porque no tengo ganas de desempeñar el papel de personaje del sainete que sólo baja del árbol para luchar contra el oso cuando ya le han hecho morder el polvo.

Usted afirma asimismo que «no he adoptado la determinación de escribir mis memorias sino tardíamente». Algunos amigos comunes podrán darle fe de que esta determinación, con todas sus consecuencias, la tomé mucho antes de 1900; y no sólo la determinación de escribirlas, sino también de publicarlas en vida. Lo mismo ocurre con *Corydon*.

Y otra cosa, no muy importante por cierto, pero que nos lleva a consideraciones menos personales: me presenta usted como más erudito de lo que soy. He consultado más la vida que los libros, y muchos de los que menciona usted, confieso no haberlos leído<sup>1</sup>. Pero después de terminar el suyo, he vuelto a abrir la *Divina Comedia* y me extraña un tanto que, en el capítulo sobre «la tradición del anatema», en que nombra usted a Boccaccio, Maquiavelo y el Aretino, no haya usted consultado a Dante, el gran poeta justiciero.

—«¡Espera! Con éstos, conviene actuar con suma cortesía»; ésta es la frase que Dante pone

<sup>1</sup> En cambio, hablando de Balzac, parece usted desconocer su extraordinaria *Vautrin*, drama cuyas representaciones fueron bruscamente interrumpidas por la censura (?) en 1840. Balzac presenta a un Jacobo Collin, más desenmascarado, más revelador que en *El Tío Goriot* o en *Las Ilusiones perdidas*.

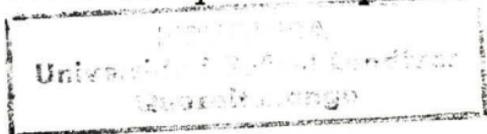
en boca de Virgilio al referirse a la clase de personas de las que usted trata, suponiendo, claro está, que se acepte la interpretación generalmente admitida, pues Dante no da más precisiones al respecto, y deja al lector libre de hacer hipótesis acerca del pecado cometido por aquellos a que presenta en el canto XVI de su *Infierno*, pecado que sólo puede inferirse accidentalmente y estando además al corriente de la vida de los siguientes condenados: la de Jacopo Rusticucci, por ejemplo, acerca del que nos enteramos, por una nota de Lamennais, de que, «estando casado con una mujer de carácter desabrido, la abandonó, dedicándose a una infame vida de disolución». El canto anterior parece además referirse efectivamente a esa misma clase de pecadores, y éste es tal vez el motivo por el que Dante se limita a esta casta imprecisión. *D'un medesimo peccato al mondo larci* (y manchados todos en el mundo por un mismo pecado) se limita a decir, al referirse a esta cuadrilla a que pertenece su amo, Brunetto Latini; a esta cuadrilla de la que «Ser Brunetto» le dirá cuando Dante le pide que le señale «*li suoi compagni piu noti e piu sommi*»: *Entérate, en resumidas cuentas, de que todos fueron clérigos y grandes letrados y de gran renombre.*

En su excelente traducción del *Infierno*, la señora Espinasse-Mongenot cree también que los dos cantos XV y XVI hablan de «aquellos que violentaron la naturaleza». Pero al tratar de averiguar lo que diferencia a la cuadrilla que sigue de aquella a que pertenece Brunetto Latini, la

traductora vacila y se pregunta si se trata de la naturaleza del pecado cometido. «Es posible también», añade, «que las almas estén agrupadas según la profesión que ejercieron en ese mundo: por un lado los clérigos y los letrados (sodomitas mencionados en el canto XV), por otro, los guerreros y los hombres de Estado (sodomitas del canto XVI).» Y he ahí, en esta última cuadrilla, a los tres condenados que se apresuran, llenos de atenciones hacia Dante: Aquí está Guido Guerra, que *hizo grandes cosas con su prudencia y con su espada* —y la señora Espinasse añade en una nota: «Intrépido y valeroso soldado y prudente consejero». Le sigue *Tegghiapo Aldobrandi*, cuya voz, allí arriba, en el mundo, hubieran debido oír y obedecer; y en una nota añade la señora Espinasse: «Valeroso caballero, hombre agradable y sensato, consumado en las armas, digno de confianza». Más adelante: Jacopo Rusticucci, «valiente soldado, rico y buen florentino, hombre dotado de gran sentido político y moral», dice la señora Espinasse.

Estos son los homosexuales que nos presenta Dante.

Si se rehúsa reconocer en estos condenados de los cantos XV y XVI a la clase de pecadores a los que nos referimos, negando que Dante haya podido tratarlos tan bien, habría que admitir entonces que Dante no arroja a Sodoma al infierno, reservándola para el canto XXVI del *Purgatorio*. Aquí ya no hay duda posible; Dante precisa en dos ocasiones el pecado de aquellos a quienes se



dirige con las siguientes palabras: «¡Oh almas, seguras de descansar algún día en paz!»<sup>1</sup>. Y nuevamente esas almas pecadoras son las de poetas de gran renombre en la época de Dante.

La importancia que Dante les concede, aunque sólo sea por el lugar que les asigna, la *cortesía*, como la llama él, con la que considera conviene referirse a ellos, su extraordinaria indulgencia, se explica tal vez por la intuición de que el propio Virgilio, «*tu duca, tu signor et tu maestro*», iría tal vez a reunirse con aquel grupo<sup>2</sup>. A no ser que se prefiera decir que esta indulgencia procedía directamente de Virgilio. Procedía seguramente también del aprecio que ambos no tenían más remedio que sentir por la gente de valor que la componen.

Todo esto lo digo porque no lo encuentro en su libro. Pero lo que sobre todo falta, a mi juicio, es un capítulo que su prólogo parecía hacer prever, un capítulo que constituyera una respuesta a la pregunta que nadie parece plantearse, pero que creo es ineluctable: —¿Cuál es, a juicio de usted, en sus contactos con la literatura, el deber de estos «*grandes letrados*», quiero decir de los que

<sup>1</sup> Estas almas además se han arrepentido antes de su muerte, como todas las que Dante sitúa en el Purgatorio.

<sup>2</sup> Aparecen, en este canto, dos grupos a los que Dante une y luego separa: los que van gritando: «¡Sodoma y Gomorra!» y los que gritan: «En la vaca de madera entra Pasifae para que el toro vaya corriendo hacia su lujuria» y que, al ser interrogados por Dante, le dicen misteriosa e impropriamente: «*Nostro peccato fu ermafrodito*»; a lo cual Lamennais añade la nota siguiente: «Esta palabra indica aquí la unión bestial del hombre con los animales.»

forman parte de esta cuadrilla? Qué duda cabe de que no todos tienen la obligación de hablar del amor; pero si tanto los poetas como los novelistas hablan de él, lo cual es bastante natural, ¿habrán de fingir ignorar el amor «*que no se atreve a decir su nombre*» cuando, la mayoría de las veces, es casi el único que conocen? Pues, en fin, exclamar con éste y aquél: «¡Ya está bien, esto se pasa de la raya!» está muy bien, pero equivale a confesar que se prefiere el enmascaramiento. ¿Es que sólo ven ventajas en el disfraz que implícitamente aconsejan? En lo que a mí respecta, me temo que este constante sacrificio a las convenciones, suscrito por más de un poeta o un novelista, célebre a veces, falsee un tanto la psicología y extravíe mucho la opinión.

—Pero ¡el contagio!, me dirá usted. ¡El ejemplo...!

Para compartir su temor, necesitaría estar más convencido:

1.º de que estos gustos puedan adquirirse tan fácilmente;

2.º de que las costumbres que llevan consigo causan necesariamente perjuicio o bien al individuo, o bien a la sociedad, o al Estado.

Opino que esto no está comprobado en absoluto.

El snobismo y la moda me irritan tanto como a usted y, sobre estos puntos, tal vez más que a usted. Pero creo que exagera usted su importancia, así como la influencia que pueda tener yo.

«¿A quién hará creer el señor Gide que a la

rosa hemos de preferir el clavel verde?», exclamaban ayer Jérôme y Jean Tharaud. (Sabido es lo que representan estas dos flores simbólicas.)

—¿A quién? Pero, a nadie. Y esta misma pregunta es la mejor respuesta que puedo dar a quienes me acusan de pervertir a otros.

Si dedico tanta atención a su libro, mi querido Porché, es que por primera vez me encuentro ante un adversario honesto; quiero decir que no esté cegado por una indignación preconcebida. E incluso sólo protesto débilmente ante este reproche de fanfarronería que formula usted y que se dirige tal vez un poco a mí. Pero admitirá usted que, allí donde durante tan largo tiempo imperó el disimulo, resulta muy difícil ser franco sin parecer cínico, y natural con sencillez.

Suyo afmo.

André Gide

*París, 2 de enero de 1929.*

Mi querido André Gide:

Leo en el último número de la *N. R. F.* (1 enero 1929) la carta abierta que me dirige. La fecha usted en enero de 1928. Pero una parte de ella me era ya conocida desde el 19 de diciembre de 1927, puesto que me había usted comunicado, privadamente, algunos pasajes; y no hay nada, en lo que ha añadido usted desde entonces a esos fragmentos, que no recuerde yo perfectamente haberlo oído de viva voz, cuando, la tarde de ese mismo día de diciembre, tuve el gusto de visitarle en su casa, en París.

Si publica usted esa carta, revisada y completada, después de un año de reflexión, es, al pare-

cer, porque cree usted que el debate suscitado entre nosotros no ha perdido aún todo su interés. Permítame, pues, que conteste a mi vez a los diversos argumentos que usted me opone. Tanto más cuanto que yo mismo, lo mismo que usted, concreto mi pensamiento por escrito mucho mejor que de palabra.

Ante todo, le agradezco el homenaje que ha querido usted rendir a mi buena fe en este asunto. Me es infinitamente grato comprobar que los lazos que me unen con usted desde hace muchos años no se han debilitado por nuestras divergencias sobre un solo tema, muy importante, es cierto, pero que, puesto a un lado, deja todavía tan amplio margen a la armonía de los espíritus y de los corazones.

Y ahora permita usted que entre en la controversia con la libertad que constituye una de las reglas y uno de los encantos de nuestras relaciones amistosas.

1. Me imputa usted equivocadamente el haber adelantado que no adoptó usted sino tardíamente la determinación de escribir sus Memorias. Abrevia usted en esa forma y pone entre comillas una frase que es más larga en mi original, pero que se presta, lo reconozco, a interpretaciones equívocas. Hela aquí: «El autor de *Si el grano no muere...*<sup>1</sup> no ha escrito, creemos, esa obra más que con el deliberado propósito de confesarnos o, mejor dicho, de proclamar abiertamente las particulari-

<sup>1</sup> André Gide. (*N. del T.*)

dades de su instinto; pero ha adoptado esa determinación tardíamente.» En mi creencia, no era el hecho de haber usted escrito sus Memorias el que consideraba como resultado de una determinación tardía, sino el hecho de haber usted dado a conocer al público ciertos pasajes de ellas. Me dice usted que adoptó también desde un principio la determinación de publicar esas Memorias en vida. No pongo en duda su palabra. Pero no deja de ser cierto que, una vez tomada la determinación (desde antes de 1900, según usted), ha aplazado usted durante más de veinte años su ejecución. Igual indecisión, o igual aplazamiento deliberado, cuando se trata del *Corydon*. Escribir, por una parte (y entiendo yo escribir no tan sólo para uno mismo, sino con intención de publicar lo escrito a continuación), y, por otra, entregar al público una obra: he aquí dos actos diferentes. El segundo, sobre todo, es el que me interesaba, puesto que estudiaba las variaciones de la opinión respecto a semejante anomalía. Por firmes que fueran sus intenciones ocultas, no por ello dejaban de estar menos en suspenso. De la intención al hecho hay un gran paso, que no ha franqueado usted fácilmente. Por eso he creído poder decir que en el transcurso de veinte años su actitud había ido cobrando ánimo progresivamente.

2. Actualmente puede muy bien suceder que ciertas consideraciones sentimentales hayan contribuido mucho a hacerle a usted vacilar. En la página 187 de mi libro he hecho alusión a esos escrúpulos. Y hasta he añadido: «Semejantes

razones de orden íntimo, que parecen derrotas a los indiferentes, son a veces las más decisivas.» Me recuerda usted *Saúl*, publicado en 1902, y que olvidé de mencionar, en efecto. *Saúl* es, según usted, «más típico seguramente» que *El Inmoralista*. No es esa mi opinión. *Saúl* es más explícito, en cierto sentido; pero esta obra, que pertenece al teatro, adquiere, gracias a la óptica escénica, color de composición impersonal. Además, el asunto del drama está tomado de la Biblia; lo cual permite, sin duda, en el héroe principal, sentimientos más violentos y de más cruda expresión, aunque ello también los envuelva en una atmósfera fabulosa, que es un velo. En cambio, *El Inmoralista* no traspone nada. No dice, deja entender; pero, novela o confesión lírica, la obra, muy moderna, se dirige directamente a nosotros, con voz cuchicheante. *El Inmoralista* puede turbar. *Saúl* no turba en modo alguno.

3. Conozco el pasaje de la *Divina Comedia* al que se refiere usted, y siempre me había chocado la deferencia con que habla Dante, en verdad, de esa clase de seres, «manchados todos en el mundo por un mismo pecado». He recordado en el capítulo dedicado a Wilde (página 170) el lugar que les asigna el poeta en su *Infierno*; pero es exacto que omití mencionar su gran «cortesía» con ellos.

Tal vez, por no pertenecer yo a su cuadrilla, me he sentido inclinado a recordar que Dante les encerraba en su *Infierno* antes que agradecerle las finezas que les dedica él, sin embargo. Si, por el

contrario, uno de los suyos hubiese escrito en mi lugar, habría olvidado indudablemente la condena e insistido en las palabras corteses que realzan a sus ojos la casta proscrita. Pero me hace usted también observar que el «poeta justiciero» ha colocado igualmente en su *Purgatorio* almas culpables del mismo error. Eso confieso que lo ignoraba. Por lo demás, no me he preocupado en ningún momento de ser completo en mis referencias históricas y literarias. He huido, deliberadamente, del exceso de documentación, que me hubiese arrastrado a otro peligro: el de proporcionar una pequeña enciclopedia de la materia a ciertas curiosidades malsanas. Por último, entre los referidos hay algunos de los que he hablado yo mismo con infinita «cortesía». No soy, pues, sospechoso de haber cuidado de disimular la actitud de Dante como una indulgencia susceptible de devolver el prestigio a los que yo apuntaba. Usted no lo dice, en modo alguno, ni seguramente lo piensa.

4. No había yo leído el *Vautrin* de Balzac cuando escribí mi libro; he cumplido esa obligación después de habérmela usted señalado hace un año, a raíz de nuestra entrevista. Pero estoy lejos de compartir la consideración en que tiene usted esa obra. Jacobo Collin, en el drama, me ha parecido menos revelador aún que en las novelas. No se dice allí nada más que por alusiones, ¡y cuán prudentes!

5. Me hace usted una grave pregunta: los «grandes letrados» que pertenecen a la cuadrilla

en cuestión, ¿deben, cuando hablan de amor, fingir ignorar el amor «que no se atreve a decir su nombre», cuando, la mayoría de las veces, es casi el único que conocen?

El arte verdadero no vive de fingimiento, y creo, como usted, que todo fingimiento pone al autor en gran peligro de falsear la psicología. No he querido nunca limitar los derechos del escritor ni restringir sus deberes con la verdad. Lo he dicho y lo repito. No he reprochado jamás a Proust, por ejemplo, el haber creado su Charlus. ¿Quizás creerá usted que si perdono a Marcel Proust el haber creado a Charlus es porque la fealdad del personaje y las gesticulantes locuras a las cuales se deja finalmente arrastrar son de naturaleza tal a dar una imagen horrible de sus gustos? No. Yo admitiría y admiraría de igual modo una figura graciosa, con tal de que la preocupación del arte y de la observación hubiesen presidido únicamente a su nacimiento. Si es cierto, como algunos aseguran, que cuando Proust dice *Albertina* es preciso entender *Alberto*, sería lamentable, porque se trata nada menos que de sustituir un mundo por otro. Es como querer representar el verde con el rojo. Y no basta, para situar de nuevo las cosas en su verdadero orden, con que el lector posea la clave de la estratagema. Es el autor, en este caso, el que resulta víctima de su propio lazo. Resultado: Charlus vive intensamente; Albertina sigue siendo un fantasma.

Así, pues, la obra de arte es libre. Por peligroso

que sea el ejercicio de esa libertad, cualesquiera que sean los abusos a que puede dar lugar, hay que defenderla. Nuestra propia dignidad depende de ella.

Pero hay una diferencia esencial entre la obra de arte y la obra tendenciosa, concebida únicamente con un afán de propaganda, con la mira de una determinada acción, religiosa, política o moral. La frontera entre ambos géneros es ciertamente fácil de determinar; y más que una línea es indudablemente una zona. La mayoría de las veces parecerá estar franqueada en el espíritu de la obra. El propio autor se engaña rara vez.

¿Cómo iba a engañarse cuando es un sentimiento poderoso el que le insta a pronunciarse? Sabe perfectamente, entonces hasta qué punto puede más en él la preocupación obsesionante de ejercitar una acción directa que la preocupación del arte desinteresado. Ese anhelo de acción moral no puede usted negar que lo ha tenido, o, mejor dicho, no piensa usted en negarlo. Es ese propósito el que yo vituperaba. ¿Qué es el *Corydon*? Un pequeño trabajo de propaganda.

6. En cuanto a lo demás, a saber: que, según usted, no está probado:

1.º Que esos gustos puedan adquirirse fácilmente;

2.º Que las costumbres que llevan consigo causan necesariamente perjuicio, o bien al individuo, o bien a la sociedad, o al Estado...

No tengo nada que añadir a lo que he dicho

en mi libro. Hay un punto, en efecto, acerca del cual había yo perdido la esperanza de convencerle; nuestras naturalezas se diferenciarán siempre en ese punto. De lo cual se originará cierto desacuerdo entre nosotros, que será siempre irreductible. En esto no basta con obrar de buena fe para entenderse.

Tal vez le parezca a usted equitativo que mi contestación a su carta abierta sea puesta también a la vista de sus lectores. Le hago a usted en absoluto, juez de esa cuestión. Quedo, mi querido André Gide, suyo afmo.,

François Porché

Una carta de Benjamin Crémieux repitiendo, menos explícitamente, poco más o menos las mismas cosas, insistía especialmente sobre la disconformidad de Dante con los invertidos, haciéndome notar que Dante les coloca en el sitio más abrasador del Infierno. Por el contrario, un corresponsal italiano me reprocha el no haber sabido ver que, en el Purgatorio, los invertidos están colocados muy cerca del Cielo. Creo, sin embargo, firmemente, de acuerdo con Benjamin Crémieux y con el corresponsal, cuya carta erudita transcribo a continuación, que Dante «no testimoniaba la menor indulgencia especial hacia los homosexuales», y que si habla de ellos tan extensamente en la *Divina Comedia* es sencillamente porque eran muy numerosos en aquella época, figurando entre ellos muchas personas ilustres.

18 de enero 1929.

Muy señor mío:

Sus observaciones sobre el trato infligido a los invertidos en la *Divina Comedia* me han interesado vivamente. Permítame usted que le someta tres

observaciones sobre ese tema, observaciones que vienen a apoyar su tesis.

I.—No puede existir la menor duda sobre la naturaleza de la culpa cometida por los condenados de los cantos XV y XVI del *Infierno*. Virgilio ha esbozado, en efecto, una topografía del Bajo-Infierno en el canto XI (v. 13-66). Ha descrito el séptimo círculo dividido en tres valles. Los blasfemadores, los iracundos contra Dios y contra la Naturaleza, están encerrados en el tercero, el más pequeño de esos valles, «*que marca con su sello (la lluvia de fuego) Sodoma y Caorsa*».

*E però lo minor giron suggella  
Del segno suo e Soddoma e Caorsa.*

(Inf., XI, 49, 50).

Volvemos a encontrar a los iracundos contra Dios en el canto XIV del *Infierno*.

Los usureros<sup>1</sup>, en el canto XVII. Es, por lo tanto, cierto que los numerosos cantos intermedios: la *famiglia*, la *greggia* del canto XV, la *torma* del canto XVI, forman la población de la Sodoma infernal.

II.—No creo que Dante haya pensado en mostrarse cortés con los homosexuales en consideración a su maestro y guía.

Sea lo que fuere, el «lugar» de Virgilio en el

<sup>1</sup> Cuando se dice de alguien: «es de Caorsa», se sobrentiende que se trata de un usurero. (Boccaccio: *Comentario a la D. C.*)

Limbo, primer círculo del Infierno, está perfectamente determinado gracias al célebre apóstrofe *Onorate l'altissimo poeta*, etc. (*Inf.*, IV, 80 ss.), y por el pasaje, menos conocido, en el cual Virgilio da a Stare las «Noticias literarias» del mundo grecolatino y le dice: «*Estamos con ese griego (Homero), que fue más que ningún otro criado por las Musas, en el primer círculo de la sombría prisión*»,

*nel primo cinghio del carcere cieco.*

(*Purg.*, XXII, 103)

En cuanto a aquellos con los cuales «está bien ser cortés», Dante ha pedido ya noticias de dos de ellos: Tegghiaño Aldobrandini y Jacopo Rusticucci, *che a ben far poser gl'ingegni* (*Inf.*, VI, 81). Sabemos, pues, que hace el mayor caso de ellos.

Pero el juicio de Dante sobre los muertos y los vivos es la mayoría de las veces subjetivo, parcial, influenciado por los sentimientos del poeta. Llega éste a distinguir el valor teológico de un individuo (su *situación* en la post-vida) de su valor social (el bien que ha podido hacer a sus conciudadanos mientras perdía al mismo tiempo su alma). Llega, finalmente, a condenar o a salvar a un alma por unas razones que a veces no comprendemos y que están con frecuencia hábilmente disimuladas.

Así, por ejemplo, parece realmente que a sus ojos el infortunio de Jacopo Rusticucci es obra

de una esposa iracunda, que le incitó al mal (?) denunciado y perseguido:

*La fiera moglie piú ch'altro mi nuoce.*

(Inf., XVI, 45)<sup>1</sup>.

Como Rusticucci era el único de los tres condenados del canto XVI a quien Dante haya podido conocer personalmente (no contamos a Guiglielmo Borsire, quien no aparece antes del verso 70), no es absurdo suponer que el deseo de vengarse de madama Rusticucci (el presente *nuoce* parece indicar que vivía ella aún) haya inspirado esa escena.

Un ejemplo curiosísimo nos muestra las diferencias completamente arbitrarias que hace el poeta a veces entre condenados «de igual categoría».

A Brunetto Latini le conoce el Alighieri desde la infancia. Conserva en su corazón

*la cara e buona imagine paterna.*

Ser Brunetto es quien ha enseñado al pequeño Dante, día por día, «*come l'uom s'eterna*». Y cuando encuentra a su maestro en medio de la «hermandad», el primer grito del poeta es de sorpresa,

<sup>1</sup> Este verso divertía grandemente a lord Byron, que cita muy a menudo a la *fiera moglie*. En el *Corpus de Prothero* (lord Ernle), que no tengo, desgraciadamente, a mano, se puede encontrar una carta (dirigida a Tomás Moro, me parece) que no es sino un comentario a las desdichas conyugales de Rusticucci.

de dolorosa sorpresa: *Siete voi qui, Ser Brunetto* (*Inf.*, XV, v. 30).

Más adelante nos hará comprender «que él no tiene prejuicios». Tan sólo la ráfaga de fuego le impedirá alcanzar a Rusticucci y a sus dos compañeros. Les dirá: «En mí domina, viendo vuestra miseria, no la cólera, sino la pena». *Non dispetto ma doglia* (*Inf.*, XVI, 52).

Pero en presencia del maestro de su juventud, del compañero de las mejores lecturas, del que sabía calmar las angustias de un alma generosa, las inquietudes de un corazón sensible, Dante se queda anonadado; no tiene fuerzas más que para murmurar:

*Estáis aquí, Ser Brunetto.*

*Siete voi qui...* ¡Cuántos pensamientos contradictorios, qué tumulto interior en esas tres palabras!

«Así, pues, era cierto... No lo hubiese yo nunca creído, no lo hubiese nunca creído. Por más que me lo decían y que me lo repetían, por más pruebas que me traían, yo no lo creía, no quería creerlo. Porque os amaba infinitamente. Tenía yo tal veneración por vuestras enseñanzas; érame tan querido vuestro pensamiento y vuestra conversación; érame tan querido y tanpreciado todo cuanto de vos venía, que no hubiese yo tolerado que en mi presencia osase nadie repetir esa calumnia. Y, sin embargo, no era una calumnia. Era cierto. ¡Mas en mi inmenso afecto hacia vos,

no quería yo que semejante cosa fuese cierta! ¡Y, sin embargo, *siete voi qui*, estáis aquí, Ser Brunetto!»

Oigámosle hablar ahora de un homosexual que no le es querido. ¡Empieza por llamarle (o, mejor dicho, por hacerle llamar) *tiñoso!* (*Inf.*, XV, III). ¿Quién es? Pues, sencillamente, su pastor, Andrea de Mozzi, obispo de Florencia desde 1287 (Dante tenía entonces veintidós años) a 1295. Boccaccio nos cuenta en su comentario la historia de este personaje: «A causa de esta miseria, en la cual se mostraba muy deshonesto pecador; a causa de sus otras necedades (*sic*) (*altre sciocchezze*), que el vulgo cuenta aún, fue, por obra de Micer Tommaso de Mozzi, su hermano, el cual era un muy honorable caballero, que gozaba de gran crédito con el Papa, y deseaba arrancarle a semejante abominación ante sus propios ojos y ante los de sus conciudadanos, trasladado por el Papa al obispado de Vicenza». La intervención del hermano, que cree «que el escándalo ha durado ya bastante», es algo dramático; ¿no le parece a usted?<sup>1</sup> Pero Dante no hace caso de ello: no suelta a su víctima; la persigue *d'Arno in Bacchigline*, mezclando en este caso en una síntesis espantosa el vicio con la muerte,

*dove lasciò li mal protesi nervi.*

<sup>1</sup> Otro comentador, Benvenuto d'Imola, cuenta otra «necedad» de este prelado, a quien llama, a su vez, *magnus bestionus*. Comparaba a la Divina Providencia con una rata: «*Saepe publice praedicabat populo dicens multa ridiculosa. Inter alia dicebat quod*

¡Ah! Esta vez (y es la tercera observación que deseaba someter a su juicio) no hay más remedio que confesar que Dante no sigue siendo *castamente impreciso*. En Vicenza, el prelado culpable sintió «sus nervios alborotados» o «su sistema nervioso desequilibrado», como no dejarán de decir los virtuosos exegetas. En realidad, Dante dice «sus nervios tensos intempestivamente». Y, a mi juicio, rara vez se ha dado de la inversión sexual una definición más breve, más acertada, más completa y al mismo tiempo más imparcial.

En resumen, yo tenía empeño en hacer notar:

1. Que las almas que encontraron Dante y Virgilio en los cantos XV y XVI del *Infierno* eran, sin ningún género de duda, las de los invertidos.

2. Que Dante no testimoniaba una indulgencia especial hacia los homosexuales; pero que su criterio ético no dependía en modo alguno de su manera de concebir el amor físico.

3. Que, lejos de mostrarse «castamente impreciso», el poeta daba del amor «que no se atreve a decir su nombre» una definición, en cierto modo, clínica.

Perdone usted esta carta, demasiado larga. Queda de usted, etc.

Léon Kochnitzky

*providentia Dei erat similis muri, qui stans super trabe videt quaecumque geruntur sub se in domo et nemo videt eum.»*

Gide, 9.

BIBLIOTECA  
Universidad Rafael Landívar  
Quetzaltenango

1911

**BIBLIOTECA**  
**Universidad Rafael Landívar**  
**Quezaltenango**

Diálogo antisocrático sobre <i>Corydon</i> por el Dr. Gregorio Marañón .....	7
Prefacio .....	25
Prefacio a la segunda edición .....	29
Diálogo primero .....	31
Diálogo segundo .....	55
Diálogo tercero .....	109
Diálogo cuarto .....	141
Apéndice .....	169

Cuenta ANDRE GIDE en el prólogo a CORYDON sus dudas y escrúpulos a la hora de dar difusión pública a este ensayo acerca del "amor griego" por temor al escándalo que pudiera suscitar; solo en 1920 se decidió a completar la primera redacción del manuscrito, fechado en 1911, y a entregárselo a una editorial. En el medio siglo transcurrido desde entonces, las ideas de Sigmund Freud y los considerables progresos realizados en el campo de los estudios sobre la sexualidad han limitado ciertamente las ambiciones teóricas de la obra e invalidado parte de sus conclusiones, pero también la han despojado de su carga polémica; hasta el punto de que al lector contemporáneo, de sorprenderle algo, no sería la audacia de la expresión sino su ingenuidad y cautela. Aunque los errores e insuficiencias en el plano de la historia natural y del estudio del comportamiento —señalados ya por GREGORIO MARAÑÓN en el "Diálogo antisocrático" escrito en 1929 como prefacio a la traducción española— resten importancia a las digresiones de carácter científico con las que Gide apoya sus tesis, el paso de los años no ha afectado a la admirable prosa del Premio Nobel francés —fielmente vertida al castellano por JULIO GOMEZ DE LA SERNA— ni invalidado los valores propiamente literarios de la obra, que son los que en última instancia justifican su reedición.

Biblioteca "R.P. Juan Antonio Sáenz. S.J."  
Facultades de Quetzaltenango  
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR



0026131 (34) .....

MADRID

